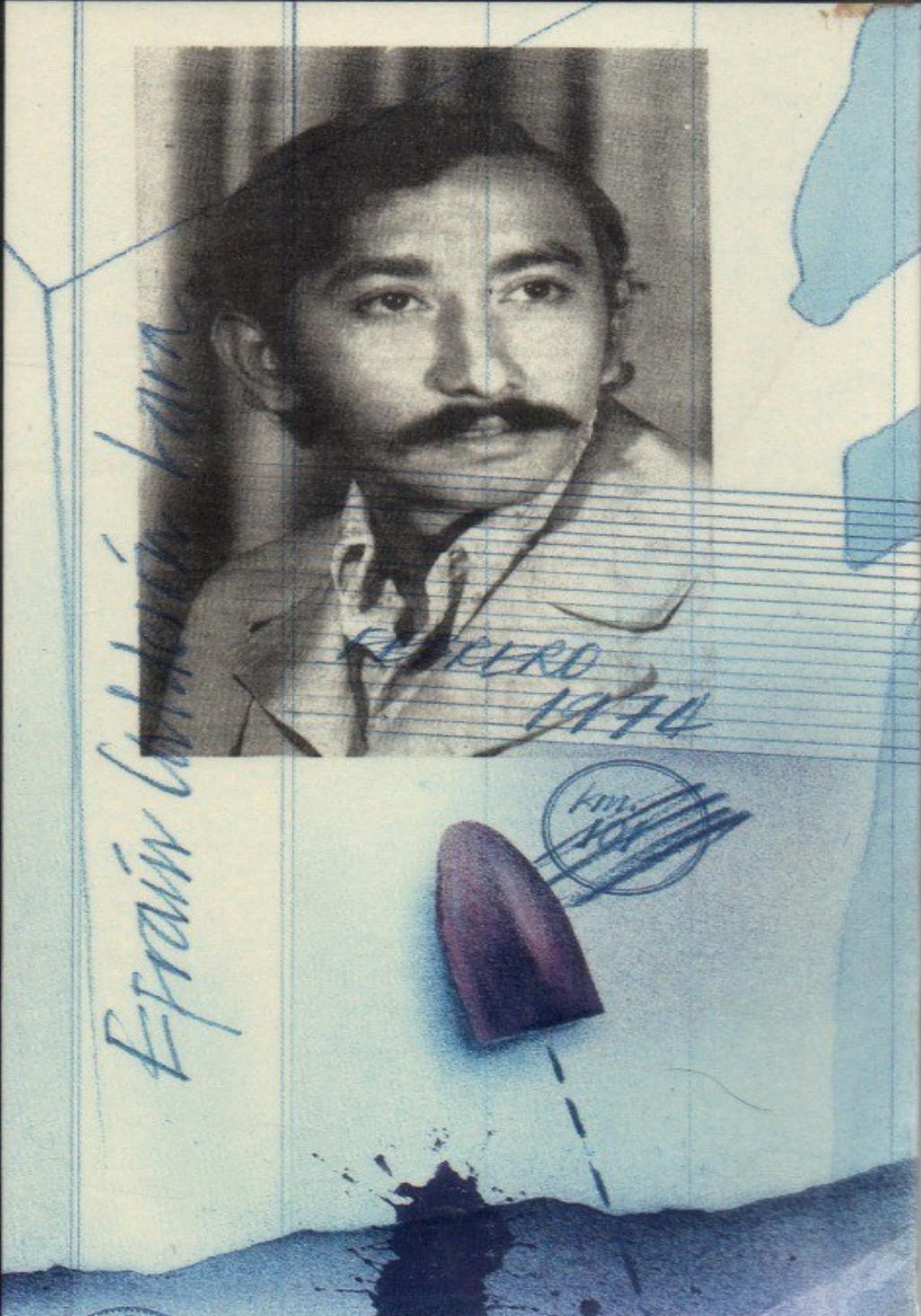


Hernán Lara Zavala

Charras

ALFAGUARA



Hernán Lara Zavala

CHARRAS
1970

Km. 100

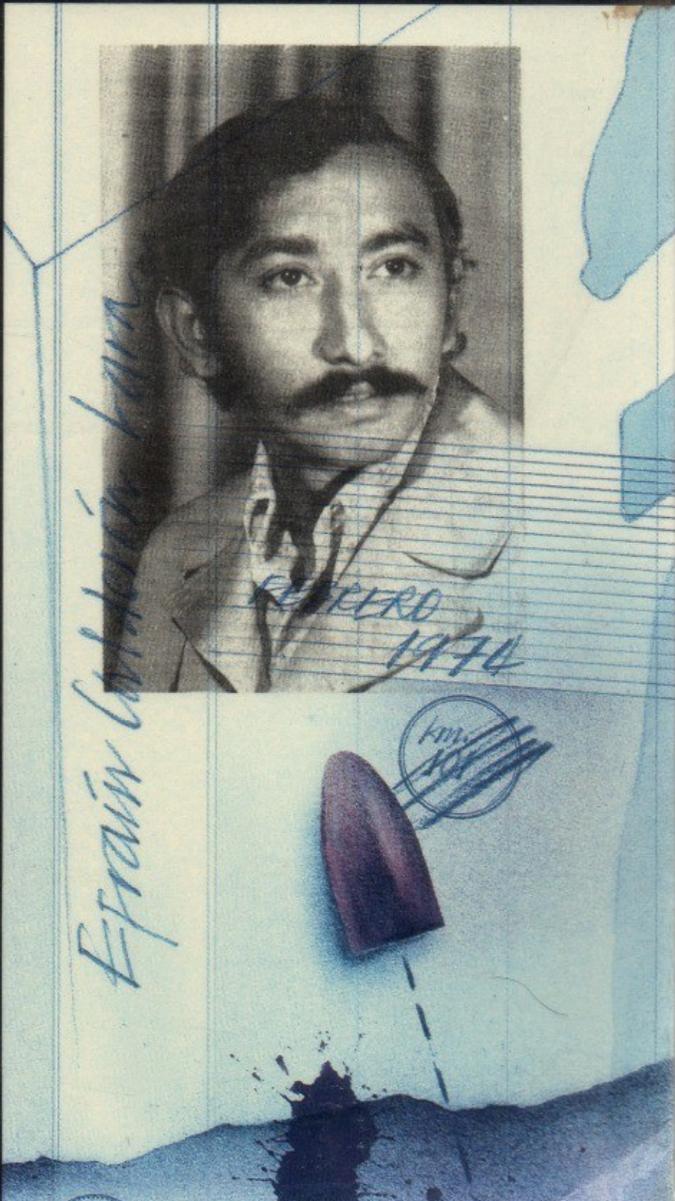


13

Hernán Lara Zavala

Charras

ALFAGUARA



ALFAGUARA

Charras

Hernán Lara Zavala

Índice

[Portadilla](#)
[Índice](#)
[Dedicatoria](#)
[Cita](#)
[I. El cuñado](#)
[II. José](#)
[III. El coronel](#)
[IV. Tú](#)
[V. El plan](#)
[VI. La cita](#)
[VII. El Dart](#)
[VIII. Lupita](#)
[IX. Los silencios](#)
[X. Débiles y poderosos](#)
[XI. La prensa \(I\)](#)
[XII. El cementerio](#)
[XIII. El adiós.](#)
[XIV. La prensa \(II\)](#)
[XV. Los Carlos](#)
[XVI. El arresto](#)
[XVII. La noche](#)
[XVIII. En once definitivo](#)
[XIX. La prensa \(III\)](#)
[XX. Chacales](#)
[XXI. Infiernos del alma](#)
[XXII. La entrevista](#)
[XXIII. X'caues](#)
[XXIV. El trato](#)
[XXV. Lluvia](#)
[Epílogo: El filo mayor](#)
[Créditos](#)
[Grupo Santillana](#)

*A mis amigos Filiberto Cepeda, Pedro Garduño,
Mariano González, Manuel Gutiérrez,
Carlos Hank Rhon, Alfredo Lefranc, Luis Lyons,
Mario Moreno, Roberto Ramírez y Juan Valdés*

*Agradezco al International Writing Program, de la Universidad
de Iowa, la ayuda ofrecida para escribir el primer
borrador de esta novela.
Agradezco la colaboración de Juan y de Beatriz.*

*Ojos y oídos serán vanos testigos
para los que tienen alma de bárbaros.*
HERÁCLITO

I. EL CUÑADO

Lunes 4 de febrero, 1974

14:05 Aquel hombre que viene por el pasillo es Juan Nicolín; trabaja aquí, en la Secretaría de Hacienda de la ciudad de Mérida, en el área de auditorías externas. Nicolín es un hombre amistoso y cumplido en su trabajo. Es risueño, conversador y tolerante. Está casado y tiene dos hijos. Ahora no sospecha ni remotamente que dentro de diez años tendrá otro, de su mismo matrimonio. Su esposa se llama Beatriz —Beti— y es la hermana mayor de Charras. Nicolín ha terminado con sus labores matutinas: investiga a una empresa ferretera que, aunque lleva sus libros en orden, parece tener alguna pequeña irregularidad. Él no viste de traje sino con una guayabera blanca muy limpia y almidonada. Su cabello, abundante, está peinado hacia atrás. Un bigotillo cubre su labio superior y le da un efecto amistoso a su sonrisa. Se mantuvo en su escritorio toda la mañana para no perder la concentración ni un instante. Se siente satisfecho de su trabajo. Baja por la escalera, rumbo a la calle.

El sol del mediodía le da en los ojos con toda intensidad y lo hace estornudar una, dos veces. Qué alivio. Camina hacia el estacionamiento donde tiene el coche. Escucha su nombre.

—¡Juan, Juan! Espérame.

Es Julio, uno de sus compañeros de la gerencia de impuestos especiales.

—Qué hay.

—Te estaba esperando. Hasta creí que ya te habías ido. Oye tengo algo muy delicado que comentarte.

Nicolín mira a Julio. Sus ojos se agrandan y reflejan duda: qué querrá. Somos buenos compañeros, hemos trabajado juntos durante varios años sin problema, ¿a qué tanto misterio? Espero que no me pida que le ayude a alguno de sus familiares con el fisco.

—¿Qué pasa?

—Por favor, no me preguntes por quién lo supe porque no te lo voy a decir. Pero sé de buena fuente que le están poniendo precio a la cabeza de tu cuñado.

—¿De Charras?

—De quién más...

—Pero...

—Es todo lo que te puedo decir. Díselo a tu cuñado porque yo simpatizo con él pero te ruego que no menciones mi nombre. Me voy porque me están esperando. Adiós —añade Julio y sale en estampida sin darle más oportunidad a Nicolín de recuperarse de la sorpresa.

Julio se pierde entre la gente. Lo que le acaban de confiar no le resulta a Nicolín tan extraño como impresionante. Siente un vacío en el estómago. Era de esperarse alguna reacción pero nunca se imaginó qué tan radical. Ponerle precio a la cabeza de Charras. Nicolín lleva una buena relación con su cuñado: conversan a menudo, salen juntos, viajan: Acapulco, Progreso, Cancún. A

veces hasta sin Beti, de franca pachanga. Cuando Heberto Castillo estuvo en Mérida, Charras pasó por él para que lo conociera personalmente. Es alguien que me interesa mucho presentarte, le había dicho. No, él no comulgaba con todas las ideas de su cuñado Charras pero veía la lógica de su labor y admiraba sus pantalones y su talento. Ya se olía quiénes estarían dispuestos a pagar por verlo muerto.

Llega al estacionamiento. Al verlo, uno de los empleados corre en busca de un automóvil. Se lo entrega, recién lavado. Nicolín le paga y sale rumbo al restaurante donde ha quedado de verse con su amigo Ricardo Bolio.

14:21 Conduce despacio, tiene tiempo. Su cita es a las tres. Seguro que era por lo de CUSESA. La situación estaba que ardía. Los trabajadores ya se le habían acercado antes a Charras, desde el año pasado si mal no recordaba. Pero como cada vez que terminaban una obra despedían a los lidercillos más combativos les había resultado difícil organizarse. Aunque según le comentó el propio Charras, uno de los líderes, a pesar de haber sido despedido, se mantuvo en contacto con sus compañeros. Y fue él quien le volvió a pedir asesoría. Y Charras, claro, le entró encantado. ¿Cómo había estado la cosa? Ah, sí, a los peones les estaban pagando por abajo del salario mínimo, sin horas extras y los tenían durmiendo a la intemperie. Sus jornadas eran de más de doce horas. A través de Charras pidieron aumento de salarios, alojamiento en el lugar y mejores condiciones de trabajo. Nada extraordinario. Todo dentro de la ley. Pero la empresa rechazó sus peticiones y entonces decidieron lanzarse a la huelga. Qué lejos le parecía ahora cuando Charras era todavía el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, tradicionalmente aliada a los gobiernos del estado y a la que él logró sacar de las corruptelas, eso sí que ni qué.

14:35 Nicolín llega hasta el Guacamayo. Se estaciona bajo la sombra de uno de los enormes laureles de la India que bordean toda la calle y baja del automóvil. La verdad es que Charras había afectado muchos intereses. Qué tal aquella vez que Nicolín se encontró con el famoso Manigueta al que le preguntó, por no dejar, cómo iban las cosas en la Unión de Camioneros y el otro respondió exaltado: “de la chingada, un cabrón campechano nos alebrestó a los choferes y hasta la fecha no nos podemos reponer” Nicolín sonrío; claro, el Manigueta no tenía por qué estar enterado de que ese cabrón campechano era su cuñado y él se cuidó de no hacérselo saber.

El Guacamayo tiene varias secciones. Al frente hay varias mesitas que dan al jardín de la entrada. Luego está la cocina y la barra. Arriba está la sección de aire acondicionado. Al fondo se abre un amplio recinto cubierto con un techo de palapa. Rich Bolio no ha llegado aún. Nicolín se sienta y ordena una cerveza. Un trío toca música yucateca sobre un pequeño templete. Reconoce la tonada: *Desdeñosa*. La tocaban Lupe y Raúl. Cómo le gusta la letra. Sí, fue a propósito del lío de la Unión de Camioneros que la figura de Charras empezó a destacar. Muy al principio cada uno de los choferes de la Unión tripulaba su propio vehículo. Pero eso había sido allá, hace años. Luego eran unos cuantos los que controlaban a cientos de trabajadores que, la verdad sea dicha, los traían muy jodidos. Les pagaban por debajo del mínimo y les cobraban multas por los retrasos en las rondas, multas que tenían que pagar de inmediato y si alguien protestaba lo ponían de patitas en la calle. Pero la bomba estalló cuando uno de los suspendidos se atrevió a ver a Charras para pedirle ayuda legal. Los despedidos empezaron a abordar los camiones para convencer a los choferes de formar un sindicato independiente. Manigueta amenazó con despedir a todos los sindicalistas y hasta entonces se le ocurrió subir los sueldos, siempre y cuando rechazaran al sindicato, claro. Muchos choferes tuvieron miedo. No era para menos, conocían muy bien las

reacciones de Manigueta: temían ser despedidos o golpeados. Pero el movimiento prendió. Manigueta reaccionó con una maniobra que le permitió formar él mismo un sindicato patronal. Había ayudado al Gobernador durante su campaña, precisamente con sus camioneros, y por lo mismo obtuvo el registro de su sindicato sin problemas mientras que a los pobres choferes les estuvieron poniendo todo tipo de trabas legaloides. Entonces se le ocurrió a Charras organizar paros escalonados. Juntó a un grupo de estudiantes para que abordaran los camiones y efectuaran pequeños mítines en los que denunciaban a los usuarios. La reacción de Manigueta no se hizo esperar: intentó comprar a Charras y le ofreció un coche y un cheque en blanco si se dejaba de cuentas. Pero a Charras no lo compraría ni Manigueta ni el mismísimo Gobernador. En alguna otra ocasión, cuando ya Charras había cobrado más poder, Loret de Mola lo invitó como funcionario de la Dirección General del Trabajo:

—Para que desde un cargo público sirvas más eficazmente a tus representados —le había propuesto el Gobernador.

—Gracias, don Carlos —le respondió Charras— pero su eficiencia me va a cambiar el rumbo y me va a poner del lado donde no quiero estar.

—No, Charras, no. Mis intenciones son limpias. Quiero canalizar tus esfuerzos dentro de la ley para que puedas actuar como un auténtico asesor obrero.

—¿Auténtico, don Carlos?

—Bueno, auténtico eres, pero...

Tú me puedes ser utilísimo, debió pensar el Gobernador aunque no se lo haya mencionado directamente a Charras.

Calderón, apodado Charras, es un líder inquieto, inteligente, inmaduro, inexperto y deseoso de aprender y servir. Fácilmente puede ser aprovechado por mis enemigos políticos para crearme problemas. Ante mí siempre se porta con respeto y honorabilidad. Esto debo decirlo con un sentido de justicia inviolable.

14:46 Pide otra cerveza y se levanta a llamar por teléfono.

—¿Beti?

—¿Sí?

Hola, te hablo desde el Guacamayo. Estoy esperando a Rich pero todavía no llega. ¿Podrías hablarle a Charras, a tu mamá y a tus hermanos para decirles que los invitamos a merendar hoy en la noche?

—¿A merendar? ¿Con motivo de qué?

—Es muy complicado para explicártelo por teléfono y Rich debe estar por llegar. Háblales y díles que es muy importante que asistan todos, que no falte nadie.

—¿Pasa algo?

—Hay un problema que debe discutirse con toda tu familia.

—¿Sobre Charras?

—Luego hablamos que ahí viene Rich.

14:55 Los dos amigos se saludan con un abrazo, se sientan a la mesa, piden dos cervezas y ordenan de comer. Rich le propone a Juan que participe con un grupo de amigos en una organización que tienen para mantener unida a la familia. Nicolás lo escucha con interés, la idea le entusiasma pero no logra concentrarse pues no se le va de la mente lo que le había dicho Julio a la salida del trabajo. Durante el mes de junio Charras organizó un paro general. Juntó a todos los

choferes disidentes y a las tres de la tarde hicieron un mitin frente al Palacio de Gobierno. De ahí se llevaron los camiones al Tecnológico para ejercer presión. Manigueta envió a Raimundo Vargas, su golpeador, junto con varios choferes foráneos armados con trancas a recuperar los vehículos. Cuando llegaron al Tecnológico, Charras y Justo Pastor —uno de los líderes despedidos— se hallaban prácticamente solos dirigiendo la maniobra de los camiones.

—Ahora sí se los va a llevar la chingada a ustedes, par de agitadores— les dijo Vargas al verlos.

—Deja tus palos y vamos a darnos en la madre tú y yo solitos —contestó Charras.

—No, les vamos a dar en la madre para que no sigan jodiendo.

Vargas no había terminado de decir eso cuando vio que se aproximaba al Tecnológico un camión lleno de estudiantes gritando y echando porras a favor de los choferes.

—¡Vámonos! —clamó Vargas poniendo pies en polvorosa.

—¿Qué pasa? ¿No te convence mi plan? —le pregunta Rich a Nicolín.

—Sí, claro que sí... Me distraje un poco, discúlpame, pero a ver, sigue...

Rich termina de explicar en qué consisten las reuniones: se juntan las parejas cada semana en diferentes casas y una persona con amplios conocimientos sobre la familia les ofrece charlas sobre temas como la sexualidad en el adolescente, los riesgos de las drogas o sobre cómo fomentar el compañerismo entre padres e hijos.

—Luego cenamos juntos y cada quien se va para su casa —añade Rich—. ¿Cómo la ves?

Nicolín acepta ir a la próxima reunión con Beti. Piden café.

16:41 Rumbo a su oficina, Nicolín recuerda que la acción del paro fue tan efectiva que ese mismo día se iniciaron las pláticas. El Gobernador no tuvo otra alternativa que acceder a darle el registro al primero de los sindicatos asesorados por Charras: el Jacinto Canek. Se devolvieron los camiones a la Unión. Charras sabía que ahora se trataba de luchar por la titularidad del contrato colectivo contra el sindicato blanco de la empresa, el Fernando Vargas.

Por motivos meramente tácticos se le ocurrió que el sindicato Jacinto Canek sólo podría vencer si ingresaba en la CTM. La medida desconcertó a obreros, patrones y a los mismos dirigentes de la CTM en el estado. El propio Navarro Báez supervisó la asamblea.

Los dos sindicatos sostuvieron varias juntas pero como no veían resultados claros a causa de las maniobras dilatorias de los patrones, Charras volvió a organizar a los choferes ahora para que presionaran al Gobernador. Así, cada noche, a la una de la madrugada, cuando los choferes terminaban sus jornadas, iban todos en sus vehículos hasta Los Aluxes, la casa del Gobernador, y, sonando las bocinas de sus camiones, efectuaban un mitin en plena calle. El Gobernador tardó en reaccionar. La verdad es que tenía presiones por todos lados pues por una parte era amigo de Manigueta y le debía algunos favores y, por otra, la posición de los choferes era cada día más fuerte. Charras organizó otro paro: los del Canek retendrían sus camiones mientras los estudiantes tomaban las unidades del Fernando Vargas para reunirse ambos en la escuela de medicina. Algo, sin embargo, les había fallado en la coordinación y al Gobernador le sirvió para meter a la policía y recuperar los camiones. Pero también se vio obligado a presionar a los patrones a firmar los contratos colectivos y aprovechó para establecer una ley que castigara penalmente la toma de camiones.

16:53 Nicolín deja su automóvil en el estacionamiento y camina hasta la Secretaría. Sube a su despacho y quiere ponerse a trabajar pero no logra concentrarse.

A partir del movimiento camionero la independencia sindical corrió por todo Yucatán como reguero de pólvora: CONASUPO intentó formar su sindicato y ante las trabas a causa de la naturaleza de la institución Charras se organizó para formar una unión que operara a manera de sindicato. En el mes de septiembre en la fábrica de zapotecos CANANEA hubo un despido de trabajadores. Los despedidos se pusieron en contacto con el grupo de los cordeleros y entre ambos planearon un sindicato independiente. Buscaron a Charras quien, de inmediato, logró la readmisión de los despedidos. Asustada, la empresa concedió espontáneamente un veinte por ciento de aumento de salarios y organizó a un grupo de trabajadores para que se opusiera a un sindicato independiente. Sin embargo, para el mes de octubre Charras ya había logrado el registro del 16 de Septiembre. Cuando emplazaron a huelga para firmar el contrato colectivo, los patrones intentaron sacar la maquinaria a hurtadillas pero los trabajadores lo impidieron y a la empresa no le quedó más remedio que aceptar las condiciones del nuevo sindicato.

19:22 Tan pronto Nicolín llega a su casa, saluda a sus dos hijos y llama a Beti aparte; le cuenta lo que le había dicho Julio ese mediodía. Beti se echa a llorar.

—Cálmate, cálmate. Por eso se me ocurrió que hiciéramos una junta. Para ver qué hacemos, para evitar una desgracia —comenta Nicolín.

La familia empieza a llegar: primero José, luego Rosaura y doña Ada, su suegra, que acaba de volver de los Estados Unidos de donde trae la ropa que vende y, finalmente, Charras.

—Parece mentira que te tenga que traer esto aquí — le dice doña Ada a su hijo Charras mostrándole dos juegos de ropa interior—. Sales tan temprano y llegas tan tarde que ya nunca te veo.

—Gracias mamá —responde Charras y le da un beso en la mejilla.

—¿Me los dejas ver? —le pregunta Nicolín a Charras.

Son dos juegos de ropa fina de algodón enhilado. A Nicolín le gustan tanto que de inmediato piensa proponerle a Charras que le venda un juego. Pero se contiene. No se vaya a ofender doña Ada, o se vaya a sentir incómoda. Como su suegra va a salir pronto otra vez de viaje decide que es mejor encargarle unos juegos iguales para él.

Los zapateros de Ticul, recuerda Nicolín, mientras la familia conversa en amable camaradería, sin sospechar para qué los han reunido. Mira a Charras: afable, alegre, cariñoso con todos y sin embargo en qué líos ha metido al gobierno. Sindicalizó a los empleados de la Universidad. Cuando los de ROMARCO, fábrica de ropa, dejaron de pagarles a sus empleados durante tres semanas y los obreros fueron a ver a Charras, se formó el sindicato Rubén Jaramillo. Y luego vino el conflicto de las gasolineras, que fue uno de los más espectaculares porque mostró la unión de diversos grupos en torno a Charras. Los empleados de CONASUPO ayudaron a los gasolineros con víveres mientras los estudiantes los apoyaban montando guardias con ellos y los camioneros llevaban sus unidades a las gasolineras para que tuvieran dónde guarecerse durante la noche. Ya para diciembre se había firmado el contrato colectivo. LAVATAP, los trabajadores del aeropuerto, ah, y Materiales de Construcción MITZA, S.A. tenían más de doscientos cincuenta obreros que formaron el sindicato Cecilio Chi. Ése fue uno de los pocos casos que había perdido Charras pues previo a la firma del contrato golpeadores del rastro y varias patrullas rodearon la fábrica para neutralizar a los trabajadores de CANANEA que se habían reunido ahí para brindarles apoyo a los de MITZA. Charras no cayó en la provocación y les pidió a los de CANANEA que se retiraran en orden para evitar mayores desgracias. El conflicto se prolongó. Los trabajadores de MITZA se

dispersaron y cuando llegó la hora de firmar el contrato perdieron ante el sindicato de la CTM. Esa vez despidieron a treinta y seis trabajadores.

—¿Qué les parece si pasamos al comedor? —propone Nicolín.

—¿Qué tanto te traes? —le pregunta su suegra de buen humor.

—Pasen, por favor —evade la pregunta. Nicolín le hace saber a toda la familia, pero en particular a Charras, lo que se está fraguando en contra de su persona.

—Quise que estuvieran todos presentes para que discutamos qué se puede hacer. —Doña Ada se angustia y rompe a llorar. Beti intenta calmarla. José, en tono molesto, reclama.

—¿Ya lo ves? No vas a estar contento hasta que acaben contigo.

Charras escucha más extrañado que preocupado.

—Muy bien, muy bien. Prometo cuidarme pero cálmense. Qué quieren que haga.

—Que dejes la política —dice su madre lanzándole una mirada furtiva.

—Eso no lo puedo hacer, como comprenderás. ¿No te gustaría que tu hijo saliera huyendo como un cobarde, verdad?

—No necesitas ser ningún cobarde —rebate José—, sólo repliégate un poco.

—O vete por un tiempo de aquí —interviene Rosaura—, mientras se calman los ánimos.

—Ahora no puedo. Estoy en lo más difícil del problema de CUSESA. No lo puedo dejar morir así como así.

—Cuando menos protégete con algo, ¡carajo! —comenta José—. No puedes ir por la calle exponiéndote como si fueras un ilustre desconocido.

—¿Qué propones?

—Que te hagas acompañar por alguien.

—¿Quién?

—No lo sé. Alguien que te pueda proteger en caso de necesidad.

Todos intervienen. Exponen sus temores, dan consejos. Charras escucha atento, concede en casi todo lo que le advierten pero en su rostro no se trasluce preocupación sino azoro, anhelo de complacer a su familia como si se tratara de un capricho y no de una amenaza latente.

—Okei. Voy a buscar a una persona del sindicato para que me proteja.

—Armando —añade José.

—Armando —concede Charras—. ¿Beti, nos traes algo para merendar? Tengo que estar con los del sindicato a las diez de la noche y ya se me hizo un poco tarde.

A petición de la madre cambian el tema de la conversación. Se relajan un poco. Doña Ada comenta que en unos días se irá otra vez a los Estados Unidos. Beti trae unos tamales. Comen, hacen algunas bromas.

—¿Nos dejas en la casa a Rosaura y a mí? —pregunta doña Ada cuando ve que Charras se levanta de la mesa—. ¿Tú no vienes? —se dirige a José.

—No, tengo otras cosas que hacer —contesta.

Cuando se van todos Nicolín recuerda que olvidó encargarle a su suegra los juegos de ropa interior.

II. JOSÉ

Viernes 2 de noviembre, 1973

11:55 Charras llega a Mérida cerca del mediodía. Viene de una junta con los zapateros de Ticul a quienes asesora para crear un sindicato, independiente de la CTM. Los trabajadores de más de cien talleres han decidido sindicalizarse en grupo y, con la ayuda de Charras, han emplazado a huelga a sus patrones. Al llegar a su casa en el barrio de Santiago se cambia de ropa, se pone unas bermudas, unos huaraches. Se sube a su Volkswagen de color café y sale por la carretera vieja de Campeche rumbo a Hopelchén. El trayecto es largo. Poco más de dos horas desde Mérida. Umán, Muna, Uxmal. La carretera está desolada, es sólo para ellos y para los pocos turistas que visitan la zona de las ruinas. Bolonchén. La nueva ruta lo ha convertido en un pueblo semiabandonado. Ya está cerca de Hopelchén, donde se siente completamente seguro entre familiares y amigos que lo conocen de toda la vida. Entra al pueblo. Llega a la cantina de Samuel Cervera, junto al cine. Se baja del automóvil y tan pronto entra se oye un grito de júbilo desde una de las mesas. Se trata de una cantina modesta donde se reúnen los sábados los primos y amigos para tomar la copa. Charras, contento, saluda uno a uno, chanceando. Abraza a Carlos, a Luis Villamonte, a Jorge Canto, a Sergio Calderón, a Rubén Solís, a Fito Baqueiro, a su hermano José y a un primo que ha venido de México y al que no veía desde hace muchos años. Para entonces Charras se ha dejado ya el bigote al estilo Zapata que le dio la imagen con la que se le identifica en la mayor parte de las fotografías.

—¿Cómo te fue? —le pregunta José su hermano.

A Efraín, su padre, le gusta volar un enorme papagayo de color blanco a mediodía —según él, le relaja los nervios— frente a la casa del abuelo Tomás, en la plaza principal de Hopelchén. Charras se halla junto a su padre y desea que le suelten, aunque sea por un momento, el cabo tenso de henequén que controla la cometa; tiene entonces diez años. Padre e hijo no están solos. Los acompañan los empleados de Efraín, que son los que en realidad echaron a volar el papagayo, así como amigos, curiosos y un pequeñín que anda por ahí de mano en mano. Todos ellos se concentran en torno al “monumento”, como se conoce en el pueblo al asta bandera que se encuentra en uno de los costados de la plaza. Blanca, la cometa vuela por los cielos, aún benignos, mientras ellos conversan, chismean y se hacen bromas entre sí. Efraín es moreno, de bigote negro, con una calvicie incipiente. Viste de guayabera blanca y pantalón de dril color caqui. Sus zapatos son negros. No obstante su juventud, es uno de los hombres más prósperos de Hopelchén. Se dedica a la compra y venta de maíz, a la apicultura y es dueño de uno o dos aserraderos. Es padre de cuatro hijos, de los cuales Charras es el segundo y el mayor de los varones; el otro, José, es el chiquillo que ronda por ahí. La gente estima a Efraín. Es de carácter alegre, bromista y jovial. Se

le respeta: proviene de dos familias conocidas en la región, tiene algún dinero logrado con su trabajo y ha mostrado ser emprendedor y, cuando la ocasión lo ha ameritado, también valiente. No lo imagina pero dentro de un par de años Efraín sufrirá un coma diabético que provocará su muerte prematura. Charras se acerca a su padre y le pide que le permita sostener la cometa. Su padre lo mira con simpatía, el chamaco le hace gracia. Durante los días en que sopla el viento a veces se requieren hasta dos hombres para controlar el papagayo. Préstaselo un momento, le dice Efraín a su secretario guiñándole un ojo. Este chiquito, comenta, parece que quisiera volar. El secretario le da un poco de juego a la soga y le suelta la cometa: Charras apenas resiste la tensión del viento que logra arrastrarlo unos centímetros sobre la calle provocando la risa de los ahí reunidos.

—Se armó un desmadre porque llegó Gamboa con veinte patrullas pero me los chingué.

—¿Se arregló lo de los despidos?

—Propuse que se formara una cooperativa con los despidos y parece que al Gobernador no le va a quedar otra que apoyarla —sonríe, mientras los demás celebran su triunfo.

Charras pide una cerveza y relata los pormenores del conflicto de los zapateros en Ticul: los dueños de los talleres habían formado una unión de productores con el fin de evitar la formación de un sindicato independiente. Dicha unión, en contubernio con el Gobernador, había firmado un contrato colectivo de trabajo, a espaldas de la mayoría de los trabajadores. Como reacción, Charras organizó una serie de paros con el fin de declarar ilegal la firma del contrato colectivo de trabajo, en tanto que existía un emplazamiento previo. Así logró que se efectuara un plebiscito para definir quién sería el titular de los contratos, el sindicato independiente o la unión.

José escucha sin hacer mayores comentarios. Él es el actual presidente de la Federación de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Yucatán. A través suyo, Charras recibe el apoyo directo del grupo estudiantil. José es más bajo de estatura que su hermano, más blanco. Su temperamento es también más reservado. Los ojos de Charras reflejan entusiasmo, optimismo; los de José son calculadores, reflexivos. Los dos son valientes. Charras acaso sea más arrojado, más impulsivo. José refleja un carácter calmado pero tal vez sea más agresivo. Como líder, Charras llama la atención sobre todo por su simpatía y su dinamismo; José por su claridad y por su seriedad. Charras es emocional, abierto. José reservado, frío. El enfrentamiento se hace inevitable; los demás primos festejan a Charras ante la impaciencia y la preocupación de José. Los hermanos empiezan a discutir. Las posiciones se polarizan. A Charras lo apoyan prácticamente todos los de la mesa. En la discusión José se ve forzado a replegarse, a representar la imagen del defensor de los intereses que Charras ataca. Pero no es así. José está preocupado por el destino de su hermano. También por los halagos de parientes y amigos que lo llevan a exponerse más de la cuenta. A medida que discuten se acalora el debate. Alguien quiere rebatirlo pero José responde:

—Eso está bien que lo diga Charras que está poniendo su vida de por medio; pero ustedes, ¿me van a convencer desde la mesa de una cantina?

Charras es un niño flaco, tan moreno como su padre y más bien bajo de estatura. Su rostro es vivaz; sus ojos oscuros reflejan inquietud, picardía y buen humor. Desde pequeño su voz es ligeramente ronca, aunque no gruesa. Su apodo refleja su carácter: charrasqueado, como Juan, el de la canción, el borracho, parrandero y jugador, pero sobre todo por aquello de las charrascas. Una cicatriz en la muñeca marca la ocasión en que se cayó de un árbol y se cortó con un machete

que alguien dejó clavado en el suelo. La cicatriz en el codo es el resultado de una caída cuando intentó un salto de garrocha con una escoba y terminó con un brazo fracturado. Lo tuvieron que operar de emergencia y le colocaron un clavo de platino para que su codo pudiera soldar adecuadamente. La cicatriz de la pierna fue por un accidente en una motocicleta, la de la frente por la caída de un caballo. Raspones, ojos morados, cortadas, golpes, huellas de pleitos, puñetazos, accidentes y aventurillas temerarias. Pero Charras es un niño aún. Calza botines de color café que le llegan al tobillo y usa pantalón corto; juega beisbol frente a su casa, sobre la carretera de Campeche, con los muchachos del pueblo. Un bat, una sola base y una pelota de goma. Sin manoplas. Cada cierto tiempo el juego se interrumpe por el paso de las “Fajas de oro” de PEMEX, antes, mucho antes del auge petrolero en el país, y por los autobuses foráneos que viajan entre Campeche y Mérida.

Con los ánimos exaltados Charras y José concluyen, como es tan común entre hermanos, que no pueden discutir sin terminar en pleito. Hay tensión entre ellos pero la polémica ha llegado a su fin. Pese a sus diferencias es obvio que José apoyará a Charras hasta el final. Charras ha podido trabajar con éxito gracias a la fuerza política de su hermano. En el fondo existe entre ellos una enorme camaradería que se opaca ocasionalmente por cuestiones de temperamento, de competencia y de preocupación de uno por el otro.

17:00 El primo Carlos propone que vayan todos a su casa a comer mucbipollos. El grupo sale de la cantina de Samuel Cervera y, en el camino, un campesino, borrachín y hambreado, toma a Charras del hombro y se va conversando con él entre gritos y risas. Mucho tiempo después ese mismo campesino, de nombre Jacinto, va a componer un corrido sobre la vida de Charras que cantará, una y otra vez, acompañado de su harmónica, en las cantinas de Hopelchén.

El ambiente se ha relajado. Carlos ofrece tres mucbipollos. Los cortan y los sirven. Comen, beben. Charras sigue hablando de política pero ya no discute, relata, bromea, comenta. José habla con alguien más sobre su carrera y su vida en Mérida. Los grupos se dispersan. Charras se acerca a su primo de la capital y le comenta con un vaso en la mano.

—Me caso este año.

—¿Y quién es ella?

—Para variar una parienta —contesta Charras risueño—. Lupita Terrazas.

—Ya te tocaba.

—Me trae loco.

—¿Y para cuándo?

—Tan pronto salga de estos desmadres y la situación sindical se calme un poco. Entonces me voy a dedicar a escribir mi tesis; me recibo y me caso. Si no, no me va a dejar mi suegra que siempre le anda diciendo a Lupita “piénsalo muy bien porque con ese muchacho te esperan muchos problemas”. Oye, pero hablando de otra cosa, ¿te acuerdas cuando ponchaste mi balón de basket?

Charras estudia ya en el colegio Americano, en Mérida. Pero cada vez que tiene un poco de tiempo libre se refugia en Hopelchén, costumbre que no abandonará nunca. Durante estas vacaciones su familia le regaló un balón de basket con motivo de la navidad. En el pueblo, frente al palacio municipal, hay dos canchas en donde los mayores juegan ante un pequeño público los sábados y los domingos así como una que otra tarde, después de trabajar. Él y otros niños

aprovechan esas mismas canchas, vacías durante las vacaciones, para entrenar. El basket y el beis son los deportes que se practican en la región. Por esta época el soccer es prácticamente desconocido en la península. Luego del partido de beis frente a su casa, Charras saca su flamante balón y empieza a botarlo frente a los demás niños, haciendo cabriolas y dando saltos. Uno de sus primos, un poco mayor que él, se lo pide prestado y empieza a patear la bola como si se tratara de un balón de fútbol. De súbito la pelota empieza a desinflarse. Se ha ponchado. Charras nunca olvidará que su regalo de navidad de ese año le iba a durar sólo unos cuantos días. No obstante, no le reclama nada a su primo, no se molesta con él.

Pasan los años. Su padre, diabético, sufre un coma y un doctor desatinado le diagnostica hepatitis y le receta miel para su cura. Muere. Ada, su madre, queda viuda y a cargo de cuatro hijos. Tiene algún dinero en efectivo y unas cuantas propiedades, que administra lo mejor que puede para sostener a la familia. Pronto se ve, sin embargo, en la necesidad de vender sus bienes y, no mucho después, empieza a dedicarse al comercio de ropa.

21:09 Cuando salen de la casa de Carlos ya es de noche. El cielo de Hopelchén brilla en toda su intensidad. Charras ve una estrella fugaz.

—Pide un deseo —le dicen.

—Ya está —responde él.

III. EL CORONEL

Jueves 7 de febrero, 1974

6:58 Y pido también por la madre del señor Gobernador para que la protejas y la cuides por mucho tiempo. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén. El Coronel se persigna, se pone de pie y abandona, con respeto y devoción, la catedral. Su paso es mesurado pero enérgico. Su rostro, sin embargo, no parece el de un hombre acostumbrado a la acción, a la violencia o al crimen. Tampoco parece un ejecutivo que toma decisiones, nervioso y calculador. En su vestimenta no hay nada que muestre su rango o su poder: guayabera blanca, pantalón de dril, zapatos negros. El Coronel es sencillo, discreto. Parece un hombre sosegado y tranquilo, incapaz de desearle mal a nadie. Es como un maestro de escuela del que los alumnos se burlan en secreto a causa de su tolerancia y distracción por estar pensando siempre en asuntos relacionados con su materia. Su voz tiene un timbre agudo que no va con los ojos tristes. La frente amplia y el bigote grueso de su rostro. Sus hombros caídos delatan una actitud sedentaria; sus brazos son quizá demasiado cortos para su cuerpo. No, no es un atleta y seguramente nunca lo fue. De temperamento cordial cae con cierta regularidad en excesos de euforia o de negra depresión, acaso como rezago del cruento alcoholismo que sufrió durante años y del que ahora se siente curado gracias a la religión. Es abstemio y sumamente devoto. Tiene apenas cerca de un año como jefe de la policía del estado y ya se ha granjeado las simpatías de los industriales por su actuación en diversos asuntos y del pueblo en general que ve con azoro que un militar no tome una copa y asista diariamente a misa en la catedral. El Gobernador se precia de saber estimularlo con halagos y palabras dulzonas cuando se deprime y también de frenarlo cuando sus enemigos políticos le dan cuerda. El Gobernador lo ve con cierto recelo pues Gamboa fue impuesto por las autoridades federales y, en breve tiempo, ha ganado una enorme popularidad entre los yucatecos: “no se le olvide el lugar que ocupa dentro de la jerarquía del poder, Coronel”, le ha recordado en diversas ocasiones Loret de Mola.

—A casa del Arzobispo —le ordena a su chofer.

Recorren parte de la ciudad mientras él lee el diario en el asiento de atrás de su automóvil negro que no se hace custodiar por ningún otro vehículo. Todo el mundo en la ciudad de Mérida sabe quién es y no inspira temor, recelo o indignación aun cuando saben que ya ha cedido a muchas de las presiones del Gobernador. No obstante, la gente le muestra respeto, confianza.

7:15 Cuando el automóvil se detiene en una de las residencias de la avenida Colón el chofer se baja y toca la puerta. Una sirvienta indígena, vestida de huipil, sale a abrir; al reconocer al chofer le dice:

—Pase por favor, el Arzobispo está esperando al Coronel.

Al Arzobispo lo recibe también de guayabera. Tan pronto se ven los dos hombres, se aproximan y se abrazan como dos colegas que pertenecieran a una misma fraternidad.

—¿Cómo estuvo la misa Coronel?

—Muy bien, don Manuel, recibí la comunión y pedí mucho por usted.

—Debe tener hambre entonces, ¿no? Venga, siéntese que ya tenemos todo preparado. Le hicimos jugo de cajera, ¿le gusta?

—Mucho. Dicen que su sabor amargo nos gusta sobre todo a los viejos, ¿usted qué opina, señor Arzobispo?

—Tal vez nuestras gargantas necesitan de un fruto amargo para que erradique la amargura que llevamos dentro de nosotros.

—Pues a mí me gusta la cajera desde que era niño. Además tiene un bello color —comenta el Coronel levantando el vaso de jugo para admirarlo a la luz del sol.

Beben el jugo y comen chicozapotes, tamales envueltos en hoja de plátano y toman chocolate caliente. Charlan en amistosa camaradería comentando los acontecimientos sociales de Mérida.

8:30 —Antes de ir a la oficina vamos a pasar por la casa de la madre del Gobernador —le ordena el Coronel a su chofer una vez que salen de la casa del Arzobispo.

La casa no está lejos y llegan en un momento. El automóvil se detiene y el Coronel extrae una cajita del bolsillo de su guayabera y le pone una tarjeta suya.

—Que se lo den a la señora con todos mis respetos. Que le digan que es un rosario hecho con semillas de olivo de Jerusalén.

El chofer se baja del automóvil y cumple con su encargo. Una vez que se pone al volante, el Coronel le dice:

—Bendito sea Dios. Ahora sí, a trabajar: con la biblia en una mano y la 45 en la otra.

9:26 —¿Coronel? —le pregunta su secretaria en su despacho—. El licenciado Castellanos Gual de CUSESA desea hablar con usted.

—A sus órdenes licenciado, en qué le podemos servir —contesta el Coronel en el teléfono con voz aflautada.

—Coronel, me urge hablar con usted personalmente.

—Cuando usted desee, licenciado —contesta el Coronel, acostumbrado a tratar con la sociedad de Mérida a la que se ha ganado por su caballerosidad—. Lo espero en mi despacho ahora mismo.

—No, no. En su despacho no. Hay demasiada gente y no quiero que me vean por ahí. ¿Por qué no me permite invitarlo a comer? El asunto que tengo es sumamente urgente y muy delicado.

—Permítame... —dice el Coronel—. Mire, tenía yo otro compromiso pero lo voy a cancelar para verlo hoy. ¿Le parece bien?

—¿Nos vemos entonces a la una y media en el Carrillón?

13:31 —¿Algún aperitivo? —le pregunta Castellanos Gual al Coronel.

—No, licenciado, nunca bebo. Una horchata, por favor —dice volviéndose al mesero.

—Un whisky —ordena Castellanos—. ¿Un cigarrillo? —le ofrece al Coronel.

—Gracias, tampoco fumo. Dígame para qué soy bueno.

—Mire, Coronel, le voy a hablar sin rodeos. Necesitamos su ayuda para acabar de una vez por todas con el agitadorcillo ese Charras que trae al estado de cabeza y nos tiene a nosotros a punto de una huelga. Si ustedes no hacen algo lo vamos a tener que hacer nosotros.

—¿Y qué sugiere?

—¿Cómo que qué? Aquí no hay de otra, Coronel... usted sabe de lo que estoy hablando.

—Mmm... —exclama Gamboa pensativo—. ¿Ya habló con el Gobernador?

—En varias ocasiones. Desde el año pasado cuando se nos presentó por primera vez el problema de la huelga. Y no sólo yo sino varios industriales y gente productiva del estado. Ese cabrón agitador nos está poniendo en la madre; ¿qué es lo que quiere?, ¿arruinarnos?, ¿que dejemos de trabajar?

—¿Y qué le dijo don Carlos?

—Usted sabe que desde siempre ha querido quedar bien con Dios y con el diablo. Dice que Charras no debe alarmar a nadie pero entre tanto la gente productiva de la península estamos pasando las de Caín. La verdad es que el Gobernador está muy indeciso y muerto de pánico. Como en su designación no tuvo mucho apoyo local y el pan estaba muy fuerte, tiene miedo. Por eso recurrimos a usted.

—Déjeme hablar con él.

19:10 —Los de CUSESA están muy preocupados por la huelga asesorada por Charras, don Carlos —le comenta el coronel Gamboa esa noche al Gobernador en su oficina—, me pidieron que hablara con usted para ver qué medidas toma. La situación es grave no sólo para ellos sino también para nosotros.

—¿Cómo que qué medidas?

—Lo del Charras tiene muy descontentos a los industriales. El muchacho se nos ha salido de control.

—Usted sabe bien que para ellos Charras representa al mismo diablo mientras que usted es la encarnación de uno de los ángeles.

Felipe se siente un hombre popular. Con el tiempo he sospechado que abrigaba aspiraciones, muy legítimas pero quizá desproporcionadas, para ascender en la escala política. Es el típico yucateco que, alejado de su tierra por un largo tiempo, la añora para sí, y aspira secretamente a adueñarse de ella. Felipe está de luna de miel con Mérida, y en sus adentros sueña conquistarla, sin recordar tal vez las asperezas y desigualdades del difícil carácter yucateco, tan dado a fingir una fácil entrega con la que disfraza y envuelve su cruel ironía.

—Yo sólo intento mantenerlo informado, señor, y servirlo.

—¿Qué trata de insinuarle Coronel?

—Vengo a manifestarle las inquietudes de la gente y a recibir órdenes.

—No podemos actuar a la ligera. Tengo muchos enemigos que van a tratar de chingarme al menor descuido. Acuérdesse de lo que me pasó durante la campaña con Castro Gamboa.

—Ahora mismo tenemos problemas que pueden crecer o disminuir según su decisión...

—¿Qué proponen los de CUSESA, desaparecerlo?

—Usted lo dijo, señor.

—¿Y cree que soy tan tonto como para no haber pensado en eso antes, Coronel? A mí mismo el Charras ya me tiene hasta la coronilla. Pero no sé si ésa sería la mejor decisión. ¿Usted qué opina?

—Sería un error.

—¿Por qué?

—Charras tiene ahora más fuerza que nunca y usted sabe cómo lo apoyan los estudiantes.

—¿Qué sugiere entonces, Coronel?

—Yo sólo deseo servirlo, señor.

—Déjese de cosas y dígame.

—Las oficinas de CUSESAS están también en la colonia Campestre, muy cerca del Instituto Tecnológico Regional donde se almacena la dinamita para allanar terrenos. Esto nos da un excelente pretexto.

—¿Cree usted que Charras pueda intentar cometer una barbaridad?

—Vamos, señor Gobernador, ahora es usted el que está viendo a Charras como si se tratara del mismo diablo. No, evidentemente, no. Él es demasiado listo como para intentar algo semejante. Además, ¿para qué? Los explosivos pueden servir, sí, pero para nosotros.

—¿Y Charras? ¿No cree que ha llegado el momento de ser enérgico con él?

—No... hay que presionarlo —comenta el coronel Gamboa—, tal vez mantenerlo alejado del recuento de CUSESAS con el pretexto de los explosivos, quizá hasta asustarlo un poco.

—No sé, no sé —se dice casi para sí el Gobernador—. Efectivamente la situación es cada día más grave y yo me encuentro entre la espada y la pared. Estoy desesperado, confundido... Déjeme pensar y le daré mis instrucciones en su oportunidad —dice oprimiéndose las manos, nervioso.

—Tiene que darse prisa, señor Gobernador. No se olvide que la huelga está por estallar.

—¿Qué barbaridad!—exclama el Gobernador.

Viernes 8 de febrero, 1974

8:30 —Coronel, estuve pensando en nuestra conversación de anoche y luego de darle vueltas y vueltas he llegado a una decisión —comenta el Gobernador en su despacho esa mañana.

—¿Señor?

—Ayer, después de que hablamos, me comuniqué con el Presidente y me estropeó como si fuera yo un pipiolo y no todo un Gobernador. Así que proceda. Yo lo respaldo. Pero solucióneme el problema. Ayúdeme que yo sabré ayudarlo más adelante. No crea que no me he dado cuenta de sus aspiraciones. Encárguese de toda la organización y ya que es tan creyente ruéguele a Dios que todo salga bien. Ahora concéntrese en su asunto y cuente con todo mi apoyo.

IV. TÚ

Lunes 11 de febrero, 1974

9:27 Cuando te despiertas lo primero que ves es el cabello largo, castaño y abundante de la Vaquera, tu querida, que duerme profundamente con la boca abierta y respira con dificultad. Su rodilla derecha casi le toca los senos. La pequeña bata de algodón se le ha levantado hasta la cintura y deja al descubierto la curva de su cadera. Tomas un cigarrillo de la mesa que está junto a la cama. Lo enciendes. Hace calor. Recargas la espalda sobre la pared, fresca por el yeso. Decides irte a Mérida, ya que lograste sacar un poco de plata. Casi tres semanas que no vas para allá. Sientes la boca pastosa y una ligera punzada en la sien izquierda. No sabes si el dolor te lo produce el exceso de ron o la mariguana. Dicen que la hierba no deja cruda pero cada vez que fumas amanece con dolor de cabeza. Quién sabe. A lo mejor es el cruce. Coges un vaso con el resto de tu cerveza de la noche anterior. Tomas un trago. Uggh. Está tibia, amarga y sin gas. La escupes.

Te levantas, completamente desnudo, y entras al baño. Te detienes frente al espejo; te tocas las mejillas. Tienes la barba crecida de dos días. Dudas entre afeitarte ahora o en Mérida, cuando llegues. Mejor después, luego del viaje en el camión y de darte un baño. Te pones el pantalón. Sacas un peine del bolsillo trasero y te arreglas: te lavas las manos, la cara y te mojas el cabello. Te pones los calcetines, los zapatos. Sacas tu dinero del pantalón. Los billetes están todos arrugados, en diferentes bolsillos. Los cuentas: poco más de tres mil pesos. Lo que te sobra de lo que te pagaron por la operación de ayer. En una noche te gastaste poco menos de la mitad. Carajo. Tomas doscientos pesos y los dejas sobre la mesa. Te pones la camisa y sales del cuarto de la Vaquera. Atraviesas el bar con las sillas colocadas boca abajo sobre las mesas, con olor a cenizas, a licor y al tufito a meados que emana de los mingitorios. Sales a la calle y caminas hasta tu cuartucho en el Hotel Camarón, no lejos del congal donde pasaste la noche. Metes tu ropa hecha bola en tu pequeño maletín. Vas hasta el cuarto de doña Toya y la llamas. Sale de prisa, como siempre, malhumorada.

—¿Ya me vas a pagar? Ya era hora...

—¿Cuánto le debo doña Toya?

—A ver, déjame ver —dice sacando sus papeles del escritorio que está a la entrada del hotel

—. Son veinticinco días a sesenta pesos: mil quinientos pesos.

11:14 Detienes un taxi y le pides que te lleve al mercado municipal en donde comes un coctel de camarones y tomas una cerveza. De ahí te vas hasta la estación de autobuses.

—¿El próximo para Mérida?

—En veinte minutos —contesta el hombre de la taquilla.

Esperas adormilado por el sopor en una de las bancas hasta que alcanzas a oír que tu camión, vía Calkiní, está por salir. Dormitas durante todo el trayecto. Te sientes cansado, con el cuerpo laso. Junto a la ventana, en el asiento contiguo, va una jovencilla de jeans y lentes. En el sopor tu cabeza ha tocado varias veces su hombro. Cuando llegan a Calkiní y se desocupan varios lugares ella se apresura a cambiarse de asiento. Mejor. Recargas la cabeza sobre la ventana y sigues durmiendo.

15:29 —Ayer te vino a buscar el comandante Chan López —dice tu mujer, encinta de ocho meses, tan pronto llegas a tu casa en la colonia Dolores Otero—. ¿Cómo te fue?

—Bien. ¿Y la niña?

—No debe tardar, está con los vecinos.

—¿Dices que vino Chan?

—Me dijo que te quería invitar a tomar una copa. Me preguntó que cuándo volvías. Con él nunca se sabe, le respondí. Se rió y me pidió que te diera el recado.

Cuando entra tu hija y te ve corre a tus brazos. La sientas en tus piernas y le pides a tu mujer que te prepare algo de comer. Charlas con la niña. En casa no hay más que huevos y frijoles y tu esposa está sin un quinto. Sacas mil pesos. Se los das. Te mira azorada.

—Oye, te fue bien en tu comisión.

—Cuídalos porque quién sabe hasta cuándo te pueda dar más.

18:05 Después de comer duermes una siesta, te bañas, te rasuras y sales a buscar al comandante Chan. Quién sabe por qué pero el Comandante te había distinguido desde que te conoció, allá, cuando acababa de morir tu padre. Tu pobre padre: trabajó como un burro durante toda su vida en la Literaria y para qué. Don Rubén Massó le pagaba una miseria. Cuando murió el viejo se quedaron en la chilla. Don Emilio Seijo fue quien tuvo que ayudar a tu madre para que pudiera sostener a la familia. Les pasaba una pensión tan pequeña que apenas y les alcanzaba. Fue entonces que te decidiste a trabajar, en lo que fuera. Entraste a la policía y empezaste tu entrenamiento de cadete. No llevabas ni una semana cuando un día, mientras estaban formados, el comandante Chan López te recorrió con la vista de arriba abajo y clavó los ojos en ti.

—Tú, el de las patillas, vente conmigo.

Y así pasó, en cuestión de nada, de vil cadete entraste al cuerpo de oficiales del Departamento de Patrullas de Carreteras Estatales donde aprendiste a manejar, pues no sabías. Fue ahí, trabajando con Chan López y con Marrufo, que empezaste a conocer de la hierba, de los congales y de los bancos de “la bolita”. A veces te tocaba custodiar a los políticos que llegaban del Defe. Los acompañabas primero a sus juntas y reuniones, luego a sus parrandas y borracheras. Muchas veces, muchas, te pasaban a buscar durante la noche. Te levantabas medio adormilado y te llevaban a alguna misión para embargar cargas de marihuana o para cerrar algún prostíbulo o casa de juego que no había querido cooperar. Hasta que tuviste el accidente. Ese día apenas habías dormido. Estuvieron de juerga casi toda la noche en la sonaja de Mérida, tú y otros compañeros, junto con el comandante Chan. Al calor de las copas y entre las bromas con las muchachas, Chan te empezó a tocar. Al principio no le diste importancia. Luego notaste que la cosa iba en serio. Entonces te paraste encabronado de la mesa, saliste a la calle, te subiste a tu patrulla y te enfilaste hacia la carretera. No sabías qué hacer ni a dónde ir. Tú también estabas muy borracho. Sin saber por dónde ibas te detuviste en un libramiento y te dormiste en la patrulla. Te despertaste como a las once de la mañana. Tenías ganas de vomitar. Todavía mareado te viste en medio de una

carretera desconocida sin saber qué diablos hacías allí. Borrosamente recordaste lo que había pasado con Chan en el burdel. Tu encabronamiento. Decidiste volver al Departamento de Patrullas. Con algún esfuerzo te enfilaste otra vez hacia la ciudad de Mérida. Ibas transitando por las calles rumbo a la policía cuando te distrajiste y chocaste contra un camión estacionado cerca de una esquina. La salpicadera del camión quedó toda abollada pero la patrulla quedó deshecha. De no haber estado tan borracho te hubieran hecho los mandados; traías tu charola y podías haber dicho que estabas en misión oficial. Pero el dueño del camión estaba con otros tipos y todo el mundo se dio cuenta de que estabas hasta la madre. Con el camionero te arreglaste prometiéndole que cuando necesitara algún favor tú lo ayudarías en la policía. Como sabía que llevaba las de perder no le quedó otra que aceptar. Le diste una tarjeta y ahí quedó todo. Con el que te fue imposible arreglarte fue con el comandante Chan López que te dijo que tenías que pagar la reparación de la patrulla en veinticuatro horas o que si no te metería a la cárcel. Así, con el Comandante en tu contra, decidiste mandar todo a la chingada. Ya no regresaste a trabajar. Te largaste de Mérida por un tiempo y te refugiaste con tus amigos de Campeche que conociste en las redadas.

Regresaste a la ciudad de Mérida. Como viste que nadie te perseguía y que en apariencia no había orden de arresto en contra tuya te animaste a hablar otra vez con Chan López. Era el mes de marzo de 1972.

—Vengo a pedirle perdón, mi comanche —le dijiste a Chan López, tanteándolo—, por lo de la patrulla y por haberle faltado al respeto esa noche.

Chan López sonrió.

—¿No me admitiría otra vez con usted, mi Comanche?

—Mira, la verdad es que ya se me pasó el enojo por lo de la patrulla, lo que no te puedo perdonar es que hayas dudado de mi hombría.

—Perdóneme, mi Comandante, la verdad es que estábamos muy pedos.

—Porque yo soy tan machito o más que tú y te lo demuestro cuando tú quieras. Aquí o en la calle. Con las viejas, con la botella, a madrazos o hasta con pistola si quieres.

—Yo lo sé, mi comanche. Por eso vine a decir que me disculpe.

—Bueno cabrón, que aquí muera. Pero que no se te ocurra ponérteme flamenco otra vez porque además de correrte y meterte a la cárcel te voy a poner una madriza que no se te va a olvidar en los días de tu vida.

—¿Estoy aceptado otra vez, mi Comandante?

Estuviste trabajando ahí durante otros cuatro meses. Estableciste contactos con los de la mota, con los de los garitos y los de los congales. Te volviste muy popular en la sonaja, tanto en Mérida como en Campeche. Hasta que el Comandante se dio cuenta de que ya estabas recibiendo lana sin que le pasaras su corta y se volvió a encabronar. Pero como ya sacabas mucho más comprando y vendiendo aquí y allá lo volviste a mandar a la chingada, claro aunque ahora de manera más tranquila. Te pidió tu renuncia y te dieron otra vez de baja. Te fuiste a Chetumal. Allí tenías unos contactos. Hiciste un poco de lana pero te diste cuenta de que no era lo mismo hacer negocio como parte de la policía que por la libre. Decidiste salirte del bisnes y tratar de poner un negocio con la plata que hiciste en la policía. Te asociaste con un primo tuyo. Decidieron poner un negocio de fruta en Veracruz. Tu primo te soltó el dinero para el enganche de un coche y juntos pusieron un puesto en el mercado. No les fue muy bien; empezaste a sacar un poco de ventaja, tú eras el que se estaba sobando el lomo pero empezó a haber problemas entre los dos por cuestiones de dinero y la sociedad se empezó a resquebrajar y se dio en la madre cuando tu primo se puso mamón y te

recogió el coche porque no pudiste pagarle. En noviembre de 1973 te regresaste a Mérida.

Sin chamba, decidiste irte a la zona de tolerancia de Campeche donde tenías muchos conocidos y varias amiguitas. Te volviste a relacionar. Te enqueridaste con la Vaquera. Lograste colocar una mercancía y te ganaste una buena lana que ya te habías quemado en pedos, parrandas y dándole a tu vieja para el gasto. Por eso viniste a ver otra vez a Chan.

19:52 —¿Te gustaría volver a entrar a la policía? —te pregunta sonriente Chan López tan pronto te recibe.

—Cómo no mi comanche, precisamente ahorita estoy sin chamba.

—Déjame hablar con el capitán Marrufo y con el coronel Gamboa —te dice Chan y sale de su oficina.

20:35 —Ya estuvo. Ya estás otra vez adentro. Ahorita viene el comandante Cicero a darte de alta.

Enrique Cicero Salazar te vuelve a dar tu solicitud de reingreso, saca tu expediente del archivo y pone tus papeles en orden. Marrufo te pide que te quedes de una buena vez en la comisaría porque quiere que participes en una comisión esa misma noche.

—Vamos a buscar una avioneta que se dice aterriza allá por Chicxulub. Necesito cabrones como tú para estas comisiones, no pendejitos que no saben ni qué pedo.

22:01 Sales junto con otros compañeros. Van en dos vehículos, con pistolas y metralletas, por el rumbo de Progreso. Marrufo dirige la operación. Chan funge como el segundo de a bordo. Los dos se ven muy tranquilos. Todos los demás están nerviosos. Primero se dirigen a Chicxulub Puerto, se meten por las brechas, recorren varias playas. Nada. Todo parece estar en orden y en paz. De ahí se enfilan a Uaymitún. Las playas tupidas de cocoteros. Se internan hacia el mar. Nada, ni una luz, ni un movimiento, todo se halla en aparente calma. Van a San Benito, a San Bruno, a Xtampú y llegan hasta Telchac Puerto. Nada.

Martes 12 de febrero, 1974

1:13 Vuelven a Mérida. La ciudad se halla en completa calma. Chan López, contra su costumbre, te lleva en uno de los coches hasta tu casa.

—Vente mañana a la oficina como a las cinco de la tarde —te comenta satisfecho—. Te tengo una misión especial.

V. EL PLAN

Domingo 10 de febrero, 1974

17:33 —Necesitamos a un tipo desconocido, hábil y con experiencia para una operación muy delicada que me encargó el Gobernador —les dice el coronel Gamboa al capitán Carlos Marrufo, subdirector administrativo, a Enrique Cicero, subdirector de instrucción y a Víctor Manuel Chan, comandante de patrullas, en su despacho—. Tenemos que crear una maniobra que permita que Charras se la pele con la huelga de CUSESA.

—¿Cuándo está emplazada? —pregunta el capitán Marrufo.

—Para el día 13.

—Ustedes dos —dice el Coronel dirigiéndose a Marrufo y a Chan— encárguense de buscar a las personas para la operación. Es importante que a los que contraten no los puedan identificar como policías.

—¿Y cuál es la consigna, mi Coronel? —pregunta Chan López.

—Sacarlo del estado, aléjelo, llévenselo a León, a Monterrey, a Saltillo, qué sé yo, a donde quieran, pero por el amor de Dios que no se vaya a aparecer el día del recuento.

—¿Le damos su calentadita, mi Coronel? —pregunta Chan.

—Asústelo, atemorícenlo, háganle creer que se lo va a llevar la puta madre. Que se cague de miedo, que sepa que nosotros no nos andamos con pendejadas, que la policía de aquí no se anda con mamadas.

—Soy inocente —declarará el mismo coronel Gamboa el miércoles 10 de abril, en la cárcel de Chetumal, ante el reportero Marco Aurelio Carballo del periódico *Excélsior*—, lo único que quise fue paz para el estado.

—Si todo sale bien el Gobernador les va a dar a cada uno de ustedes una comisión de cincuenta mil pesos y veinte mil pesos para sus ayudantes. ¿Quién conoce a Charras?

—Yo —contesta Chan López—. Vive cerca de mi casa, ahí en Santiago.

—¿Ustedes dos no?

Tanto Marrufo como Cicero niegan conocerlo.

—Voy a citarlo aquí, en la comandancia, con el pretexto de unos explosivos un día antes de la huelga. Usted, capitán Marrufo, me tendrá para entonces a la gente que va a efectuar la operación. Con un pretexto cualquiera venga a mi oficina con sus hombres y grábense bien su cara. Por favor, no lo vayan a confundir con José, su hermano menor, que es líder estudiantil. Porque entonces vamos a tener dos problemas en lugar de uno.

—Pidieron ayuda y vigilancia pues en la empresa había explosivos y podía ocurrir una desgracia —le explicará al reportero el Coronel—. Sustráiganlo del medio, ésas fueron mis órdenes.

—Yo lo conozco también —comenta Chan—. Despreocúpese —le dice al Coronel—, yo veré que no lo confundan.

—Por mi madre que no quise que le hicieran ningún daño —le aclarará el Coronel.

Martes 12 de febrero, 1974

17:12 —Estás de suerte —te comenta Chan cuando te apareces por su oficina.

—¿Por qué?

—Te tengo una comisión que te pueda dejar una buena plata.

—¿Qué?

—Raptar a un tipo.

—¿A quién?

—A Charras, un agitadorcillo que ha cobrado mucha fuerza en el estado, ¿lo conoces?

—No...

—Charras es su apodo, se llama Efraín Calderón.

—No, no lo conozco.

—¿Te interesa?

—¿Cuánto?

—Tu reingreso al cuerpo más veinte mil.

—Juega.

—Tú eres el cabrón que necesitamos —te dice dándote una palmada en el hombro—. Nadie te identifica como tira. Ve a hablar con el capitán Marrufo y dile que vas de mi parte. Que eres el elemento del que le hablé.

Cuando estés en Chetumal tanto tú como Chan López se negarán a hablar con el reportero del *Excélsior*.

17:29 —Se trata de detenerlo, darle un susto y sacarlo del estado —te explica el capitán Marrufo—, llévenselo a algún lugar lejano del que se tarde en volver cuando menos dos días. Que no pueda asistir a la junta de CUSESAS.

Cuando lo secuestren díganle que vienen de parte del “ingeniero”, así nomás. Como ha tenido muchos problemas con los de la industria de la construcción se imaginará que debe tratarse de alguno de sus enemigos.

—Cómo no —contestas.

—Vete al fondo, allá donde está el taller, y escoge a un compañero que te ayude.

Caminas por los corredores de la comisaría y llegas hasta el taller mecánico.

Ves a varios policías vestidos de civil que conversan de pie en pequeños grupos mientras algunos obreros trabajan en la reparación de los vehículos de la Dirección de Seguridad Pública. No conoces a nadie. Te miran sigilosos. De pronto identificas a un antiguo compañero, Eduardo Sáenz, que, igual que a ti, lo habían dado de baja y, por lo visto, ahora se ha vuelto a incorporar. Es un tipo medio callado pero jalador. Se saludan.

—Traigo una comisión que puede dejar algo de plata y necesito un compañero, ¿le entras?

Le explicas de qué se trata y Sáenz acepta. Ves venir a Chan López hacia ustedes. Camina a toda prisa, con gesto de disgusto.

—¡Sálganse de aquí que no quiero que los vean! —exclama molesto, aunque en voz baja—. Váyanse a la gasolinera de allá enfrente y esperen hasta que los mande llamar.

Con toda calma, Sáenz y tú caminan hasta la gasolinería. Conversan. Se ponen al día sobre lo que han hecho desde la última vez que trabajaron juntos en la policía. A él también le ha ido de la chingada.

21:58 —El capitán Marrufo necesita hablar con ustedes — les dice uno de los ayudantes de la policía—. Los espera en su oficina.

Atraviesan la calle y discretamente se dirigen al despacho de Marrufo.

—¿Ya escogiste quién te va a ayudar? —te pregunta apenas levantando la vista de su escritorio.

—Sí, señor, aquí mi compañero Sáenz.

—Muy bien —voltea por fin a verlos—. Por hoy no tengo nada más para ustedes pero vénganse aquí mañana a las seis. Quiero que identifiquen a un cabrón.

—Yo no quiero publicidad. Ya publicaron todo. ¿Qué quiere que le diga? —contestará Marrufo en la cárcel cuando el reportero le pida una entrevista.

Miércoles 13 de febrero, 1974

9:16 —La situación ya resulta intolerable —comenta Mario Trava.

Se hallan reunidos en una junta de emergencia con el Gobernador, Castellanos Gual de CUSESAS, Mario Trava, presidente de la Cámara de la Construcción, Gonzalo Navarro Báez y Ciro Velázquez de la CTM, José Pacheco Durán, Enrique Pacheco Larrondo, Manigueta y Ulises González de la Unión de Camioneros, así como representantes de MITZA. Están en la sala de juntas del Palacio de Gobierno de Mérida.

—Nos parece que ha llegado la hora de que usted se ponga enérgico —agrega Castellanos Gual, que fue quien organizó la junta—. Tiene usted que tomar medidas radicales, sacar al estado del hoyo en el que estamos.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos viendo cómo un agitador se apodera de las organizaciones obreras ante nuestras propias narices, señor Gobernador —expresa Navarro Báez.

—No es posible que usted le siga dando cuerda a Charras que ni siquiera es yucateco; ¿por qué tanta tolerancia? A ustedes como gobierno y a nosotros como industriales nos trae de cabeza. Hay que poner un hasta aquí.

—Calma, calma —pide el Gobernador—, hasta ahora he tratado de actuar como mediador.

—¿Mediador? —interrumpe Castellanos—, no hemos visto una...

—Permítanme hablar —dice el Gobernador tomando la palabra, nervioso—. He estado dándole vueltas al asunto y...

—Ya estuvo bueno de darle vueltas, lo que se necesita son huevos.

—Allá voy, allá voy, calma —comenta el Gobernador un poco alterado—. Parte de estos problemas los han causado ustedes mismos que nunca pagaron indemnizaciones, ni vacaciones, ni aguinaldos, ni días feriados. Todo parece indicar que eso se acabó. Ustedes, los patronos y los de la CTM, son los que han dado oportunidad a que gente como Charras haya intervenido en sus asuntos...

—Por favor, señor Gobernador, no nos salga con sermones en momentos como éste...

—Calma, señores, calma. Admito, sin embargo, que la situación se ha puesto crítica.

—¡Intolerable! —dice alguien.

—He hablado con el coronel Gamboa para que tome cartas en el asunto...

—¿Qué clase de cartas? ¿Cómo las de Ticul? —pregunta Navarro Báez.

—Ustedes no se preocupen que yo arreglaré este asunto...

—¿Cuándo? Yo estoy emplazado a huelga para mañana —reclama Castellanos.

—Pase lo que pase esa huelga no se llevará a efecto, les doy mi palabra de Gobernador.

—¿Y después? —pregunta Navarro Báez.

—Trataremos de que las cosas vuelvan a trabajar normalmente en el estado —dice el Gobernador.

—¿Trataremos?

—Trabjarán normalmente —contesta el Gobernador buscando aplomo en su respuesta.

—¡Vaya! —comenta alguien—, esto lo debimos decidir hace mucho tiempo.

VI. LA CITA

Evaristo Poot Cruz, campesino de oficio, lo hallará tirado en la carretera a Chetumal, en el kilómetro 101, el 19 de febrero a las cuatro de la tarde. Lo encontrará con las manos atadas a la espalda, semidesnudo. La cara destrozada a golpes, la cabeza fracturada y la dentadura deshecha. Una venda le cubrirá los ojos y la boca. Su cuerpo mostrará piquetes con armas punzantes por todas partes y varias quemaduras de cigarro. Tendrá las uñas de los pies rotas y los testículos mutilados.

Martes 12 de febrero, 1974

A partir de la junta que organizó su cuñado, Charras se hace acompañar por Pedro Quijano Uc y por Miguel Ángel González Sulub, miembros del sindicato de CUSESA. Supuestamente le deberían servir como guardaespaldas pero los trata más como acompañante y secretario que como guardas. En Hopelchén alguien le consiguió un revólver, una Colt 38, que nunca aprendió a usar, y que ahora trae en la cajuela de guantes del coche más como talismán que como arma propiamente dicha. El coronel Gamboa lo ha citado en su oficina a las siete de la noche. Como sabe que la situación es delicada y que pueden inculparlo de portar armas sin permiso decide dejar la pistola en su casa. Charras llega al edificio de la Dirección de Seguridad Pública vestido de chamarra azul cazadora y pantalón de mezclilla. Pide hablar con el Coronel que lo recibe de inmediato.

19:05 —Qué gusto verte —suena la voz atiplada del Coronel—, ya nada más sé de ti a través de los periódicos. Ven, pasa, siéntate.

—Gracias, en qué puedo servirle.

—Qué hay.

—No me diga que me llamó nada más para conversar.

—No, tengo algo que decirte pero no corre ninguna prisa. Dime cómo estás.

—Usted lo sabe, con el problema de CUSESA encima.

—Oí que te vas a casar, ¿es cierto?

—Así es Coronel.

—Bendito sea Dios. Te prometo que pediré por el bien de tu futuro matrimonio; ¿y tu hermano José, cómo está?

—Estudiando...

—¿Sigue siendo presidente de la asociación de alumnos?

—Le queda todavía un año, creo...

—Entremos en materia, pues. La razón por la que te mandé llamar es muy sencilla. Tú sabes que en el Tecnológico, cerca de la obra de CUSESA, hay un depósito de dinamita...

—No, no lo sabía.

—Pues lo hay. La usan mucho en terrenos rocosos como el nuestro, sobre todo cuando se trata de construcciones mayores. Quería prevenirte entonces, por tu bien y por la paz pública que, por el amor de Dios, prive en ti la cordura y no se te vaya a ocurrir tocar esos explosivos.

—¿De qué me está hablando, Coronel?

—No, no te estoy diciendo que vayas a hacer nada pero tú sabes que cuando se caldean los ánimos pueden ocurrir muchas cosas que uno no tenía previstas.

—Usted conoce mi posición Coronel. Cuando lo de MITZA evité el enfrentamiento de los del Jacinto Canek y los del 16 de Septiembre contra los trabajadores del rastro que mandó usted a rodear la fábrica.

—Lo hice a solicitud de la opinión pública. Había temor de que hubiera violencia.

—Pues ya ve que no. Hubo provocación pero yo fui el que evitó la violencia. Le costó la titularidad a mi sindicato, pero ni modo. Ya veremos para el próximo recuento.

—Le ruego a la Divina Providencia que no vaya a haber ningún incidente que lamentar.

—Esperemos que no —dice Charras—. ¿Me puedo ir? Tengo mucho que hacer.

—¿Qué sucede? —le pregunta Gamboa a uno de sus subalternos que viene acompañado de otros hombres.

—¿Podemos pasar a buscar unos datos en los archivos?

—Sí, claro, Charras y yo ya casi terminamos.

—Adiós Coronel, y no se preocupe —dice Charras poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta.

El coronel Gamboa lo detiene en el pasillo.

—Espera, ¿cuándo me dijiste que te casabas?

—Todavía no tengo fecha...

—Pero para cuándo calculas...

—Tal vez a mediados de año...

Charras siente varios pares de ojos clavados en él. Reconoce a Chan, que fue carnicero allá en Santiago. Pero la mirada más penetrante es la de un hombre un poco mayor que él, delgado, que lo mira fijamente y sin pudor. Le llaman la atención sus cejas arqueadas y lo perverso de su mirada. Es tu mirada.

—¿Y a dónde piensas ir de luna de miel?

—¿Sabe qué, Coronel? Tengo mucho trabajo, le suplico me disculpe.

—Muy bien, pero que no se te olvide avisarme de tu boda.

—No, Coronel.

—Y dile a tu novia que la felicito... y que Dios te acompañe.

Miércoles 13 de febrero, 1974

Querida mamá:

Al escribirte esta breve carta no quiero, por ningún motivo, alarmarte o asustarte. Después de la junta que tuvimos entre toda la familia en casa de Beti me he puesto a pensar mucho en ti, en la memoria de papá y en lo importante que ustedes dos fueron en nuestra formación. Mientras papá vivió podríamos decir que llevamos una vida regalada. Él era muy trabajador y tenía talento para los negocios. Pero siempre nos hizo comportarnos con sencillez y consideración para con todos los del pueblo sin que le importaran ni apellidos ni situación económica.

¿Te acuerdas que cuando niño yo llegué a vender cacahuates y a trabajar de limpiabotas para sacar unos centavos ante la abierta complacencia de papá? Ahí andaba yo con todos los mocosos de Hopelchén ofreciendo mis cacahuates a los camiones que iban a Mérida o a Campeche. El trabajo nunca puede ser indigno de ningún hombre, nos enseñó papá, salvo que se haga con desgano o negligencia. Los que ponemos el corazón en lo que hacemos y hacemos lo que tenemos que hacer de la mejor manera posible no esperamos ninguna otra recompensa. Después de que papá murió tú nos educaste modestamente pero con una gran dignidad. Si antes éramos chicos para valorar tu esfuerzo hoy quiero que sepas que lo aprecio en todo lo que vale y te doy las gracias por mí y por mis hermanos.

He dedicado lo que he aprendido en mi carrera a la defensa de aquellos que trabajan con dignidad pero sin justicia. Esto me ha acarreado muchos problemas porque si te he de ser franco ni yo mismo me imaginaba que en Yucatán hiciera tanta falta alguien que se atreviera a defender los derechos de los más desprotegidos. ¿Quién soy yo? Apenas un pasante que hace sus pininos en su carrera y que, según dicen, ya ha puesto de cabeza a los patrones del estado. ¿Crees que sea eso justo? ¿No ha habido otro abogado que haya tenido la iniciativa para dedicarse a defender profesionalmente a los que lo necesitan? Soy el primero en asombrarme de todo lo que he podido hacer en tan corto tiempo pero, la verdad sea dicha, yo llevaba todas las de ganar. Casi todos los empresarios yucatecos trabajan al margen de la ley y sin más interés que su propio beneficio. Son contados aquellos que cumplen con lo que exige la legalidad. Todo esto te lo comento porque cada vez estoy más seguro de que, efectivamente, existe un proyecto para detener mi influencia entre los trabajadores. Ayer recibí un citatorio para presentarme en la oficina del coronel Gamboa a las siete de la noche. Acudí puntualmente pues en este momento no puedo darme el lujo ni siquiera de cometer una incorrección en contra de las autoridades. Así que ahí estuve a las siete. Se portó amable y ceremonioso pero es evidente que está tramando algo. Qué exactamente, no lo sé. Me habló de explosivos, de la calma y la cordura que debo mantener, delante de varios policías que servían de testigos y me miraban todo el tiempo.

En el caso dado de que me ocurriera algo, lo que fuera, y estate segura de que pueden llegar a lo peor, lleva esta carta a las autoridades federales para que ellos puedan intervenir.

El Gobernador ha intentado convencerme de que abandone mi causa, primero mediante puestos oficiales y después mediante cohechos. Como he rechazado unos y otros ha recurrido a las presiones y las amenazas. Creo que ahora el Gobernador se dispone a atacarme directamente. Él es periodista, no político. Sus puestos los ha logrado mediante su pluma a veces obsequiosa, a veces venenosa, según sea el caso y su conveniencia personal. Todos saben que cambia sin ningún escrúpulo de camiseta y que no tiene más convicción que la de sus intereses. Ahora lo presionan por varios frentes y no sabe qué rumbo tomar. Es temeroso, es inseguro. Eso me alarma más pues nunca sabes cómo va a reaccionar ese tipo de gente.

Lo que nos ocurrió con MITZA no fue sino un aviso de que el gobierno del estado no va a permitir un sindicato independiente más. Por ello quiero que sepas que estoy consciente de que en la huelga de CUSESA me estoy jugando mi futuro. Si algo me llegara a pasar es obvio quién resultaría responsable pues nada de lo que aquí sucede se hace sin la máxima autorización.

No te asustes ni te alarmes que esta carta te la escribo sobre todo para protegernos. Piensa en papá que siempre se portó con valor. ¿Te acuerdas cuando el Negro Sansores aún no era nadie y se ganó la enemistad de Trueba Urbina? ¿Te acuerdas cómo papá lo ayudó dándole alojamiento en nuestra casa de Hopelchén a pesar de que Sansores estaba amenazado de muerte? Piensa entonces

que papá tendría que sentirse orgulloso de saber que yo también sé enfrentar los problemas con valor. Nada ni nadie tiene el derecho de amarrarle a uno el corazón. No me mueve más interés que ayudar a la gente que trabaja en términos desventajosos. Sé que muchos consideran que no soy más que un tipo ingenuo que se quiere poner a las patadas con Sansón. Si ser ingenuo consiste en proceder según mis convicciones, entonces seguramente lo soy. Esperemos que todo salga bien y quédate tranquila. Recibe un abrazo de tu hijo que te quiere,

Charras

VII. EL DART

Te llamará la atención la perspicacia con la que el dibujante Luis Escalante Pavía, de la Procuraduría General del Estado, logrará captar tu singular fisonomía, Carlos Francisco Pérez Valdez. Tus señas las proporcionará Pedro Alejandrino Quijano Uc, testigo presencial del rapto. Mirarás el dibujo un tanto divertido, ese dibujo que aparecerá en *El Diario de Yucatán* el martes 19 de febrero, sin sospechar el peligro que ya corrías. Néstor Martínez Cruz, el viejo alcoholizado que los acompañó en la operación, te describirá en su declaración oficial ante el Ministerio Público como un güero al que ya conocía de cara, güero, como les dicen en nuestro país las gentes de piel oscura y rasgos indígenas, a las personas de tez clara. Delgado y de estatura media, ojos grandes, pestañas tupidas, cejas espesas. ¿Cabello? Ligeramente rizado, velludo, de barba cerrada. ¿Nariz? Aguileña; mejillas hundidas y mentón pequeño y oval. ¿Boca? Regular. No tiene señas particulares o tal vez sí, usa las patillas muy largas. Así te describirá Pedro Alejandrino Quijano Uc ante el dibujante. En donde realmente fallará será en las cejas, arqueadas hacia arriba que, como te ha dicho la Vaquera, reflejan una mirada torva y cínica.

Miércoles 13 de febrero, 1974

7:02 Llegas junto con Sáenz al edificio de la policía. Ahí los espera otro compañero, alguien que tampoco parece yucateco pues la coartada es decir que ustedes vienen de Jalisco. Salazar ha elegido a uno de la primera compañía, al viejo Néstor Martínez Cruz, prieto, chaparro y trompudo, de Oaxaca seguro: Cruz, sargento segundo, que tenía tipo de... pues, de gente del interior de la república, no de sureño, declararás tú, implicando que la pinta indígena del viejo Cruz no se parece a la de la península. Cruz tiene cuarenta y siete años y trabaja en destacamentos y guardias en diversos puntos de Yucatán. Anoche, como en tantas otras ocasiones, el viejo se quedó a dormir en el edificio de la policía. Ahora se ha reunido con ustedes dos según las instrucciones de Salazar.

7:23 Van hasta la casa del comandante Chan López, en la calle 49 en el barrio de Santiago. Chan tiene treinta y un años. Es gordo, de baja estatura, cabeza redonda y cuello corto. Usa gafas con cristales oscuros. Ahora se encuentra devorando una cabeza de cerdo sobre un plato. Tiene las manos y la boca llenas de manteca. Coge una tortilla de maíz blanco, arranca un pedazo de carne y se la engulle de un bocado.

—Espérenme —dice masticando aceleradamente, con la cara casi clavada en el plato—, siéntense.

Lo observan comer golosa, desafortadamente, desgarrar la carne pegada a los huesos del puerco que tiene ante sí. Escarba un ojo con los dedos y se lo mete a la boca mientras muerde otra tortilla.

—¿Quieren? —les pregunta—. Mamá —le grita a su mujer que se halla ante la estufa—, calienta tortillas para que almuercen aquí mis compañeros. ¿Unas cervecitas? —dice mientras la señora, gorda también y en chanclas, pone las tortillas sobre la mesa haciendo caso omiso de ellos—. Éntrenle, muchachos, éntrenle.

Chan se limpia la grasa de todo el rostro con una servilleta de papel; eructa, hace bola la servilleta y empieza a hacer gestos y ruidos, mondándose los dientes con la lengua.

—Voy a hablar con el capitán Marrufo para que venga enseguida —les dice levantándose de la mesa y dirigiéndose al teléfono—. Coman muchachos, coman.

8:06 Marrufo tiene como cuarenta y cinco años. Sabes que es el director administrativo, lo has visto muchas veces: es bajo de estatura, de complexión más bien delgada aunque con el vientre abultado. Usa bigote y, como Chan, lentes oscuros.

—Fíjense bien en lo que van a hacer —los instruye—. Primero van a localizar a Charras; tan pronto lo encuentren lo empiezan a seguir y cuando vean la oportunidad se le acercan con el pretexto de lo del ingeniero y lo detienen. Súbanlo con ustedes al coche, solo, porque parece que ahora siempre va acompañado. Sáquenlo de Mérida y se lo llevan por allá por Quintana Roo lo más lejos que puedan. Cuando vean una brecha o una vereda por ahí se meten. Bájenlo del coche, desnúdenlo y amárrenlo. Ahí se encargará de él una culebra o algún otro animal, o tal vez muera de hambre o de sed. Ustedes déjenlo ahí, a que se lo lleve la chingada. La misión tiene que cumplirse hoy mismo a como dé lugar pues la reunión de CUSESA es mañana y Charras no debe estar presente bajo ningún concepto. ¿Entendido?

—Entre ustedes deben llamarse con el apelativo de camaradas —interviene Chan—, yo les voy a dar además la dirección de su despacho, de la casa de su novia y de los lugares que frecuenta para que puedan localizarlo.

—¿Tienen licencia de manejar? —les pregunta el capitán Marrufo.

—Sí —contesta—, pero vencida.

—Yo no —comenta Sáenz.

—A ver, pásame tu licencia, no le hace que esté vencida —te dice Marrufo—. ¿Traes una fotografía? —le pregunta a Sáenz—. Dámela.

Marrufo se pone de pie y se dirige hacia el teléfono. Pide hablar con Jaime Angulo Marín, el director de tránsito.

—Aquí el capitán Marrufo; de parte del coronel Gamboa. Necesitamos un vehículo civil para efectuar una operación muy delicada donde no queremos que se inmiscuya a la policía... ¿ya habló con usted el Gobernador? Qué bueno... Necesitamos también dos juegos de placas y dos tarjetas de circulación para el vehículo... ah y unas licencias.

9:09 Marrufo y Chan salen de la casa donde los dejan a la espera, tomando café. A su regreso traen con ellos un Dodge Dart de color azul claro, con radio y escape deportivo. Angulo Marín autorizó la compra en la agencia Auto Maya previa consulta con el Gobernador. En la comandancia le pusieron un radio de otro vehículo. Marrufo les entrega dos juegos de placas, dos tarjetas de circulación, una licencia a ti y una a Sáenz.

—¿Traen armas? —pregunta Chan.

—No —contesta Sáenz.

—Ten —le dice y le entrega una escuadra 45.

—¿Y yo? —preguntas.

—¿No traes pistola?

—No...

—Al rato te consigo una. Les voy a dar mil pesos a cada quien para sus gastos personales. Tengan cuidado con Charras porque es muy bravo y sabe defensa personal. Parece que se entrenó en tácticas guerrilleras con Mario Menéndez en Chemax o en Ixil. Por eso lo van a inmovilizar inmediatamente, lo amarran y lo meten a la cajuela del coche. Con suerte cuando lleguen ya chingó a su madre. Cómprense un rollo grande de esparadrapo para amarrarlo. Tú ya sabes cómo hacer eso —dice, dirigiéndose a ti.

No se habla nada de las ampollitas de Seconal ni de las jeringas hipodérmicas que luego se mencionarán en las declaraciones como pretexto a la violencia de Charras. Al principio te negarás a firmar, sobre todo porque ahí se dirá que lo anestesiaron para que no ofreciera resistencia.

—Se van a llevar en la cajuela del coche dos garrafones de plástico de treinta litros para que no tengan que detenerse en ningún lado, no sea que se vayan a comprometer —añade Chan.

—Cuando salgan de Mérida métanse al periférico para destantear —dice el capitán Marrufo—. Si salen por Umán agarran por la carretera a Chichén Itzá, entran por Valladolid y de ahí toman para Quintana Roo. Si salen por la carretera a Chichén también den una vuelta en falso. Todas las patrullas de Mérida van a estar alertas para proteger su huida, por si acaso alguien intenta detenerlos. Cuando hayan salido párense en algún lugar oscuro, quiten las placas y cámbienlas por el otro juego. No sea que alguien logre apuntarlas.

12:07 Salen en el Dodge Dart azul entre tanto todas las patrullas de Mérida tratan de localizar a Charras. Dan vueltas sin rumbo fijo por los alrededores del centro, en espera de instrucciones. Sáenz conduce, tú vas junto al volante, al mando de la operación, y el viejo Cruz va atrás, un tanto adormilado.

13:13 Atención, atención —oyes que los llama por el radio Chan López—. El objetivo está en la calle 61, frente al palacio de gobierno. Su coche es un Volkswagen de color café. En la parte de la ventanilla trasera tiene una calcomanía que dice “Leyes”.

Sáenz mete segunda, acelera y se dirige hacia el zócalo. Llegan en el preciso momento en el que Charras, en compañía de otras tres personas, se sube a su coche y arranca. Lo empiezan a seguir. Van sobre la calle 64. En la esquina de “El radio”, Charras dobla por la calle 60. Sigue rumbo a la avenida Colón. Pasa el semáforo en verde, a ustedes se les atraviesa un camión, pierden un poco de tiempo, el semáforo se pone en rojo, intentan pasarse el alto pero ves la embestida de coches frente a ustedes. Frenas. Charras se les pierde. Tratan de volverlo a localizar y no dan con él. Te reportas con Chan López.

—Lo perdimos mi Comandante y estamos en espera de nuevas instrucciones.

—¡Si serán pendejos! —les grita Chan López—. ¡Me lleva la chingada! Hay que detenerlo hoy mismo a como dé lugar, Pérez —te advierte—. Váyanse a la Campestre, cerca de la obra de CUSESA, a ver si está por ahí. Si no, tomen hacia el barrio de Santiago, por donde está Salubridad, él vive en la 53 con 70; si no, se van por el rumbo por donde vive su novia pero localícenlo, carajo.

16:55 No lo encuentran. Deciden estacionarse cerca de su casa, frente a la esquina de Salubridad, sobre la calle 72, para vigilar su llegada. De pronto un tipo, vestido de civil, se les acerca en una motocicleta Harley Davidson.

—¿Se puede saber qué hijueputas hacen aquí? —es Chan López—. ¿No ven que la gente se va a dar cuenta de lo que pasa? ¡Pendejos! ¡Carajo, la están regando! Miren, hijos de la chingada, ya estamos metidos en esto y ahora tenemos que cumplir hoy porque si no a los que se los va a llevar la chingada es a ustedes, ¿me entendieron? Lárguense de aquí y localicen a Charras.

Chan tuvo razón. Cuando supieron del rapto mucha gente declaró haberse dado cuenta de que vieron un coche extraño con tres individuos merodeando la casa de Charras ese día.

20:28 Buscan, indagan, peinan las zonas de actividad de Charras sin ningún éxito. Te reportas.

—No damos todavía con él, mi comanche.

—¡Me lleva la chingada con estos pendejos! —exclama Chan López—. Ya tenemos el tiempo encima; chequen en la Internacional o en el bar Sambulá, que es donde a Charras le gusta tomar la copa.

De pronto, al pasar frente al parque de Santiago, en la esquina de la farmacia “La Mejor”, divisan el Volkswagen de Charras, estacionado. Avanzan con cautela. Charras está en el parque con un numeroso grupo de jóvenes. Le pides a Sáenz que dé la vuelta y se estacione. Te reportas otra vez con Chan López.

20:48 Escuchas la bocina de un auto. Voltean y ven a Chan López a bordo de un automóvil blanco. Les hace una seña: síganme. Chan dobla en la calle 58, ahí donde está el restaurante Siqueff y se detiene al llegar al circo teatro. Se baja del automóvil.

—Tiene que ser hoy mismo, antes de las doce de la noche a como dé lugar. Las órdenes del Gobernador cambiaron. Desháganse de Charras pase lo que pase. Si hay que echar bala échenla, muera quien muera, pero tienen que acabar con él. Ten la pistola que querías —te dice dándote una calibre 22 y una caja de balas.

21:59 El Volkswagen de Charras se acerca al Dart. Pasa de largo. Toma por la 64 hacia el norte. Lo siguen. Es obvio que va rumbo a la Campestre, seguramente a CUSESA. En efecto, al llegar a la obra Charras detiene su automóvil y se baja. Junto con él vienen otras dos personas. Habla con los obreros, en plena calle. Hay cerca de cien gentes reunidas. Ustedes pasan de largo en el Dart azul y se estacionan a unos metros de distancia, no muy cerca, detrás de un promontorio de arena, para no llamar demasiado la atención. El fraccionamiento está aún despoblado y desde donde se encuentran ustedes alcanzan a ver y casi a oír lo que ocurre. Charras aconseja, bromea. Parece sentirse seguro, confiado.

22:56 Terminan de hablar. Charras se sube a su coche en compañía de otros tres tipos. Pone en marcha su automóvil, prende las calaveras. Arranca.

—Ahora —le dices a Sáenz.

Charras da la vuelta en U en el retorno de la avenida Campestre y se enfila en dirección contraria al Dart. Lo ven alejarse. Ustedes se echan en reversa, dan la misma vuelta en U y lo siguen. El escape del Dart los hace notorios en el silencio de la noche. Charras se vuelve a mirarlos. Da dos, tres vueltas a la manzana como para cerciorarse de que lo están siguiendo. Acelera y se enfila hacia la carretera de Motul. Entonces sabes que está perdido pues tendrá que enfilarse por la carretera y ustedes le darán alcance fácilmente en el Dart o al creer que ha logrado perderlos usará el retorno a la ciudad que hay en la gasolinería. Le das instrucciones a Sáenz: estacionate, apaga las luces y, con el motor en marcha, espera a que vuelva. Esperan cinco,

diez minutos. ¿No se habrá ido por algún otro lado?, te pregunta Sáenz. No tiene de otra: o se va a Motul o regresa por aquí. Unas luces se aproximan. El automóvil de Charras regresa ya, no parece haberlos visto, los rebasa, lo siguen a toda velocidad. Van otra vez sobre la avenida Campestre. La esquina está como a cuarenta metros. Charras intenta dar la vuelta a la izquierda pero para entonces Sáenz logra cerrarle el paso. Tú le haces una seña, amistosa, por la ventanilla: permíteme un momentito. Charras baja su vidrio.

—Te quiere ver el ingeniero —le dice.

Charras percibe algo en tu rostro que instintivamente lo pone en guardia. Sabe que se encuentra en peligro, se le nota. Pero ya es demasiado tarde pues ya sacaste la pistola.

—Bájate —le ordenas apuntándolo—, y ustedes dos —te diriges a sus acompañantes—, no se muevan.

Sáenz y Néstor se bajan del Dart. Con la 45 en la mano Sáenz controla a los acompañantes mientras Néstor sube a Charras a empellones al Dart. Tú quitas las llaves del motor del Volkswagen, coges la carpeta de Charras que está junto al asiento y te subes al coche sin dejar de apuntar.

23:26 Tírate al piso —le ordenas a Charras mientras le pones el cañón de la pistola en la sien y Sáenz arranca a toda velocidad.

VIII. LUPITA

En la última fotografía de su vida, tomada pocas horas antes del secuestro, se le ve sentado sobre la salpicadera de su Volkswagen con el pie derecho sobre la defensa. Viste una camisa clara de manga corta, pantalón oscuro y huaraches. Un mechón de cabello le cae sobre la frente y descansa su rostro sobre la palma de la mano en un gesto de impaciencia. Cinco trabajadores de CUSESA lo rodean, de pie y con las manos en los bolsillos, como si también estuvieran a la espera de algo o de alguien.

Miércoles 13 de febrero, 1974

12:01 Pedro Quijano Uc y Miguel Ángel González Sulub salen en compañía de Charras rumbo a las oficinas de Conciliación y Arbitraje. Antes han estado discutiendo, en la oficina del asesor, algunos detalles sobre el próximo recuento de CUSESA y deben presentarse a confirmar la diligencia del día catorce. Ni Uc ni Sulub imaginan entonces que la policía tratará de inculparlos en el asunto del secuestro como posibles responsables. Ahora viajan en el Volkswagen de Charras. Se estacionan en batería frente al Palacio de Gobierno, sobre la calle 61. Originalmente la huelga estaba emplazada para el día 13 pero debido a dilaciones de orden burocrático se acordó, oficialmente, que el recuento se efectuara a las diez de la mañana del día 14 con la representación de ambos sindicatos.

13:18 Charras, Uc y Sulub salen de las oficinas gubernamentales y abordan el Volkswagen de regreso a la oficina. Toman por la calle 60 hasta la avenida Colón. En la glorieta de San Fernando, Charras logra divisar el color ámbar de la luz preventiva y acelera para librarla. Una fila de coches arremete apenas se pone la luz verde. Van directo al despacho. Atiende otros asuntos, conversa con los líderes y acuerdan verse a las diez de la noche en la obra de CUSESA. Uc y Sulub dejan a Charras en casa de Lupita, su novia, que lo ha invitado a comer. Ellos se llevan el coche.

14:30 Tan pronto Lupita le abre la puerta Charras le da un abrazo. Entran a la casa, fresca por sus pisos de mosaico y sus espacios abiertos, y se sientan en el corredor del patio interior. Charras se siente contento y entusiasmado. Ama a esta mujer a la que conoce desde que era niña porque durante sus vacaciones ella también iba a Hopelchén para las fiestas, las navidades y para las muchas celebraciones que se hacían en el pueblo mientras vivía su abuelo. Él la había visto, menudita, graciosa. Al principio, la identificaba sólo como una niña, una de las tantísimas nietas del tío Lis. Hasta que una noche, durante una posada en Hopelchén, mientras cantaban, Charras sintió que un par de ojos lo observaba. Aquella mirada lo sacó de su ensimismamiento y se dio cuenta de que quien lo veía era Lupita, una Lupita crecida y renovada, hecha mujer. A partir de

entonces el pueblo le ofreció un atractivo más a los muchos que ya tenía. Allí había pasado su infancia, allí estaban sus primos y sus amigos más queridos, allí asistió a sus primeras fiestas y bailes y allí se enamoró también. Todo el mundo lo conocía y lo estimaba en el pueblo. Por eso cuando se celebraba algún festejo familiar en Hopelchén, donde todo el que sale y todo el que entra se convierte en noticia popular, él empezó a sentir una agradable e indefinida inquietud ante la idea de que ese par de ojillos oscuros que lo habían mirado mitad con curiosidad mitad con coquetería podrían hallarse a la vuelta de la esquina. Hasta entonces, Charras había tratado a Lupita siempre con un poco de condescendencia y con el afecto reservado para los parientes más chicos con los que no tiene uno mucho que ver. Ella vivía en Cancún, con sus padres. Al salir de la secundaria, se fue a vivir a Campeche con el tío Perules cuando ya Carlos, uno de los primos más queridos de Charras, se había hecho novio de Adriana. Entonces Carlos y Charras empezaron a ir de Hopelchén a Campeche todos los fines de semana. De súbito él se encontraba con los ojillos de Lupita en casa de la tía Violeta, brillando entre las muchas miradas de las otras primas con las que también conversaba y bromeaba, aunque fuera en un tono menos cálido del que usaba al hablar con ella. Pero entonces esos ojillos se escabullían, huían, se ocultaban. Y volvían a mirarlo cuando se sentían fuera de peligro, a salvo de ser escudriñados y acaso hasta atrapados, hechos prisioneros. Y Charras tenía que esperar pacientemente hasta que podía volver a sorprenderlos mirándolo. Cuando se dio cuenta, sin proponérselo abiertamente, Charras sabía que Lupita sería su pareja tanto en los bailes familiares como en las excursiones que organizaban todos los primos a Ocuchil y a Holcatzín.

Lupita acabó la prepa. Se fue a vivir a Mérida, con otro de sus tíos. Fue hasta entonces que él se decidió hablar con ella y formalizar su relación a pesar de las advertencias y los impedimentos que todos les hicieron por el hecho de estar emparentados. Y ese mediodía, no muy distinto de otros muchos, Charras le cuenta a Lupita que le ha escrito una carta a su mamá y otra a ella, que pende sobre él una amenaza y que es muy probable que se esté tramando algo en contra suya. ¿Qué? No lo sabe a ciencia cierta pero puede ser grave. Le cuenta también de su cita con el Coronel y cómo el jefe de la policía intentó sacarle conversación a como diera lugar. Que lo detuvo afuera de su oficina sólo para entretenerlo y que hasta le había preguntado por ella. Claro, si ya era del dominio público que se casarían, hasta el Gobernador se lo había mencionado en alguna ocasión, insinuando que ojalá que el matrimonio lo calmara. Lupita le comenta que ella también ha recibido llamadas anónimas para amenazarla. Está muy asustada. Le pide que se cuide mucho. Como le sucedió con su propia familia, Charras no sabe qué contestar. No está en su carácter alarmarse más de la cuenta, pedir protección o tener miramientos para con su persona. Menos aún ocultarse o huir. Lo que sí sabe, le comenta a Lupita, es que de salir bien en esta última diligencia tendría que actuar con más cautela y tal vez, mientras los ánimos se calmaban, se dedicaría a escribir su tesis para recibirse tan rápido como fuera posible. Contaba con muchísimo material pero sus asesorías le habían impedido concentrarse en su trabajo académico, sobre todo porque estaba consciente de cuánta gente dependía de sus servicios para seguir trabajando. Ya vamos a cambiar de tema, dice ella, que hablar de eso me pone muy tensa, mejor dime a dónde podríamos ir de luna de miel y cuando él aventura ¿Cancún? a ella no le hace ninguna gracia pues se ha pasado ahí gran parte de su vida y entonces dónde, dice Charras, dime dónde, y ella pues no, no sabía pero quería conocer algo nuevo, tal vez el norte, Mazatlán, o Cabo San Lucas o si no aunque fuera en Acapulco, ya estaba un poco choteado pero ella no lo conocía y le gustaría ver aquella bahía que tantas veces sale en las fotos y en las películas y tal vez pudieran pasar unos días en Taxco y caminar por el pueblo y entrar a Santa Prisca que dicen que es tan diferente a todo

y ahí pedir porque les fuera bien, no te burles, ya sé que tú no crees en eso...

14:59 Los llaman a comer y ellos dos se sientan a la mesa. Charras con el tío Eloy, y con sus otras primas, ya sin mencionar la preocupación que los angustia.

17:05 Uc y Sulub llegan por él a la hora acordada. Antes de salir Charras saca una carta de su agenda y se la entrega a Lupita. Le da ese beso que, sin saberlo, será el último que recibirá de labios de él en su vida. Charras toma el volante y se dirige hacia la oficina donde va a atender sus asuntos pendientes mientras Uc y Sulub le hacen algunos encargos en su automóvil.

20:10 Salen hacia el parque de Santiago donde ha quedado de verse con unos amigos. Ahí se encuentra con Franklin Alonso e irremediamente vuelven al tema del día: Charras teme por su persona pero a Alonso en particular le menciona que va a dejar una carta que le escribió a su madre en donde dice quiénes y por qué pueden atentar contra él.

21:55 Se suben al coche y parten rumbo a la Campestre, donde estarán también los representantes de la Junta de Conciliación y Arbitraje y la mayoría de los obreros. Se siente una cierta exaltación en el coche, el nerviosismo previo a la víspera de un suceso importante. En la obra ya lo esperan los muchachos del Cecilio Chi. Un automóvil azul pasa de largo y se estaciona unos metros adelante, entre los terrenos baldíos y las obras en construcción. Nadie le da importancia.

Charras habla con los peones. Les dice que todo está preparado y que llevan claramente las de ganar. Que mañana deben asistir todos para el recuento. Que no sería difícil que, como en el caso de MITZA, llegaran algunos provocadores a tratar de alterar el orden. Que deben actuar con mucha cautela pues la policía estará buscando cualquier pretexto para intervenir en su contra. Sabe que Gonzalo Navarro Báez, secretario general del comité ejecutivo de la CTM, querrá lucirse con Ciro Velázquez, buscando el triunfo en el recuento a como dé lugar. Los del sindicato le hacen preguntas, bromas. Charras contesta de buen humor aunque un tanto preocupado. Acuerdan verse temprano, antes de las diez al día siguiente. Se desean buena suerte.

22:56 Charras, Uc y Sulub se suben al Volkswagen, dan la vuelta en U en el retorno del camellón y se alejan de la obra. Parece que nos vienen siguiendo, dice Charras mirando por el espejo retrovisor: es el automóvil que pasó hace rato junto a ellos. Cuidado, le dice Sulub. ¿Traes la pistola? La dejé en mi casa ayer que me citó Gamboa, comenta Charras que gira la cabeza para verlos. Son tres los que vienen en el Dart. Piensa en volver hacia la obra pero decide primero estar seguro de que lo siguen. Acelera. Deja pasar un par de calles y súbitamente se mete a la derecha. Los del Dart van tras ellos. Dobla otra vez en la próxima cuadra y regresa hacia la avenida, en la colonia México. Métete hacia la carretera, le dice Uc. Charras acelera y toma por el camino a Motul. Ya no se ven las luces de sus perseguidores. Parece que lograste perderlos, dice Sulub mirando hacia atrás. El camino está muy oscuro. No se ve un solo vehículo de ningún lado de la carretera. No tiene caso seguir hacia Motul. Es importante que él esté mañana en Mérida, fresco y bien descansado. Llegan hasta la gasolinería que sirve de retorno. Charras da la vuelta en U y detiene su auto. ¿Qué hacemos? pregunta. Parece que ya los perdimos, comenta otra vez Sulub. ¿Regresamos? No nos queda de otra, dice Uc, vamos a intentar llegar otra vez a la obra. Si lo logramos ya estamos fuera de peligro, aunque nos quedemos a dormir ahí, a la intemperie, con los muchachos. Charras arranca otra vez de vuelta a la Campestre. Tan pronto

entra a la ciudad ven que, a sus espaldas, vuelven a aparecer las luces del Dart. Los aguardaban escondidos en la cuneta. Charras divisa un retorno en el camellón y gira el volante a la izquierda pero no alcanza a dar la vuelta completa. El Dart les cierra el paso. El tipo que viene junto al conductor le hace una seña pidiéndole que se detenga un momento. Charras observa su rostro, le parece conocido. En algún lado ha visto esos ojos, esas cejas. No le queda otra. Baja el vidrio. Charras te quiere ver el ingeniero, le dice el tipo del Dart. Charras duda y lo mira por un instante. Cuando logra reconocer aquellos ojos ya es demasiado tarde. El hombre aquel le está apuntando con una pistola. Acompáñanos, le ordena. Sí, si es cosa de fuerza los acompaño, contesta Charras, está bien, vamos.

IX. LOS SILENCIOSOS

Jueves 14 de febrero, 1974

7:03 Rosaura siente un silencio desacostumbrado en casa. Se levanta, entra a la cocina y ve todo en orden, tal y como lo dejó anoche. No hay ni un plato en el fregadero ni comida en la mesa. Toca en la recámara de sus hermanos y al no recibir respuesta, entra: la cama de José está destendida pero vacía, debe haber salido temprano; la de Charras está intacta. Siente una punzada en el estómago. Qué raro. Charras nunca falta a dormir sin avisar; ha llegado de copas o muy tarde, en la madrugada, pero nunca, que ella recuerde, se ha ausentado durante toda la noche. A José no lo oyó salir. Tampoco suele levantarse tan temprano. Al menos no mucho antes de las siete, que es a la hora que tiene clase en la Universidad. Y su mamá de viaje, en Los Ángeles. Casi falta una semana todavía para que vuelva, si todo va bien. Pobre mamá, la vida la ha tratado tan duro. Quizá, después de todo, la mala suerte existe. Su madre se quedó huérfana desde muy pequeña y quien la tuvo que educar fue el tío Beto. Bueno, eso del tío Beto es un decir, más bien la tía Chahua, su esposa, hermana de la abuela. Y luego se queda viuda. Rosaura no llegó a conocer a su padre más que en fotografías. Estaba muy pequeña cuando él murió. Su mamá era todavía tan joven. José no debe haber tenido más de cinco o seis años. Frijolillo. Cuentan que papá le decía así a José. Si Rosaura tenía dos años cuando él murió, su mamá debe haber tenido unos treinta. No sabe qué hacer. ¿Esperar hasta que llegue José?

De pronto se le ocurre: llamar a Beti, sí, a ver si ella está enterada de algo o, al menos, para que entre las dos piensen qué hacer para localizar a su hermano. Coge el teléfono y marca:

7:10 —¿Beti?

—Hola Rosita, ¿por qué tan temprano?

—Estoy muy preocupada. Charras no durmió anoche en casa.

—Qué raro. ¿Y José?

—Él sí, pero ya no está. Temo que haya pasado algo.

—Mira, arréglate y tan pronto encuentre con quién dejar a los niños paso por ti.

Rosaura no tiene hambre así que sólo toma un poco de café. Se baña y se arregla rápidamente; se sienta a esperar a Beti. El sonido de una bocina de automóvil le hace dar un brinco sobre su lugar. Se asoma a la puerta, es Beti.

7:59 —¿Qué hacemos? —pregunta Rosaura.

—Vamos a las oficinas del sindicato —responde Beti—, tal vez allá nos puedan decir algo.

8:13 Hay muchos hombres reunidos afuera del Jacinto Canek. Apenas se bajan del automóvil y caminan, Beti y Rosaura sienten cómo muchos pares de ojos se concentran en ellas, las observan,

y después desvían sus miradas.

—Charras no llegó a dormir a la casa —le comenta Beti a Uc, a quien conoce de vista.

Uc la escucha. La mira a los ojos y parpadea nerviosamente. Se vuelve hacia Sulub quien, de inmediato, baja la cabeza.

—No, no está por aquí, no se ha reportado.

Beti mira a Rosaura. Hay algo raro. Se siente tensión en el aire, en las miradas evasivas. Es demasiada gente dada la hora de la mañana.

—No lo vemos desde ayer —agrega Sulub—. Ya no debe de tardar.

—¿Pasó algo? —se atreve a preguntar Rosaura.

—¿Qué nos están ocultando? —insiste Beti.

—Cómo creen —contesta Uc—. Váyanse a casa y tan pronto llegue, nosotros les avisamos.

Uc evita mirarlas a toda costa. Su voz suena poco convincente. Sulub mueve la cabeza en tono negativo.

—¿Qué le ocurrió a mi hermano! —grita Beti, alterada.

—Váyanse, nosotros les avisaremos. Ahora es mejor que nos dejen —insiste Uc.

—¡Yo no salgo de aquí hasta que me digan dónde está mi hermano! —afirma Beti contundente.

Un silencio total invade la oficina, un silencio que se extiende hasta los hombres que están en la calle. Por la cabeza de Rosaura pasan una serie de imágenes: un pleito, un accidente, una cama de hospital, un cuchillo, una cárcel, un ataúd, una calle desconocida en alguna ciudad lejana. Hasta que alguien, que viene de atrás, se abre paso entre la gente hasta llegar a donde están ellas.

—Lo secuestraron.

4:48 Tan pronto suena el teléfono José intuye que se trata de algo grave, muy grave. Charras no está en su cama. Se levanta, el timbre suena por segunda vez cuando él ya tiene el auricular en la mano.

—¿José?

—¿Quién habla?

—Pedro Quijano Uc. Ocurrió algo terrible hace rato: unos tipos en un Dodge Dart nos apuntaron con una pistola, bajaron a Charras de su coche y se lo llevaron. ¿Podrías venir para acá? Estamos en las oficinas del sindicato.

José se viste a toda prisa y en cuestión de minutos sale de su casa. ¿Qué hacer? Lo primero, levantar un acta, claro. Después presionar al Gobernador para que intervenga. Hablar con Rodríguez Mézquita, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, para organizar a los estudiantes.

5:04 Tan pronto llega a las oficinas, le pide a Uc y a Sulub que vayan con él al Ministerio Público donde levantan un acta, ellos dos en calidad de testigos presenciales, para presentar una denuncia formal de plagio. De ahí mismo le habla a Fidel Rodríguez Mézquita a quien le informa de lo sucedido y le solicita su apoyo. Se lo brinda. José sabe que está luchando contra el tiempo y en tanto se organice más rápido sabe que mayores posibilidades tendrá de impedir que le pase algo a Charras. Empieza a averiguar la agenda del Gobernador con amigos y conocidos. Se entera de que estará a las diez de la mañana en la inauguración de la empresa aérea Bonanza.

8:02 Se reúne a desayunar con Rodríguez Mézquita y deciden ir a ver al Gobernador juntos. Planean además un paro frente a las oficinas centrales de la Universidad para pugnar por la

aparición de Charras.

8:57 Se dirigen al aeropuerto. El Gobernador no está todavía allí.

10:12 El Gobernador hace su arribo al aeropuerto acompañado de una numerosa comitiva. Cuando ve a José y a Rodríguez Mézquita su sonrisa se congela y su expresión se distorsiona en un rictus: el labio inferior, por lo común protuberante, se contrae y deja sus dientes al descubierto. Contiene la respiración.

En Yucatán, el ensoberbecido Fidel Rodríguez Mézquita, quien entra a Los Pinos con más facilidad que el rector de la Universidad, es el promotor de todas las solicitudes de impunidad y de todas las presiones para obtener canonjías y privilegios para su grupo. Llega en un momento en que se siente, desde su cargo de presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, como un cacique del “cambio” preconizado por la debilidad solapadora de don Luis Echeverría.

—¿Podemos hablar con usted, don Carlos? —le pregunta Rodríguez Mézquita, a quien el Gobernador detesta pero al que trata siempre con aparente cordialidad.

—Qué ocurre, muchachos.

—Anoche raptaron a mi hermano, a Charras, y queremos solicitarle que ordene una investigación urgente para averiguar quién lo tiene y dónde está.

—¿Lo secuestraron? ¡No es posible! Esto es inaudito, cómo fue...

José le explica al Gobernador lo sucedido.

—¿A qué horas sucedió?

—Un poco antes de la medianoche...

—Mmm... Por el tiempo que ha pasado ya deben tenerlo por Campeche o por Chetumal... — reflexiona el Gobernador en voz alta—. Comandante Chan —llama.

—¿Señor? —acude Chan solícito.

—¿Sabía usted que secuestraron a Charras?

—No, señor...

—Hay que movilizar el asunto. Inicie una investigación de inmediato y localice su paradero. Se lo encomiendo particularmente —dice.

—Vengan, acompáñenme —les pide Chan López a José y a Rodríguez Mézquita.

Juntos suben a las oficinas del aeropuerto y delante de ellos Chan se comunica por teléfono con el coronel Gamboa.

—¿Coronel? Aquí Chan. ¿Cómo está? Oiga, el señor Gobernador me pidió que le hablara para informarle que raptaron a Charras y que tenemos que trabajar duro en ese asunto. Muy bien, Coronel, muy bien. Hasta luego.

8:00 *Cuando preside el acto en homenaje a Vicente Guerrero en la plaza de la colonia Vicente Solís, el procurador general de Justicia licenciado Humberto Rodríguez Rojas me informa confidencialmente que hay una denuncia en el sentido de que Calderón Lara fue secuestrado la noche anterior cerca del fraccionamiento Campestre.*

—Habla con el Coronel —le digo—. Pienso que Gamboa lo tiene a buen resguardo para evitar que haga algún despiporre en la diligencia de CUSESA, citada para primera hora de ese mismo día, 14. Me traslado de la colonia Vicente Guerrero al aeropuerto, para asistir a la inauguración de los vuelos de la empresa Bonanza. Al llegar me entrevistan los tres líderes

estudiantiles principales —de la Universidad, del Tecnológico y de las secundarias—, y piden que se busque a Calderón Lara, porque ha sido secuestrado. El Coronel está ahí, cerca de ellos. Lo llamo y le ordeno, delante de los muchachos, buscar a Charras.

10:00 Ciro Velázquez, delegado del Sindicato Nacional de la CTM, y Gonzalo Navarro Báez, apoyados por agentes de la policía y ochenta golpeadores, llegan en un camión de redilas a la hora convenida para el recuento de la obra de CUSESAS.

—Esta huelga se acabó —le comenta Velázquez a Miguel Ángel González Sulub que se había movilizado con su gente de la oficina del sindicato a la obra. Lo empuja, se abre paso y les dice a los policías —: Quiten esas banderas.

Los cuarenta y ocho obreros que habían emplazado esa huelga, ante el desconcierto y la confusión por el secuestro de su asesor y por el giro que tomaban los acontecimientos, dejan que entre la policía y que quiten sus banderas. Tienen en mente la recomendación de Charras de no caer en provocaciones. Confía en que cuando su líder aparezca podrán arreglar su asunto. Además ante el despliegue de fuerza de sus adversarios no les queda más remedio.

Voy después del acto en el aeropuerto a mi despacho de palacio. Ordeno que me comuniquen dónde está el desaparecido, pero no logro dar con él. Me tienen doce horas de suspenso, mientras los estudiantes bloquean la calle 60 en su esquina con la 57, es decir, frente a las oficinas centrales de la Universidad, en señal de protesta por la desaparición de Calderón Lara.

11:00 —¡Mi hijo! —grita la madre de Charras desde Los Ángeles cuando Beti le comunica por teléfono la noticia del secuestro—. ¡Que no me lo vayan a matar, por lo que más quieran!

—No, mamá, cálmate. Lo secuestraron anoche y tenemos fe en Dios de que sólo quieren darle un susto.

—¡Cuánto no se lo dijimos! ¡Mi hijo, mi hijo...! —llora la madre.

—¡Cálmate, por favor! Mira vamos a tratar de conseguirte un pasaje de avión para ver si puedes volver hoy mismo a México. Juan tiene un hermano ahí que nos va a ayudar. No te muevas hasta que él se comunique contigo.

19:30 El Frente Estudiantil Cultural organiza una concentración en la plaza principal de Mérida para denunciar el secuestro de Charras. La gente marcha por las principales calles de la ciudad. Entre ellos va Rosaura que piensa no, Dios quiera que no, pobre mamá, sería el colmo de la mala suerte.

X. DÉBILES Y PODEROSOS

A LA OPINIÓN PÚBLICA LOCAL Y NACIONAL A TODAS LAS PERSONAS QUE PUEDAN INTERESARSE

Somos familiares del joven pasante de Leyes Efraín Calderón Lara, quien, como es sabido, fue víctima de una salvaje agresión la noche del miércoles 13 del presente mes, al ser arrebatado del seno de su hogar en las condiciones que oportunamente dio a conocer la prensa, y por causas que hasta el momento no han podido dilucidarse, así como su paradero, no obstante los días transcurridos.

Pretendemos, con esta manifestación pública, externar la natural zozobra que nos embarga ante el suceso, fácilmente comprensible para quienes saben de lo profundos que son los lazos que unen al hombre con sus consanguíneos y del dolor que ocasiona en el núcleo familiar todo aquello que en alguna forma afecta a sus miembros.

Pero fundamentalmente, queremos que nuestras palabras lleguen a la opinión pública y despierten en ella un sentimiento de cooperación que habrá de ser útil en este trance, dados la confusión y el misterio que rodean el acontecimiento.

Creemos que el momento no es propicio para permitir que las presuntas repercusiones políticas que se ha querido dar al suceso, velen la significación humana que debe ser preponderante en el juicio imparcial y sensato de los hombres de bien. Hay un delito de por medio y hay una víctima que debe ser defendida contra la maldad anónima y los más bajos intereses.

Y desde este punto de vista es que pedimos humildemente ser oídos y atendidos por esa opinión a la que respetamos. Tenemos la seguridad de que con la buena voluntad de todos, con el concurso de quienes están en aptitud de cooperar, especialmente las autoridades, podría llegarse a la indispensable aclaración de lo ocurrido, para satisfacción de la sociedad y de quienes estamos resintiendo personalmente los efectos de esta desgracia.

Patentizamos nuestra gratitud incondicional a quienes deseen y puedan contribuir con sus luces a encauzar el camino que está siguiendo la investigación iniciada y declaramos que responderemos con una actitud invariable de discreción, a efecto de no causar ni el mínimo perjuicio a los espontáneos y cordiales colaboradores, que puedan dar una pista que conduzca a la localización de nuestro hermano o a la aclaración de los hechos.

Con nuestro dolor y nuestra angustia, demandamos comprensión y ayuda humana en estos tristes momentos.

Mérida, Yuc., Méx., 18 de febrero de 1974. Calle 53 Núm. 549. Familia Calderón Lara, Beatriz C. de Nicolás. (*Diario de Yucatán*, martes 19 de febrero, 1974.)

Viernes 15 de febrero, 1974

Gracias a los buenos oficios del hermano de Juan Nicolás, la madre de Charras pudo viajar de Los Ángeles a la ciudad de México en la madrugada de ese día. Dado que aún se desconocía el paradero de Charras y que no se veía mucho interés por parte del gobierno del estado para resolver el asunto del secuestro, la familia decidió que la madre permaneciera en México durante el tiempo que fuera necesario y que solicitara la ayuda y el apoyo del líder de la Cámara de Diputados, Carlos Sansores Pérez, que había sido amigo del padre de Charras, para que los ayudara al esclarecimiento del caso. El asunto no fue sencillo. Después de una serie de llamadas y de recomendaciones con el único propósito de que le permitieran hablar personalmente con Sansores logró, luego de muchos intentos fallidos, que el Negro se pusiera al teléfono. En efecto, identificó a Ada como la esposa de su finado amigo Efraín, de Hopelchén. Ella explicó, de manera breve, las circunstancias del secuestro, los posibles móviles e incluso le hizo saber quiénes, sospechaban en la familia, podrían ser los autores intelectuales del rapto.

20:16 —Por supuesto que haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte Ada, los favores de los amigos no pueden olvidarse. Pero vamos a hacer una cosa, primero déjame averiguar si acaso Charras se encuentra detenido en alguno de los separos que utiliza la policía para sustraer a las personas non gratas al medio y a ver qué otra cosa te puedo investigar. Vente a verme a mi despacho el lunes a primera hora y seguramente ya te tendré algo.

Lunes 18 de febrero, 1974

9:02 Tan pronto la madre de Charras, en compañía de su hermano Emiliano, llega a la oficina del Negro Sansores, es recibida por el secretario particular quien los pasa a una pequeña sala adjunta al despacho donde el licenciado atiende sus asuntos oficiales. El secretario les ofrece café. Una diligente secretaria se los trae y ellos se sientan a esperar en los sillones de cuero de la atildada sala. Casi no hablan entre sí. Los nervios de Ada la traicionan a cada momento y ella se oprime las manos continuamente y cada vez que escucha ruidos se sobresalta pensando que ahora sí, ahí viene.

9:41 Carlos Sansores Pérez abre la puerta de la sala. Viste de traje bien cortado, que disimula admirablemente su gordura, y de corbata de seda. Ada no lo ve desde su estancia en Hopelchén, donde siempre vestía de guayabera. Sigue igual de gordo pero ha adquirido una gran seguridad, incluso presencia. Hasta se ve elegante pese a su baja estatura, a su piel tan morena y a su voluminosa figura. Tan pronto ve a Ada la abraza, saluda a Emiliano y les pide que se sienten.

—Lástima que tengamos que vernos en una situación tan penosa. Me hubiera gustado encontrarnos en mejores circunstancias, en otro ambiente, tal vez en Hopelchén, pero a lo nuestro.

Ada se encuentra a la expectativa. Sabe que el hombre que tiene frente a ella goza de un gran poder en los círculos políticos y que si su hijo se halla todavía vivo él, tal vez él, sea el único que pueda realmente ayudarla. Lo escucha atenta.

—Charras no está en la ciudad de México, eso se los aseguro. Mis hombres ya recorrieron todos los lugares posibles y no hay ni huella de él. Probablemente se encuentra en algún lugar de la península de Yucatán; ¿dónde? Eso sí quién sabe. Lo poco que pude averiguar es que se trata de

un problema serio, pero es a nivel estatal.

—¿Crees que le hayan hecho algo?

—Confío en que nada más lo querrán asustar.

—¿Qué podemos hacer mientras tanto?

—Por el momento nada. ¿Qué te sugiero? Que regreses a Mérida y tal vez para cuando llegues ya hayan encontrado a tu hijo. Por mi parte me comprometo a ayudarte con una investigación federal que enviaré yo mismo a la península. Las personas que se harán cargo de ella llevarán la orden de ponerse en contacto con ustedes en Mérida y de ayudarlos en todo lo que se pueda. Eso es todo. Me ha dado mucho gusto saludarte y ojalá todo salga bien.

12:05 Ada recoge su equipaje en la casa de su hermano y se dirige al ado donde aborda un autobús que la lleva de regreso a Mérida. El viaje dura más de veinticuatro horas. En el trayecto, sin embargo, se imagina que todo es una especie de pesadilla de la que, tan pronto llegue a Mérida, se va a despertar. Pobre Charras, a lo mejor lo habían dejado sin comer y seguramente le habían propinado una buena golpiza. Su angustia siente un poco de alivio pues la conversación con Sansores le ha dado un aliento de esperanza. confía en que al llegar a su ciudad se encontrará con la noticia de que su hijo se halla tal vez lastimado pero, si Dios quiere, finalmente vivo.

Viernes 15 de febrero, 1974

José está en plena conciencia de que nadie ha movido un dedo para aclarar la desaparición de su hermano. A pesar de que levantó un acta casi inmediatamente después del secuestro, los periódicos han mantenido un silencio absoluto y no se ha hecho la menor alusión a la desaparición de Charras aunque desde el jueves 14 se han organizado una serie de eventos públicos para presionar a las autoridades. Así que el día 15 los del FEU, los de la FEY y los de la SET forman un comité de huelga y declaran un paro general que no levantarán hasta que se esclarezcan los hechos.

9:00 Estudiantes y choferes del sindicato Jacinto Canek bloquean el tránsito en las calles 60 y 57, frente a la Universidad. Bloquean también el cruce de las calles 61 y 66. Durante todo el día se queman llantas de camiones en señal de protesta.

11:07 —A pesar de que tu hermano le ha dado muchos problemas al gobierno —le dice Loret de Mola a José en tono enérgico en el Palacio de Gobierno—, te voy a ayudar.

—¿Cómo?

—Vamos a redoblar esfuerzos. No te preocupes mucho. Seguro no lo van a matar. Sólo lo estropearán.

Al escuchar estas palabras José tiene casi la certeza de que el Gobernador está enterado de la situación de su hermano.

12:30 El coronel Gamboa se entrevista con José y con los demás líderes a quienes invita a “deponer su actitud”. Los estudiantes exigen que para ello aparezca Charras. Un camión de bomberos intenta abrirse camino para apagar las llantas que se queman frente a la Universidad pero se le impide el paso.

13:00 *A media noche del 14 me telefona a mi domicilio, desde Valladolid, el coronel Gamboa.*

—La situación es nebulosa —me dice con voz enronquecida—, pero no se preocupe usted. Mañana a primera hora le informaré.

—No me informe; devuelva a Charras inmediatamente. Creo que usted lo tiene, ¿no?

—Le ruego me perdone, señor Gobernador, unas horas. Estaré con usted en la mañana. Buenas noches, señor.

No acude a primera hora. Llega al palacio a la una de la tarde, muy pálido, y me pide un aparte. Al concluir la audiencia que sostenía en aquel momento, penetro al saloncito donde me aguarda Gamboa, me siento sin decir palabra, le señalo un asiento, y me quedo mirándolo:

—Señor Gobernador —dice—: Dios quiere que usted gobierne en paz.

—Pues, por favor, que lo demuestre, porque están bloqueadas las calles. ¿Dónde está Charras, Coronel? ¿Por qué no lo devuelve usted inmediatamente? ¿Por qué me deja usted sin comunicación tantas horas? ¿Qué pasa?

—El pobre muchacho se les ahogó en la cajuela del carro que llevaban.

—¿Quiénes Coronel? ¿Dónde están? ¿De qué se trata? ¿No le dije a usted...?

15:00 *Dos horas después, en el avioncito de que disponemos, partimos al aeropuerto municipal, muy discreto, el capitán Alberto Solís Oinelo, mi secretario Régulo Castañeda y yo. A México. No digo una palabra a nadie. Dejo Mérida en ascuas, bajo una protesta estudiantil en ascenso. Propóngame regresar, tan discretamente como he partido, después de hablar en Gobernación. Siempre hallaba a Moya. Esta vez no está. Me dirijo al capitán Fernando Gutiérrez Barrios, subsecretario. Le relato los hechos tan escueta y exactamente como yo los conozco, y le ruego que me dé orientaciones, en tanto vemos al Ministro.*

Gutiérrez Barrios no se altera. Inmutable, me dice:

—Desde luego, hay que proceder dentro de la ley. ¿El Coronel está en sitio seguro, no desaparecerá?

—No creo; sigue al frente de su responsabilidad —respondo.

—Bien, no hay que levantar polvo antes de resolver. ¿Qué cree usted que deba hacerse? —me pregunta.

—Estimo que debo renunciar para defenderme fuera del poder, de todo lo que me digan. Sólo así creo factible convencer a la gente de mi absoluta inocencia en el asunto.

—Valerosa actitud. No me parece conveniente. Es preciso que se quede esta noche en México, y que venga a primera hora de la mañana para que hable con el Ministro, a quien yo informaré lo antes posible. No se angustie tanto, señor Gobernador. No tiene usted estructura mental para mandar matar a nadie. Usted no haría eso jamás.

17:00 *Más de setecientos trabajadores organizan una manifestación que parte de la Escuela de Economía y se dirige al edificio central de la Universidad, donde se les unen los estudiantes. Se realiza un mitin de más de dos mil personas en la plaza principal de la ciudad, conocida como la Plaza Grande. Se exige la liberación de Charras y se responsabiliza al Gobernador, a la CTM y a CUSESAS.*

Sábado 16 de febrero, 1974

9:20 *A la mañana siguiente hablo con Moya. Me dice:*

—Ni el señor Presidente, a quien ya informé por teléfono de este problema a las Bermudas, ni yo aceptaremos que usted renuncie. Nada remediaremos; y, además, lo harían polvo a usted. Ya sé que no tiene la culpa. Tampoco el señor Presidente la tuvo de la jornada de los Halcones. Estas cosas son así. Usted debe encabezar la investigación y esclarecer el caso y consignar a los responsables. Saldrá fortalecido. Asuma inmediatamente la responsabilidad.

10:00 Más de cien policías encabezados por el coronel Gamboa intentan destruir las barricadas frente a la Universidad. Son rechazados por los estudiantes.

10:30 La policía ametralla el edificio central y cerca toda la zona con destacamentos armados. Los estudiantes responden secuestrando más de treinta camiones.

10:40 La policía asalta el despacho del Frente Estudiantil Popular y se posesiona del local.

15:33 El propio sábado 16 regreso a Mérida, cuya población agradece al coronel Gamboa que haya despejado, por fin, la calle 60 con 57, retirando a la fuerza a los muchachos que se empeñaban en obstruirla con perjuicios estériles para los ciudadanos. No resultan heridos ni lesionados, pero sí detonan ociosos disparos contra la fachada de la casa de estudios, lo que da nuevo pretexto para radicalizar la huelga y continuar gritando con altoparlantes. Hay el propósito de aprovechar la desaparición del joven asesor sindical para crear una agitación en Yucatán, a donde no han llegado en otras ocasiones las de carácter nacional.

17:00 La policía se retira de las calles del centro y se reemplaza por soldados que patrullan la ciudad con fusiles y ametralladoras.

Mientras, los estudiantes organizan pintas en paredes y camiones y reparten volantes. Organizan mítines en camiones y mercados informando de la balacera en la Universidad. Hay grandes concentraciones frente al edificio de la Universidad. El ejército se mantiene a la expectativa.

Domingo 17 de febrero, 1974

Desde hace varios días existe una inquietud en algún sector estudiantil y entre algunos obreros y una interrogante en la opinión pública por la desaparición del C. Efraín Calderón Lara asunto que hace presumir la existencia de delitos y por el cual, inmediatamente que tuve conocimiento, me preocupé y dicté especiales disposiciones a las dependencias respectivas para que hicieran la investigación.

Ahora considero prudente asumir personalmente la responsabilidad de esa investigación dentro de las direcciones respectivas e invito al Sr. director de la facultad de Jurisprudencia Lic. José Alfonso López Manzano, y al Br. Carlos España, presidente de la Sociedad de Alumnos a fin de que pueda yo atender a todas las denuncias, indicios, pistas, etc. que se presenten en este problema lo más rápidamente posible, y nombraré a cuantas personas más yo vaya considerando necesarias para la urgente resolución del caso. Espero de este modo dar cumplidas satisfacciones al natural deseo de justicia.

—Olvídense del Charras —les comenta abatido Humberto Lara a sus sobrinos que han recurrido a él para que intervenga con el Gobernador. Lara fue director durante años del Diario del Sureste y

consejero político de muchos de los gobernadores de Yucatán y sus sobrinos abrigan la esperanza de que pueda ayudarlos—. Más vale que se olviden de él de una vez por todas.

XI. LA PRENSA (I)

La primera noticia sobre el secuestro ocurrido el miércoles 13 de febrero aparece en el *Diario de Yucatán* el sábado 16.

ELEMENTOS DE GRUPOS ESTUDIANTILES Y CAMIONEROS BLOQUEAN DOS CALLES OTROS SUCESOS RELACIONADOS CON UN PRESUNTO SECUESTRO

Desde ayer (viernes 15) a las nueve de la mañana, elementos de la Federación Estudiantil Universitaria y la Sociedad de Alumnos del Instituto Tecnológico, con auxilio de camioneros sin uniforme, bloquearon al tránsito el cruzamiento de las calles 60 y 57 frente a la Universidad, en protesta, según dijeron, por el presunto secuestro del estudiante Efraín Calderón Lara, asesor de varios sindicatos...

El jefe de la DGSPTE, coronel Gamboa Gamboa, se entrevistó a las 12:30 pm con los líderes estudiantiles en la Universidad y los exhortó a deponer su actitud en plática de media hora. Fue inútil. Poco después los bloqueadores quemaron la última llanta...

Poco después de las 6 de la tarde se efectuó un mitin en la plaza principal en la que se habló de la desaparición del asesor sindical. Por la noche recibimos un escrito firmado por dirigentes de las mencionadas agrupaciones estudiantiles en el que se dice que éstas han acordado una huelga que durará hasta que el presunto secuestrado aparezca y se responsabiliza del caso a la CTM y a las autoridades. (*Diario de Yucatán*, columna "Sucesos de Policía".)

LA VIGILANCIA DE UNA CIUDAD

El ejército continuó ayer, por tercer día consecutivo, a cargo de la vigilancia de la ciudad. Camiones con soldados y equipos de radio patrullaron la urbe y en ciertos lugares, como en el parque de Santiago y cerca de la Escuela de Medicina, hubo destacamentos fijos.

Cerca del mediodía hubo cierto movimiento de muchachos en los alrededores de la Universidad, con motivo, según se dice, de una junta en el interior del plantel. Esto ocasionó la presencia de varios soldados frente al edificio, entre las 11 y 11:30 horas. Después de las 12, un pelotón estuvo apostado en las puertas de Santa Lucía.

También en horas de la mañana un autobús, que pertenece, según informe, a la Escuela de Psicología, acarreó estudiantes de la ETIC No. 5, menores de edad, al predio universitario.

La ausencia de la policía, que permanece acuartelada, dio pie a que no pocos automóviles

obstaculizaran el tránsito al ser estacionados en lugares prohibidos, lo que revela la ausencia de civismo, la irresponsabilidad de sus propietarios o guidores, a quienes, según parece, muy poco les importa el bien común y son incapaces de respetarlo o de cooperar a conseguirlo a menos que se les haga sentir el miedo a pagar con sus personas o propiedades las consecuencias de no acatar la ley. Triste, pero cierto: hay individuos negativos —no se les puede llamar ciudadanos— en los que la falta de educación cívica raya en el analfabetismo.

Algo se debe hacer para evitar que la presencia del Ejército en las calles sea tomada como un pretexto o “permiso” para violar disposiciones y ordenanzas legales. Paradójico, ¿no es verdad, lector?

RETRATO HABLADO DE UNO DE LOS PRESUNTOS SECUESTRADORES DEL ESTUDIANTE DE LEYES

Con relación al curso de las investigaciones que se llevan a cabo para esclarecer el presunto secuestro del estudiante de leyes Efraín Calderón Lara, anoche a las 9, el procurador de justicia del estado y el jefe del DAP proporcionaron la siguiente información:

- Con datos proporcionados por dos testigos —cuyos nombres no se proporcionaron para no entorpecer las pesquisas y en prevención de posibles represiones— se ha elaborado un retrato hablado de uno de los sospechosos del secuestro que fue visto, en compañía de dos sujetos más, rondando por la casa de Calderón Lara (70 con 53) durante dos días anteriores al delito.
- Seis testigos ocasionales del secuestro proporcionaron información con que se han establecido perfectamente las características del vehículo utilizado por los secuestradores.
- El día de ayer se hizo comparecer a una persona que reúne las características personales y fisonómicas del sujeto descrito en el retrato hablado, mismo que fue presentado a los testigos materiales con resultados negativos. En días anteriores fueron examinadas otras personas con los mismos resultados.
- Alrededor de las 20 horas, el Gobernador Loret de Mola se entrevistó con los Sres. Lic. Rodríguez Rojas y Abreu Gómez para cerciorarse del curso de las investigaciones. No hizo declaraciones.
- Por instrucciones del jefe del Ejecutivo, el día de ayer a las 12 am los señores Miguel Ángel Cervera Mangas, Arsenio Pérez Cámara y Alfonso Llanes, a bordo de tres avionetas efectuaron un reconocimiento aéreo con objeto de localizar cualquier vehículo abandonado en veredas y caminos de todo el estado. Alrededor de las 15 horas, en la carretera costera Sisal-Celestún, hallaron un automóvil de color azul estacionado a la vera del camino. Posteriormente se comprobó que el automóvil pertenece a una persona sin injerencias en el caso y que se detuvo por una falla mecánica. Se continuará con esta medida.

Por otra parte, ayer al mediodía circuló en esta ciudad el rumor de que el cadáver de Calderón Lara había sido descubierto en algún lugar del estado de Tabasco, versión que desmintió el jefe del DAP. (*Diario de Yucatán*, columna “Sucesos de Policía”, 19 de febrero de 1974.)

A LA OPINIÓN PÚBLICA

El Consejo Universitario en reunión efectuada el día de hoy, acordó formular la más enérgica protesta por la injustificada agresión de que fue víctima el edificio central de la Universidad de Yucatán de parte de la fuerza pública, en los lamentables sucesos ocurridos el sábado último.

Lo injustificado de la agresión se evidencia porque al disparar sus armas los elementos de la D.G. de S.P. y T. del Estado, jefaturados por el coronel Felipe Gamboa Gamboa, contra estudiantes que se encontraban dentro del edificio universitario, quienes estaban en completa desigualdad para repeler el atentado, pudieron suscitar hechos de lamentables consecuencias, ya que los disparos pusieron en peligro la vida de los estudiantes que se encontraban en los recintos de las escuelas de Psicología, de Matemáticas, de Comercio y de Jurisprudencia, lo que se comprueba por los proyectiles recogidos en aulas de dichos planteles y por el ancho boquete

producido en la pared interior del edificio de la Escuela de Psicología.

El Consejo apoya el paro pacífico de los estudiantes por la agresión a la Universidad y por ende a ellos mismos y denuncia la existencia de un grupo represivo cuyos actos provocativos pueden agravar la situación.

Ratifica el Consejo su postura contraria a la violencia de cualquier índole, proceda de quien proceda, máxime cuando emplean armas mortíferas elementos oficiales cuya misión debe ser salvaguardar el orden y la paz públicos. Considera el Consejo que dicha agresión constituye una flagrante violación a la dignidad humana y a la Autonomía de la Universidad de Yucatán, y por lo tanto demanda el castigo de los responsables.

Mérida, Yucatán, México, 18 de febrero de 1974.— Por el consejo Universitario, el Jefe del Departamento de Difusión y Relaciones de la Universidad de Yucatán, Conrado Méndez Díaz. (“Declaraciones del Consejo de la Universidad de Yucatán en torno a los sucesos del sábado último”, *Diario de Yucatán*, 19 de febrero de 1974.)

(NOTA DE LA REDACCIÓN) Hasta aquí este infortunado escrito que en mala hora redactó, aprobó y dio a conocer anoche el Consejo de la Universidad de Yucatán, autoridad máxima del plantel.

La primera pregunta que suscita cae por su propio peso: ¿Qué autoridad moral asiste al Consejo en las actuales, precisas circunstancias para condenar como lo hace la actuación de la autoridad civil?

¿Cómo, cuándo, dónde trató el Consejo de impedir, con actos preventivos o sanciones ejemplares, que los bienes de la Universidad fueran utilizados como instrumentos de la comisión del delito de bloquear la vía pública?

¿Qué gestiones realizó el Consejo para convencer a los autores del bloqueo de que éste constituye un acto extralegal? ¿Qué medidas adoptó para poner fin a esa obstrucción que perjudicaba a la ciudad? ¿En qué momento aconsejó a los muchachos que depusieran su actitud, como lo hizo la autoridad civil sin fruto alguno?

¿Advirtió el Consejo a esos jóvenes sobre los peligros de no sólo desobedecer sino retar a las autoridades con la reincidencia de sus desacatos? ¿Les llamó la atención sobre la seria amenaza que representa para la sociedad el hecho público de que cualesquiera de los sectores que la integran se oponga en forma abierta, impune y al margen de la ley a los encargados de proteger a esa misma sociedad de actos de semejante naturaleza?

Si todo esto hizo el Consejo para evitar la confrontación entre ciertos estudiantes y la policía, si tiene entonces autoridad moral para elevar su protesta y ésta se hallaría sólo sujeta a un análisis que determinara si dice bien, si se pronuncia con razón en todos los términos del escrito o sólo en parte.

Pero si nada o poco hizo para impedir los deplorables sucesos del sábado, si se cruzó de brazos, su deber elemental era, antes que nada, dar a la sociedad una satisfacción pública por haber contribuido con un papel pasivo e inerte, a esos sucesos que lamenta; una satisfacción sobre todo, por abdicar en la misión que la sociedad le ha confiado de ser guía de la Universidad y custodio de los bienes de ésta, pues la Universidad no es propiedad del Consejo ni mucho menos de los estudiantes: es propiedad de la Nación. ¡Y la Nación es el pueblo!

Pero suponiendo aun que la conducta que haya observado en estos días se revistiera de aquella actitud moral, no puede menos que sorprender que un Consejo Universitario suscriba algunos párrafos del escrito de marras.

¿Qué quiere dar a entender cuando dice que los estudiantes estaban “en condiciones de

completa desigualdad para repeler el atentado”? ¿Acaso cree el Consejo, con tan peregrina opinión, que la fuerza pública no puede actuar a menos que sus oponentes tengan iguales medios de lucha? ¿Qué hubiera sucedido de haber tenido armas esos jóvenes? ¿A dónde iríamos a parar si prevaleciera ese extraño concepto de competición? A una anarquía que sería imposible vivir.

¿Qué entiende el Consejo por “un paro pacífico”? ¿No constituye un acto de violencia imponer un trastorno en el orden público bloqueando la principal calle de la urbe, en un sector además donde ocasiona el máximo de perjuicios posibles? ¿Así recomienda la Escuela de Jurisprudencia, donde estudian los jóvenes llamados a interpretar y hacer cumplir las leyes, que se defiendan los derechos y se ventilen los agravios?

¿Qué entiende por autonomía? ¿Patente de impunidad para hacer uso de los bienes de la Casa de Estudios propiedad del pueblo para hostilizar al mismo pueblo, o convertir el predio universitario en un territorio independiente que sirva de base a impertinentes, justificadas agresiones al público?

Medite el Consejo esta actitud que pretende asumir con el infortunado escrito. Demuestre primero a la sociedad que ha cumplido su deber, que hizo honor a sus responsabilidades. Mientras no lo haga, no se puede tomar en serio su protesta o su derecho a tirar la primera, la segunda o la centésima piedra.

ENCUENTRAN EL CADÁVER DE UN JOVEN EN LA CARRETERA CARRILLO PUERTO-CHETUMAL

Hoy a las 4 de la tarde, en el kilómetro 101.50 de la carretera a Chetumal, cerca del cruceo X’hazil, el campesino Evaristo Poot Cruz halló sobre la cinta asfáltica el cuerpo semidesnudo (sólo vestía trusas) de una persona de sexo masculino, de 25 a 30 años de edad aproximadamente, pelo negro y de 1.65 a 1.70 metros de estatura.

El cadáver, que se encuentra en estado avanzado de descomposición, tiene los pies y las manos atadas —éstas por la espalda— una venda sobre los ojos, y presenta una herida de arma punzocortante en la ingle derecha. Se notó además la ausencia de varias piezas de dentadura.

El hallazgo se reportó a la Comandancia de Policía en Carrillo Puerto.

Con relación a este hallazgo, la Delegación de Policía de Chetumal informó cerca de la media noche que poco antes les habían comunicado que se encontró el cadáver de una persona cerca de Carrillo Puerto y que ya habían salido varios agentes hacia ese lugar.

Por otra parte, hoy a las 2, un agente que se identificó como el oficial Medina informó al *Diario* que no tenía noticia alguna sobre el macabro hallazgo.

XII. EL CEMENTERIO

Martes 19 de febrero, 1974

8:39 —El Gobernador solicita su presencia —le dicen dos personas que se identifican como agentes de la Procuraduría a Juan Nicolín, no mucho después de que él iniciara sus labores en la oficina.

Con amabilidad, sin violencia, le piden que los acompañe. Salen de la Secretaría y lo suben a un automóvil. Toman por la avenida de los Itzáes. Van, sin duda, hacia el aeropuerto. En efecto, llegan a uno de los hangares donde los aguarda una comitiva: el capitán Arsenio Pérez Cámara, el procurador del estado Humberto Rodríguez Rojas, Gilberto Pech, jefe de identificaciones de la Procuraduría y José López Nájera, fotógrafo. Tan pronto llega Nicolín abordan a toda prisa una avioneta de la Secretaría de Recursos Hidráulicos. La nave es de sólo cuatro plazas; el procurador se sienta junto al piloto y los demás logran acomodarse en los dos asientos restantes. Toman pista. Cuando están a punto de despegar Nicolín alcanza a ver que hace su arribo al hangar José, su cuñado, que parece venir con ojos de preocupación y que sale hacia donde están ellos.

—Vamos —ordena el procurador.

El piloto obedece y avanza lento aunque con el motor revolucionado. Nicolín le dice adiós a su cuñado a través de la ventanilla de la avioneta. José, con el cabello al aire, responde azorado. Habían tardado en localizarlo pero como no dieron con él, acudieron en busca de Nicolín. De otro modo José estaría ahora levantando el vuelo.

10:01 En Carrillo Puerto no existe aún aeropuerto. El piloto desciende en dos ocasiones y llega casi a tocar el suelo pero vuelve a cobrar altura para asombro de los transeúntes que van por la calle. De súbito, en la tercera vuelta, Nicolín ve que la gente corre, que los automóviles se repliegan, que los ciclistas se detienen y se pegan contra la pared. El piloto toma la calle principal como pista de aterrizaje y desciende. Apenas la avioneta toca tierra aparece una comitiva que los aguarda con un coche listo. Hay varias personas además de las autoridades. Nicolín reconoce al reportero del *Diario de Yucatán* y a uno de los investigadores que mandó Sansores desde la ciudad de México y que ha estado en contacto con la familia.

Como en la mayoría de los pueblos el cementerio se encuentra en las afueras. El de Carrillo Puerto no tiene una entrada propiamente dicha, no hay reja, ni pilares, ni una leyenda; sólo una vereda parte en dos los predios sembrados de cruces, lápidas y flores. Al fondo, al final de la vereda, hay una palapa. Se bajan del automóvil, al que acompañan otros vehículos donde vienen los reporteros, investigadores y demás curiosos. Caminan por la vereda rumbo a la palapa donde se alcanza a ver una tabla sostenida entre dos sillas. Un hedor a muerte invade el camposanto. A medida que se acercan, Nicolín alcanza a ver que sobre aquella mesa improvisada yace el cuerpo de un hombre en posición de Chac Mool, pero de costado. Ve que sus rodillas están flexionadas,

los pies atados y las manos juntas por la espalda. Cuando está casi frente al cuerpo el hedor se hace más intenso, aunque lo que le llama la atención a Nicolín son los pies de aquel Chac Mool amordazado. Nicolín tiene pie plano. Tal vez por ello le han llamado siempre la atención los arcos pronunciados, como los de ese Chac Mool al que ahora observa detenidamente. Se acerca a aquellos pies y los reconoce. Los ha visto muchas veces tomando el fresco en las tardes calurosas de la temporada, los ha visto caminar descalzos, los ha visto húmedos saliendo del mar o de alguna piscina. Pero hay algo raro. Las uñas están todas quebradas y los dedos amoratados y llenos de sangre. A partir de ese momento los pies se convertirán para Juan Nicolín en la imagen misma de la muerte. No necesita ver más el cuerpo, no hay ninguna duda, ese arco pronunciado corresponde al de los pies de Charras, de su cuñado. Se acerca confuso y dolorido, con angustia y con horror y observa el resto. Como Charras es muy moreno no se le ven moretones sino manchas oscuras en todo el cuerpo deshecho y en descomposición. Su corazón da un vuelco. Reconoce los calzoncillos, la trusa que le trajo doña Ada de los Estados Unidos, parte del juego que le entregó el día en que organizó la junta familiar para prevenirlo. ¿Es el cadáver de Charras?, le pregunta el procurador y no es sino entonces que busca su rostro. La masa encefálica le cubre parte de la cara; tiene los ojos cubiertos con tela adhesiva. Nicolín siente náusea. Vuelve el rostro para no mirar. El investigador enviado por Sansores, joven y con apariencia de estudiante, se acerca a él y lo toma del hombro. Nicolín alcanza a balbucir, sin saber por qué, que Charras tenía un clavo metálico en uno de los brazos, que había que localizarlo para estar seguros de que era él porque le costaba trabajo reconocer que ese cuerpo, que ese cadáver fuera su cuñado. El joven investigador, se percata de qué tan perturbado está Nicolín y lo aleja unos pasos fuera de la palapa. Nicolín no puede llorar. Su mente y su corazón se hallan entumecidos, pesados, en una especie de angustia sorda que le impide creer lo que han visto sus ojos. No lo sabe entonces pero después se convencerá de que reconocer el cuerpo de alguien que uno quiso en vida es una de las experiencias más duras y dolorosas que puede enfrentar un ser humano. Será también una de las vivencias que nunca se le han de borrar.

Pech toma las huellas digitales de Charras; López Nájera lo fotografía desde diversos ángulos. El procurador pide que le desamarren las manos y los pies y que lo pongan boca arriba. Alguien dispara su cámara, de los pies hacia la cabeza, plasmando la imagen que luego se daría a conocer a la prensa.

13:04 Se vuelven a subir al automóvil y se dirigen hacia el kilómetro 101 de la carretera Carrillo Puerto-Bacalar donde el lunes un campesino encontrara el cuerpo a unos cuantos metros de la carretera, sobre una brecha. La angustia de Nicolín se recrudece cuando Pech le hace saber al procurador que previamente al crimen hubo tortura.

- Más vale no comentarle nada de eso a la prensa — comenta Rodríguez.
- Algunos reporteros se dieron cuenta por ellos mismos.
- Hay que cuidar que no se difunda.

18:49 Abatido, confuso, preocupado por su mujer y su familia política, Nicolín vuelve a la ciudad de Mérida en la misma avioneta. Cuando llegan más reporteros los esperan en busca de noticias. Rodríguez Rojas se dirige a ellos.

—Todo parece indicar que se trata del bachiller Calderón Lara pero en la Procuraduría compararemos las huellas para determinar con toda precisión si efectivamente corresponden a él.

20:14 Nicolín se enterará al día siguiente por los periódicos que esa misma noche se compararon las huellas digitales tomadas en Carrillo Puerto con unas en haber de la Procuraduría como parte de un certificado de buena conducta expedido por la propia Procuraduría a solicitud del interesado el día 30 de mayo de 1970.

XIII. EL ADIÓS

Jueves 21 de febrero, 1974

4:50 Cuando el hombre de los zapatos de hule llega caminando por la calle 55 encuentra todo a oscuras y desolado en las capillas Pérez Rodríguez. Se asoma: hay sólo un fotógrafo y otra persona, seguramente un periodista, adormilados en una de las bancas. Charras no ha llegado. Había leído en el diario que estaría ahí, cerca de la madrugada, pero tal parece que no. No ve a nadie de la familia del muchacho, ni a los del Canek. ¿Dónde estarán? Aunque él ya no trabajaba para la Unión de Camioneros, cuando lo supo se dijo tengo que estar ahí. Así que habló con don Fernando, su actual patrón, y le pidió permiso para ausentarse durante la mañana sin darle mayores detalles del motivo porque si no capaz que se lo hubiera negado. De mala gana don Fernando le concedió el permiso aunque le dijo que le descontaría la mañana de su sueldo. Ni modo. Charras valía eso y más. Cómo los había defendido de los abusos de los inspectores que siempre los trataron de lo peor. A él mismo, al hombre de los zapatos de hule, lo habían despedido sin justificación. Gracias a Charras lo volvieron a aceptar, pero él ya no quiso seguir en la Unión pues para entonces su esposa le había conseguido trabajo con don Fernando, donde le pagaban un poco más aunque no tenía horario fijo. Lo mismo podían llamarlo en la madrugada para llevar a alguna de las niñas a Progreso que esperar toda la noche en una fiesta hasta que salieran don Fernando y la señora. Así que hoy se levantó como a las cuatro, un poco antes de lo acostumbrado, tomó un poco de chocolate con agua y salió rumbo a las Pérez Rodríguez. Camina hacia la calle 65. Pasa por el edificio de la Universidad. Las calles están desiertas, demasiado apacibles luego de todo el alboroto de los días pasados. Ve luz en una ventana del piso de arriba. Tal vez algunos muchachos estén redactando algo o haciendo guardia, quién sabe... A lo lejos ve dos camiones de la Unión estacionados frente a la funeraria. Se acerca y ve que cada camión tiene un chofer al volante. El hombre de los zapatos de hule les pregunta sobre Charras y le dicen que pase, que lo están esperando. Entra. En la sala hay un reducido grupo que viste de negro, con lentes oscuros, bien abrigado. Hace frío, el frío de la región, húmedo y penetrante. No reparan en él. Entre el grupo de oscuro parece estar la madre de Charras y sus familiares más cercanos.

5:15 Alguien se acerca a la señora y le pasa un recado. Con el rostro demacrado, pálido, ella se pone de pie y, con ayuda de las dos jovencillas, sale de la agencia hacia la capilla caminando.

5:43 “Poveda”, dice en una de las puertas la camioneta. Se ha empezado a juntar la gente. Con la camioneta vienen varios jóvenes entre los cuales el hombre de los zapatos de hule cree reconocer a José, el hermano menor de Charras. Entre ellos baja Charras y se dirige a la capilla; llaman a José. Le dicen algo; José escucha con la mirada perdida. Llegan algunos otros y comentan sobre el asunto en voz baja. La duda priva entre ellos. ¿Qué pasa? —dice alguien.

Uno de los muchachos va hasta el teléfono e intenta hablar quién sabe con quién. Todos están al pendiente. Poco después llegan tres jóvenes más, vestidos de blanco, estudiantes de medicina según se ve. Lllaman a José aparte y le muestran unas radiografías. Señalan, discuten, explican. El hombre de los zapatos de hule los mira azorado.

7:01 Otro grupo de estudiantes invade el recinto y distribuye, en silencio, unos volantes. Junto con ellos vienen algunos compañeros del Jacinto Canek. Uno saluda y le entrega al hombre de los zapatos de hule un papel en donde se dice que va a haber una reunión especial en la Universidad ese día a las cinco de la tarde.

7:12 José, Rodríguez Mézquita y otros señores de más edad hacen la primera guardia. Al poco rato se cambian por otro grupo. Así se van turnando hasta que el hombre de los zapatos de hule se acerca a José y le pide permiso para acercarse a Charras y estar con él. José le dice que espere un poco, después le hace una seña para que avance y se coloque junto a su hermano. El hombre de los zapatos de hule permanece de pie, sin hablar junto a Charras y mientras está ahí, de pie, ve al joven risueño, bromista y jovial que los ayudó en las primeras reuniones del Canek. Es un muchacho más, en apariencia común y corriente, pensó cuando lo vio, pero al empezar a trabajar con ellos se dio cuenta de que no, aquel joven era distinto: tenía verdadero interés en ayudarlos. Charras sabía que en sus casas los hijos de los choferes se quedaban con hambre, que los frijoles llegaban demasiado pronto durante las comidas y que a veces no había más que eso, frijoles, chile y tortillas. Sabía que por lo general se iban a dormir con el estómago medio vacío, y que ellos, los choferes, trabajaban todo el día, girando sobre la misma ruta con el calor agobiante de la ciudad y que sus sueldos les alcanzaban para menos de lo indispensable; sabía además que él podía ayudarlos; que tenía los conocimientos y los pantalones. Tal vez por eso decidió jugarse el todo por el todo. Charras, en lo personal, no parecía sufrir hambre. Podía ganarse la vida sin problemas, y sin embargo los ayudó siempre en todo lo que pudo. Él, el hombre de los zapatos de hule, se siente ahora agradecido, agradecido y triste. Pero cuando lo piensa se dice que sobre su tristeza debe sentirse orgulloso.

9:00 El sacerdote aparece en el altar. Empieza a officiar misa.

11:45 Charras sale de la funeraria hacia la calle seguido de sus amigos, de sus conocidos y de otros como él, como el hombre de los zapatos de hule. La gente se va sumando a la marcha respetuosamente y en silencio, mientras la banda de guerra de la Universidad de Yucatán toca una marcha. Charras va de la calle 55 hacia la calle 59, donde tenía su despacho. Al llegar al edificio donde está su oficina la procesión se detiene y le hacen un breve homenaje.

12:15 Charras se dirige entonces hacia el edificio central de la Universidad de Yucatán. Lo siguen miles de personas, de todas las edades y de todas las condiciones. Se detiene frente a la estatua de Carrillo Puerto. Un joven se acerca y coloca una bandera de la Universidad.

12:30 Los maestros organizan nuevas guardias. Charras sale de la calle 57. Dobla en la 66 y se enfila rumbo al panteón Florido. Un grupo de estudiantes con los brazos entrelazados le abren paso siguiendo el batir de los tambores.

13:43 Entre miles de personas más el hombre de los zapatos de hule llega en procesión hasta el panteón Florido. Se dirige a la sección D. Se ha cavado ya la fosa.

Charras baja hasta su tumba lentamente. Se hunde ante los ojos desconsolados de su hermano José, al que también le dicen Charritas, que parece despedirse de él. Jamás volverá a ver a su hermano, a su amigo, a Charras. Los compañeros del Jacinto Canek pronuncian un breve discurso.

13:59 Lo empiezan a cubrir con tierra. Ocupa la tumba número cuatro del Panteón Florido en Mérida. Una sola expresión se va apoderando de las miles de personas que lo acompañan y el hombre de los zapatos de hule piensa: descanse en paz.

XIV. LA PRENSA (II)

SE CONFIRMA LA MUERTE DEL SR. CALDERÓN LARA

El procurador general de Justicia, Lic. Humberto Rodríguez Rojas, declaró anoche que el cadáver en estado de descomposición descubierto anteayer en la carretera Carrillo Puerto-Chetumal, como informó en exclusiva este periódico, es el del joven Efraín Calderón Lara, estudiante de Leyes y asesor de sindicatos locales que fue secuestrado en esta capital el miércoles último.

La autopsia practicada ayer por la tarde en el cementerio de Carrillo Puerto por los Dres. Gaspar Vázquez Garrido y Gabriel Gutiérrez Cepeda, del Hospital Civil "Morelos" de Chetumal, indica, de acuerdo con el parte que rindieron los galenos, que la muerte ocurrió hace una semana, sobre poco más o menos, y no permite establecer la causa directa del fallecimiento debido a la descomposición avanzada del cuerpo.

El Lic. Rodríguez Rojas, por otra parte, dijo que el Gobernador del Estado solicitó ya el auxilio de la Procuraduría General del Distrito y Territorios Federales para esclarecer el trágico suceso.

...Por disposición del Lic. Castellanos, hoy por la mañana llegarán a Mérida dos agentes de la Procuraduría Federal y dos peritos criminalistas para jefaturar las diligencias.

Además, el Lic. Rodríguez Rojas envió al conocido criminalista Alfonso Quiroz Cuarón un telegrama invitándolo a colaborar en el esclarecimiento del caso. (NOTA DE LA REDACCIÓN) Las autoridades de la Federación y el estado que continuarán las investigaciones no deben permitirse punto de reposo sino hasta que todo el peso de la ley caiga sobre los autores materiales e intelectuales de este crimen repugnante, muy extraño a las costumbres de la comunidad yucateca, porque los procedimientos gangsteriles de la peor estofa que los caracterizan son ajenos por completo a nuestro modo de ser y exigen, por eso mismo, un escarmiento que cierre todas las puertas del estado al menor nuevo intento de sabotear los cimientos de la sociedad civilizada en que aspiramos vivir.

La investigación determinará —¿quién no lo espera si se precia de decente?— las implicaciones que hayan podido tener en la muerte del infortunado joven sus actividades en el campo obrero o una conjura para sembrar en Yucatán la semilla de luchas fratricidas, la sangre y el luto que por desgracia son hoy causas de duelo y zozobra en otros puntos del país y del mundo.

Insistentes versiones, conocidas ya, según se nos informa, por la comandancia de la 32a Zona Militar y el Ejecutivo, avisan de movimientos de armas e infiltración en Mérida de elementos extremistas que pretenden capitalizar, con fines anárquicos, de disolución social, el trágico suceso que se deplora.

Autoridades, padres de familia, juventud, magisterio, sindicatos, todos los sectores de la sociedad deben estar bien atentos, en guardia, para oponerse con una actitud cuerda, sensata, cristiana y apegada a la ley, a cualesquiera incitaciones a la provocación y el desorden que tan funestas consecuencias podrían tener para nuestros hogares, la ciudad y el Estado. (*Diario de Yucatán*, Columna “Sucesos de Policía”, 20 de febrero de 1974.)

SAÑA BESTIAL PARA ASESINAR A CALDERÓN

Mérida, Yuc., 20 de febrero.— La autopsia del cadáver del bachiller Efraín Calderón Lara reveló que lo mataron con saña inaudita cuando tenía las manos atadas a la espalda, semidesnudo, la noche del miércoles, el mismo día que lo secuestraron.

A golpes le destrozaron la cara, le tiraron toda la dentadura y le fracturaron la cabeza; luego le dieron piquetes en diferentes partes del cuerpo.

Antes de semisepultarlo a un lado de la carretera entre Carrillo Puerto y Chetumal, Quintana Roo, le cubrieron la cara con tela adhesiva.

El cadáver, ya identificado plenamente por las huellas digitales, que se compararon con un certificado de buena conducta que solicitó hace varias semanas el bachiller, llegó esta mañana a Mérida.

El Gobernador Carlos Loret de Mola solicitó el auxilio de agentes especiales de la Procuraduría General de la República, a quienes se espera hoy junto con el criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón para ahondar las investigaciones. Le harán una segunda autopsia a los restos.

Entretanto, estudiantes, empleados, obreros y los madrileños (sic) en general, preparan un tumultuoso funeral al estudiante como muestra de su repulsa por el crimen.

En la Universidad, en huelga a raíz de la desaparición de Calderón Lara, hay centenares de alumnos que insisten en culpar del secuestro a las autoridades y a los líderes cetemistas en el estado.

Grupos de soldados continúan patrullando la ciudad, como se ordenó desde el sábado cuando hubo un enfrentamiento de estudiantes y policías. La zona más vigilada es la cercana a la Universidad.

El procurador de justicia del estado, licenciado Humberto Rodríguez Rojas, quien ayer fue a Chetumal a identificar el cadáver, informó que se sigue investigando, aunque ni siquiera se ha encontrado el coche Valiant azul en el que secuestraron al joven el miércoles a quien sacaron a golpes de su casa del barrio de Santiago. (*Últimas Noticias*, 21 de febrero de 1974, José Evilacio Pereyra, corresponsal.)

AL SEPULTAR A CALDERÓN, INSISTEN EN ACUSAR AL LIDER NAVARRO BÁEZ

Mérida, Yuc., 20 de febrero.— Durante el sepelio del líder sindical Efraín Calderón —se calcula que asistieron más de 6000 personas—, los siete oradores que tomaron la palabra volvieron a señalar como responsables de “este crimen” al líder sindical de la CTM Gonzalo Navarro Báeza (sic), y a la mesa directiva y a los dirigentes de la compañía constructora “Cufesa” (sic).

Y en tanto el procurador general de justicia del Estado, licenciado Humberto Rodríguez Rojas, citaba nuevamente a declarar a los principales líderes de la CTM de Mérida y al ingeniero Ulises González Torres de “Cufesa” (sic), campesinos, obreros, amas de casa, estudiantes, niños y

padres de familia —formando una impresionante columna de seis cuadras de largo— acompañaban a su última morada a los restos de Efraín Calderón.

Aquí hay mucha tensión y en previsión de nuevos choques, el Gobernador de la entidad, Carlos Loret de Mola, dio instrucciones esta madrugada para que todas las cantinas de Mérida cerraran sus puertas durante 48 horas.

De todos modos, más de la mitad del comercio local decidió cerrar hasta en tanto no vuelva a la normalidad la Ciudad Blanca.

...Esta mañana, llegaron a Mérida los investigadores de Sam López (sic), Luis Morales Castro y dos peritos en balística quienes interrogarán e investigarán a los líderes de la CTM local y a los dirigentes de la compañía constructora.

El procurador Rodríguez Rojas señaló que hay varias detenciones relacionadas con este asunto, pero dijo que “concretamente no tenemos ninguna pista en firme”. (*Últimas Noticias*, 21 de febrero de 1974, José Evilacio Pereyra.)

MANIFIESTO

Constituimos una organización que durante cerca de cuarenta años ha estado luchando en todo nuestro país en el terreno laboral, y la constancia de nuestros logros son las realidades que ahora son patrimonio de los trabajadores, a través de nuestro largo recorrido en la historia de México, en diferentes ocasiones hemos recibido ataques de diversos sectores porque consideraron que de alguna manera habíamos actuado en contra de sus intereses, sin embargo la responsabilidad que hemos demostrado en todos los casos ha sacado a relucir la verdad y en cada ocasión nos hemos fortalecido más que debilitarnos. En días pasados en nuestra ciudad recibimos ataques injustos, completamente sin fundamento y sin ningún tipo de análisis, los cuales por prudencia en ningún momento contestamos para evitar algún choque o enfrentamiento con jóvenes que apreciamos y estimamos y que en gran parte son hijos de trabajadores miembros de nuestra Organización.

Pero el trágico desenlace que tuvo el secuestro del joven estudiante Efraín Calderón Lara, hace necesaria una manifestación pública de nuestra parte, repudiando tan infame crimen que no tiene antecedentes en la historia de nuestro estado. Somos los primeros en levantar nuestra voz de indignación pidiendo a las autoridades federales y estatales que pongan todos los medios a su alcance para que en este alevoso hecho de sangre que cubre de luto a una familia yucateca y a todos los ciudadanos yucatecos, sea completamente aclarado y se castigue con todo el peso de la ley a la persona o personas que resulten responsables.

No logramos comprender cómo en nuestra tierra, tradicionalmente pacífica y respetuosa de la ley, pueda tener lugar un crimen tan horrendo y despreciable. Todos los que actuamos dentro de la lucha obrera nos sentimos en peligro, porque este atentado es muestra de anarquía y violencia a la que los yucatecos no estamos acostumbrados, y que nos hace sentir la presencia de manos extrañas y criminales que atentan contra la paz que existe en nuestro estado y el progreso que con tantos esfuerzos comenzamos a lograr.

Como parte integrante de la sociedad yucateca nos unimos al duelo motivado por este condenable crimen, y esperamos como toda la sociedad que las autoridades lleguen al pronto esclarecimiento de los hechos para deslindar responsabilidades para bien de nuestro estado y nuestra Patria. (Manifiesto de la Federación de Trabajadores del Estado de Yucatán, Mérida, 20 de febrero de 1974, firmado por el Secretario General Sindical, Gonzalo Navarro Báez y 43 sindicatos o uniones de la CTM en Yucatán.)

EXHUMARON EL CADÁVER INHUMADO ANTIER, AL SURGIR LA DUDA DE SI PERTENECÍA A CALDERÓN LARA

Mérida, Yuc., 21 de febrero (OPGV).— La duda sobre si el cadáver inhumado ayer era el del líder Efraín Calderón Lara surgió hoy cuando las autoridades, a petición de la familia, exhumaron el cuerpo que apenas ayer había sido sepultado en el panteón Florida (sic) de esta ciudad.

Mientras esto ocurría, se supo que el Gobernador del estado, Carlos Loret de Mola, partió a la Ciudad de México, a fin de presentar un informe al Presidente de la República sobre la situación en esta ciudad, que hoy volvió a tener un día de calma.

En cuanto a la identidad del cuerpo, en las primeras horas de la tarde de hoy se señaló que en principio corresponde a Calderón Lara. La familia precisó que en el codo izquierdo tenía un clavo ortopédico que le fue colocado a raíz de un accidente. El cadáver exhumado presentaba esa característica.

Por otra parte, esta nueva autopsia efectuada en el cadáver señaló que la muerte se debió a un balazo, que penetró en la parte posterior de la oreja izquierda; el proyectil quedó alojado en la masa encefálica. Así se demuestra que las autoridades desde un principio actuaron negligentemente, ya que en el primer dictamen nunca se habló de esa herida.

En cuanto a las investigaciones para esclarecer el homicidio del que fuera asesor de la Federación Sindical Independiente, el procurador del estado, licenciado Humberto Rodríguez Rojas, dijo a *El Sol de México* que se trabaja exhaustivamente para encontrar a los presuntos responsables.

Pero lo cierto es que poco o ningún interés hay por parte de las autoridades para lograrlo, y prueba de ello es que el funcionario señaló, por ejemplo, que los dientes se desprendieron de la boca por el estado avanzado de descomposición del cuerpo y no porque haya sido víctima de torturas.

Añadió que, con datos proporcionados por dos personas, que estuvieron cerca de Efraín cuando fue secuestrado, se elaboraron los retratos hablados de los tres individuos que, se dice, cometieron el delito.

Mientras tanto los estudiantes permanecían en huelga. En el edificio de la Universidad, en cartulinas se colocaron las demandas que hacen: además del esclarecimiento del homicidio de Calderón Lara, que sea destituido el jefe de la Policía.

En cuanto a la postura que adoptará el gobierno del estado, hoy se intentó conocer algo, pero se informó en la Secretaría Particular que el mandatario estatal salió la noche de ayer a la ciudad de México. Se calcula que estará de regreso el sábado próximo.

También se trató de entrevistar al presidente municipal, Efraín Cevallos Gutiérrez, para saber si, como se demandó en el sepelio de Efraín Calderón, las fiestas de carnaval iban a ser suspendidas.

Pero a las doce del día aún no se había presentado en sus oficinas y algunas gentes del pueblo comentaron que esto ocurría a diario: “Es que trabaja mucho. De doce, a trece horas en el día.” Es decir, que sólo va una hora diaria. (*El Sol de México*, 22 de febrero de 1974, Roberto Noriega, enviado especial.)

TENSIÓN EN MÉRIDA

Mérida, Yuc., 25 de febrero.— El secuestro y asesinato del bachiller Efraín Calderón, de 26 años, quien rompió la sólida estructura de la CTM crea aquí una explosiva situación que en cualquier momento puede estallar.

La antes tranquila Mérida es patrullada por elementos del Ejército y la policía; 70 mil estudiantes están en huelga; mientras tanto, los alumnos de la Universidad de Yucatán exigen la renuncia del jefe de la Policía, José Gamboa Gamboa.

El clima de temor, de exigencia de justicia, de sicosis que ha hecho ausentar el turismo en forma notable, se advierte en la plaza grande; en los parques custodiados por soldados y en la Universidad, en donde hay crespones de luto.

Esta tarde los dirigentes estudiantiles de la Universidad de Yucatán; del Instituto Tecnológico del Centro de Estudios Superiores, a nombre de 70 mil estudiantes pusieron un ultimátum: la renuncia del jefe de la Policía, quien encabezaba a los grupos de esa corporación, que abrieron fuego de metralleta sobre la Universidad.

La policía, disculpando esta acción, señaló que fueron “tiros de salva”. Sin embargo, en el edificio de la escuela de Yucatán se notan 30 impactos de bala, localizados muy cerca de las ventanas, como si la policía hubiera tratado de disparar sobre los estudiantes.

Éste ha sido el más triste carnaval en Mérida. Tan sólo dos carros alegóricos se presentaron en el desfile tradicionalmente formado por 40 o 50 automóviles.

Y mientras tanto, en la zona residencial de la ciudad sí hubo un desfile de carnaval. Pero el pueblo y los estudiantes expresaron su tristeza y no acudieron a estas tradicionales fiestas.

Fidel Rodríguez, dirigente estudiantil, afirmó que la huelga continuará, en tanto no presente su renuncia el jefe de la Policía.

El pueblo de Yucatán señaló como “posibles directores intelectuales de este brutal crimen”, al sector empresarial o al laboral, ya que a éstos afectaba la labor del licenciado Efraín Calderón.

...Todo es nebuloso en ese crimen, sólo hay “retratos hablados” pero no detenidos. Sin embargo, la opinión pública piensa que Efraín Calderón fue victimado “porque representaba una fuerza que crecía momento a momento en contra del sector empresarial de este estado”.

La voz de la calle que no está sujeta a investigaciones judiciales indica que el bachiller fue asesinado debido a que se había constituido en enemigo de la poderosa CTM.

“Era enemigo porque formaba sindicatos independientes”, señalaron varios estudiantes encabezados por Fidel Rodríguez.

SE AUSENTE EL TURISMO

A raíz de la desaparición del bachiller Efraín Calderón los estudiantes llevaron a cabo un movimiento con el objeto de que las autoridades investigaran, ya que en círculos universitarios se comentó que había “desidia para aclarar el caso”.

Como apuntamos antes, los estudiantes se declararon en huelga y ocurrieron hechos violentos que culminaron en una balacera de la que se culpa a la policía del estado.

Sea o no verdadero el cargo, lo cierto es que el turismo se ha ausentado. El Hotel Sevilla cuyos 45 cuartos estaban ocupados el día de los citados hechos, fueron desalojados al día siguiente y esta situación persiste. (*La Prensa*, México, 25 de febrero de 1974, Wilbert Torre Gutiérrez, enviado.)

EXTREMISTAS RADICALES FUERON LOS ASESINOS

DEL LÍDER EFRAÍN CALDERON

Mérida, Yuc., 28 de febrero.— Los investigadores especiales que envió la Procuraduría General de la República para aclarar la muerte del estudiante y líder sindical Efraín Calderón Lara afirmaron que el crimen fue cometido por un grupo de extremistas radicales.

Agregaron que “todo parece indicar” que Calderón Lara conocía a los homicidas que “lo juzgaron” y decidieron sacrificarlo.

El estudiante fue secuestrado el 13 del presente en presencia de dos amigos y su cadáver apareció cinco días después.

Pedro Quijano Uc y Miguel Ángel González Sulub, son los jóvenes que acompañaban a Calderón Lara cuando lo secuestraron. Y los agentes de la procuraduría señalaron anoche que el principal obstáculo que encuentran es la falta de colaboración de los dos jóvenes, quienes incurren en contradicciones continuamente.

Suponen que Pedro y Miguel Ángel saben más de lo que dicen, pero temen hablar.

Los agentes especiales Luis Morales Castro, Ismael Leo López, Juan Herrera Cuevas y Julio Tiburcio Cruz continúan trabajando en el caso y afirman que han interrogado a más de cincuenta personas.

Pero insisten en que Pedro y Miguel Ángel “tienen la clave” del asunto. Y por eso desde hace dos días los interrogan y ya no los dejan salir de las oficinas policiacas.

Los jóvenes, agregaron los policías, cambian sus declaraciones a menudo y dan datos falsos que sólo los hacen perder el tiempo en búsquedas infructuosas. (*Últimas Noticias*, Mérida, Yuc., 28 de febrero de 1974, Evilacio Pereyra, corresponsal.)

A LA OPINIÓN PÚBLICA

La opinión pública debe conocer los siguientes importantes hechos: Cuando aún existía el Lic. Efraín Calderón Lara, recibió una serie de amenazas.

El Lic. José Pacheco Durán asesor de la CTM le dijo: “Efraín ya te están preparando el puh” (que quiere decir eliminar al venado).

Frah Miguel, subdirector de mantenimiento de la Policía del Estado, además de dirigente de la CTM y representante de los volqueteros, respaldado por un grupo numeroso de matones armados con cabillas y palos, le habló en esta forma: “Charritas”, mañana estalla la huelga de MITZA, si es legal mi gente no va a participar, pero cuídate porque después te van a matar.

Joaquín Acevedo, asesor de los patrones gasolineros, expresó lo siguiente a un trabajador: Mira, el “Charritas” hizo lo que pudo en MITZA pero en CUSESA no va a poder, porque se están moviendo palancas muy poderosas pues meterse con un sindicato nacional es un gran lío.

Y con relación a las investigaciones del secuestro y asesinato queremos manifestar que al D.A.P. se le entregó un retrato hablado proporcionado por uno de los testigos del secuestro y dicho retrato no se dio a conocer sino hasta después de haber transcurrido demasiado tiempo.

Ahora hacemos una pregunta, ¿por qué el Gobernador no ha informado de la reunión que tuvo con los patrones de MITZA, de CUSESA, y con los dirigentes charros de la CTM, la cual se efectuó el miércoles 13, o sea, antes del secuestro?

¿Quién es el culpable?

Exigimos que a estas personas se les investigue.

Invitamos al pueblo a colaborar con el Frente Obrero Estudiantil, a fin de esclarecer nosotros mismos el asesinato, proporcionando datos, los cuales recibiremos en las Escuelas siguientes:

Universidad de Yucatán, Edificio Central, calle 57 y 60.

Escuela de Economía, calle 61 No. 525 entre 66 y 68.

Facultad de Medicina, frente al Hospital O'Horan.

Facultad de Ingeniería, frente a la Cervecería Yucateca.

Pueblo, protesta también no comprando el *Diario de Yucatán*, que sólo está al servicio de los ricos. (Volante del Frente Obrero Estudiantil, distribuido por los estudiantes los primeros días de marzo.)

SE DICE QUE EL CASO CALDERÓN LARA QUEDARÁ EN EL MISTERIO

(*Avance*, Mérida, Yuc., domingo 3 de marzo de 1974.)

EL SECUESTRO DEL ASESOR

Ayer sábado, después de un día de intenso trabajo en la Procuraduría General de Justicia y en el Departamento de Averiguaciones Previas, el distinguido criminólogo Dr. Alfonso Quiroz Cuarón, se entrevistó en palacio por la noche con el Gobernador Sr. Carlos Loret de Mola, momentos después de retornar el jefe del Ejecutivo de la capital de la República.

El Dr. Quiroz informó al señor Loret de Mola sobre sus apreciaciones en las investigaciones que se efectúan en relación con el caso de secuestro y homicidio del Br. Efraín Calderón Lara.

El Dr. Quiroz externó, entre otros, los conceptos que siguen:

“Lo primero, el hecho lamentable del homicidio de un joven universitario que ha impresionado lo mismo a la sociedad yucateca, que a la de todo el país.

”Lo segundo, que, desafortunadamente en México, un veinticinco por ciento de los homicidios quedan impunes. Esperamos que en el caso del joven Efraín Calderón Lara esto no suceda.

”Lo tercero, que impresiona muy favorablemente la colaboración y el trabajo en equipo. Hecho raro es que los médicos forenses del estado de Yucatán hayan realizado en condiciones muy desfavorables un estudio de radiología médico forense de gran valor, que les permitió al realizar la autopsia, la localización de un proyectil de arma de fuego calibre 22 largo, que determinó la muerte del joven Calderón Lara. También localizaron otras lesiones.

”Cuarto, que en este caso, además de los técnicos de la Procuraduría de Justicia del Estado y de los investigadores que colaboraron con uno de los criminalistas más eminentes del país, como es el Sr. Prof. Ernesto Abreu, las autoridades solicitaron la colaboración de especialistas de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Territorios Federales, desde un principio del caso han contado con el muy valioso auxilio de los Sres. Julio Tiburcio Cruz y Juan Herrera Cuevas, del laboratorio de Criminalística y dos policías judiciales de gran experiencia, como son los Sres. Luis Morales Castro y Samuel Leo López. Así se integró un equipo eficaz. La investigación y su labor les ha permitido ya establecer algunos hechos muy concretos y útiles a la investigación.

”El primero, precisa que se utilizó para el secuestro un automóvil Dodge Dart de color claro, modelo 1970-1972.

”El segundo que se utilizó un revólver calibre 22.

”El tercero, que se han podido elaborar, con la colaboración de los mejores testigos, siete

retratos que pueden ser punto de partida para obtener nuevas y útiles informaciones que lleven a lo que se busca: La localización y detención de los responsables del homicidio del joven Efraín Calderón Lara.”

Muy provechosa ha sido la visita del Dr. Quiroz Cuarón, pues sus señalamientos técnicos, dictados en el laboratorio y en reuniones con los encargados de la investigación, dieron forma a aspectos estudiados con anterioridad y que ya conocía el destacado criminólogo al haber podido conocer en la capital de la República el expediente de las investigaciones.

El Gobernador agradeció al Dr. Quiroz su gran colaboración en el caso y reconoció su gentileza de haber viajado a Mérida en momentos que se preparaba para asistir a una reunión Internacional en Costa Rica, que organiza la ONU y a donde llevará valiosos estudios basados en el caudal de sus conocimientos.

El Dr. Quiroz añadió que la junta se efectuará del 15 al 23 de este mes y tiene como fin continuar los preparativos para fundar un Instituto de prevención del Delito para la América Hispana. (*Diario de Yucatán*, columna “Sucesos de Policía”, 10 de marzo de 1974.)

XV. LOS CARLOS

Sábado 31 de marzo, 1973

22:13 La mujer que le gustó desde que entró a El Calamar Inquieto se había quedado repentinamente sola. Era una jovencilla delgada, de facciones delicadas y cabello oscuro; tenía un vestido estampado en color marrón que ni dejaba ver ni insinuaba parte alguna de su cuerpo. Demasiado fina para el lugar. La chica aquella se encontraba sentada frente a la barra, de espaldas al resto de la gente, con una copa que no probaba desde que Carlos la empezó a observar. Antes, la mujer aquella había estado lidiando con un hombre muy pasado de copas que, de pie, se bamboleaba de aquí para allá; el hombre le hablaba al oído, se reía a carcajadas y la tomaba de los hombros intentando abrazarla mientras ella le sacaba la vuelta. En tanto ella estuvo acompañada Carlos buscaba entre las demás mujeres, sentadas en sillas dispuestas contra la pared, como en los bailes de pueblo, escuchando la música tropical que ellas mismas se encargaban de poner en la rocola. Esa noche, a pesar de que era sábado, no había demasiados hombres en El Calamar. Las muchachas se veían aburridas, solas, algunas incluso bailaban entre ellas. Carlos vio a una chica de cabello castaño, largo, rizado y abundante. Se levantó de la mesa y se acercó a ella. La invitó. Bailaron una pieza. ¿Cómo te llamas?, le preguntó él y ella, con el chicle en la boca, con el cabello oloroso a perfume se le quedó viendo un instante. Vaquera, le dijo, y siguió bailando en silencio. Carlos se dio cuenta de que la mujer calzaba unas botas vaqueras. Sus piernas eran muy blancas, gruesas, velludas. No se depilaba. ¿Y yo? ¿No quieres saber cómo me llamo?, le preguntó él. Ella le lanzó una mirada de soslayo y no le contestó. Carlos, yo me llamo Carlos, le dijo. La Vaquera dejó escapar una risotada. ¿Por qué te ríes? ¿No me crees? Tengo un amigo que se llama igual que tú, dijo ella sin verlo a los ojos y tronando su chicle. La pieza terminó. ¿Quieres una copa? ofreció Carlos. Ven, te invito a que te sientes un rato conmigo. Fueron hasta la mesa. Carlos le pidió algo de tomar. ¿Vamos a ir al cuarto? le preguntó la mujer de manera abrupta. Carlos había venido expresamente de Hopelchén a Campeche con el propósito de acostarse con una mujer. Pero no le gustó el tono agresivo de la Vaquera. No sé, le contestó. Depende de cómo te portes. Ella hizo un gesto de desdén y tan pronto se acabó su bebida se puso de pie y se largó. Carlos pidió otra copa. Entonces se dio cuenta de que la mujer de la barra que le había llamado la atención se había quedado aparentemente sola. El cantinero cambiaba impresiones con ella de vez en cuando pero la mayoría del tiempo la mujer se mantenía ajena, como hipnotizada por su propia mirada reflejada en el espejo del bar. Carlos se acercó a ella. ¿Me aceptarías una copa?, le preguntó. La mujer se volvió y lo recorrió con la mirada. Me duele mucho la cabeza, le contestó ella. ¿Por qué no bailamos un rato a ver si se te quita? ¿De dónde eres?, preguntó Carlos mientras bailaban. Alvarado. Debes hablar muy bonito. Nunca digo majaderías.

Las respuestas cortantes, la actitud reacia, el escepticismo hacia la comunicación verbal, tan

característicos entre estas mujeres, fue cediendo tal vez a causa de que también fue cediendo su dolor de cabeza mientras bailaban. A cambio de entregar sus cuerpos a cualquiera que tenga para pagarles, ellas se obstinan en guardar para sí la poca y última intimidad que les queda: sus orígenes, sus pasados, sus tragedias personales y sobre todo sus sentimientos. No obstante y acaso por inexperiencia, ella menciona que tiene familia en Veracruz. ¿Conoces Acapulco?, le preguntó Carlos. Ella movió la cabeza negativamente. Ya se acerca la semana santa. Vamos, le dijo Carlos. Ella lo miró desconfiada. ¿Cuándo? Durante la semana santa. Ella se rió por primera vez. No, no puedo. Para que lo conozcas, ¿no te gustaría? Ella movió la cabeza afirmativamente. Sus ojos brillaron por un instante. Pero no puedo, dice y sus ojos se apagaron. ¿Por qué? Tengo que ir a Veracruz.

Bailaron. Cuando terminó la tercera pieza, Carlos estaba sudando. Ven, te invito una copa. ¿Te sientes mejor? Un poco. En la mesa, uno frente al otro, Carlos la observó. Era guapa. El tabique de su nariz era fino, delgado. Sus ojos negros se mostraban evasivos, sin centro, con sólo una luz esporádica. Casi nunca miraba de frente. Mientras bailaban ella mantuvo la vista fija como si se hallara absorta en un paisaje lejano. Miró sus manos: morenas, muy delgadas, pequeñas. Sus venas verdes se ramifican y apenas se transparentan en el dorso.

¿Vamos a ir al cuarto?, le preguntó. Pero qué insistencia, pensó Carlos de inmediato. Aunque claro, es natural. Ellas están aquí para eso, para sacar su noche. Han desarrollado un sentido para saber quiénes son los que vienen a la cama y los que nada más entran a chacotear. Vamos a ir, claro que sí, pero déjame tomar otra copa. ¿Tú no quieres algo? Pídeme un presidente.

Mientras cruzaban la pista para dirigirse a los cuartos, en la parte de atrás, Carlos pensaba qué tanto de verdad habría en aquello de que hay que tratar a las putas como damas, etcétera... Esa mujer, arreglada tal y como estaba, si uno la sentaba en la sala de alguna casa con pretensiones de decente luciría mucho más como una dama que muchas que se jactaban de ello... Pero en ese momento otra chica, una alta, morena y risueña, se les acercó y le hizo una cosquilla a la pareja de Carlos. ¡Ay cabrona, hijueputa!, contestó ella sonriente, aunque en voz baja. ¿No que nunca decías majaderías?, le preguntó Carlos extrañado. Lo que dije no fue una majadería, ¿o sí?

El cuarto de ella era sobrio hasta lo impersonal. La cama, una maleta pequeña sobre una silla, un tocador. Los techos eran altos, con vigas viejas. Ella se dejó desnudar por Carlos y se acostó sobre la cama con los ojos cerrados, como dispuesta a soportar una intervención quirúrgica. Carlos la tomó suavemente. Cuando ella lo sintió, frunció un poco la boca y, sin abrir los ojos, subió las piernas y se empezó a mover, las manos sobre su espalda. Carlos intentó besarla pero ella volvió la cara y le puso el cuello como indicándole allí puedes hacer lo que quieras siempre y cuando no me lastimes. Carlos empezaba a respirar y de tanto en tanto se separaba un poco de la mujer para observarla: impasible, seguía con los ojos cerrados y la boca apretada, aguantando el peso de su cuerpo.

Ella adivinó cuando Carlos terminó y sin más lo hizo a un lado, se puso de pie y pasó al baño.

Cuando reapareció ella venía vestida con unos pantalones entallados que la hacían verse aún más delgada y pequeña de lo que era. Carlos le pagó y le dio una generosa propina. ¿Vas a pasar la semana santa en Veracruz?, le preguntó Carlos. Yo puedo ir a verte allí. ¿Me das tu teléfono? Ella lo dudó un momento, sacó un papelito y una pluma y anotó su nombre y su teléfono: Rosa María Hernández 31723. ¿Cuándo llegas a Veracruz? Desde el lunes. Pues allí nos vemos, dijo Carlos e intentó besarla en la boca pero ella colocó los dedos sobre los labios de él para detenerlo. Carlos permaneció quieto. Entonces ella bajó los dedos y permitió que su boca, la de ella, se acercara a la de Carlos y se tocaran. Nos vemos, dijo y cerró la puerta tras de él

Lunes 18 de febrero, 1974

En Madrid voy a la Procuraduría y anuncio que me responsabilizo de la investigación hasta el pleno esclarecimiento. Ya estoy dentro de los sesenta amargos días que transcurrieron del 15 de febrero al 15 de abril, y durante los cuales vivo una tensión y una angustia de las que jamás podría olvidarme...

—Coronel —le pregunto—. *¿Y dónde dejaron esos tipos el cuerpo de Calderón?*

—*¡Ah! Nadie lo encontrará jamás. Está en el monte más intrincado de Quintana Roo.*

—*Si lo encontrarán, de eso puede usted estar seguro. ¿Y quiénes llevaron a Charras...?*

Mis subordinados escogieron a tres que no tuvieran aspecto de yucatecos, para despistar. La orden era sacarlo de la circulación por unas horas, darle un susto; pero mis gentes llevaron la cosa hasta apartarlo fuera del Estado, a ver si se calmaba... Y se les ahogó en la cajuela.

—*¿Y usted por qué hizo eso sin mi autorización?*

—*Señor Gobernador: yo sólo quise servir. Jamás pensé que pudiera ocurrir algo tan horrible.*

Jueves 14 de febrero, 1974

6:55 Cuando llegas a tu casa en Mérida, te acuestas inmediatamente. Estás rendido. Intentas dormir pero el cansancio y la excitación de la noche no te lo permiten. Te quedas en la cama dando vueltas mientras escuchas que tu mujer arregla a la niña, le da de desayunar y la lleva a la escuela. La oyes volver. Lava los trastes, pone la mesa para que cuando te despiertes puedas almorzar. Cansado, te levantas y caminas hasta la cocina.

8:12 —No quise despertarte. Pensé que estarías muy cansado y dormirías hasta mediodía —te dice tu mujer.

—No pude dormir. Tuvimos una misión muy difícil.

—¿Mariguana?

—Algo más grueso.

—Qué.

—No sé. Una de esas comisiones jodidas.

—No te habrás metido en algún lío.

—No, no, todo lo hicimos como parte de la policía.

—¿Qué?

—Nada, carajo, ya olvídate que te dije algo.

—¿Qué hiciste? Dímelo.

—Nada, ya te dije.

—¿No me tienes confianza?

—No es eso...

—Soy tu esposa, la única que te puede ayudar si algo sale mal.

—Tuve que matar a un muchacho.

—¿A quién!

—A un tal Charras que le estaba dando lata al gobierno.

—¡Válgame Dios! Ahora sí que te metiste en un lío. ¿Por qué lo hiciste Carlos? Si tú no eres

malo...

—Órdenes. No tuve más remedio.

—Hubieras dejado que lo hiciera Sáenz. Vas a llevar sobre tu conciencia la vida de ese muchacho.

—Pueden pasar muchas cosas. Si a mí me pasara algo ve con mi tío Polo y le cuentas todo lo que te voy a decir.

Mientras comes le relatas a tu mujer lo ocurrido durante la noche. Te cuidas de no comentar las partes más violentas para no quedar mal ante sus ojos. Aún así, ella llora desconsoladamente.

—Estás metido en un problema muy grande. Toda la ciudad está de cabeza, lo vi ahora que salí a dejar a la chiquita. La gente cree que se trata de un secuestro. Los estudiantes están alborotados. A ver si no te usan de chivo expiatorio.

11:12 Un poco más calmado luego de desahogarte con tu esposa vas a tu cuarto y te acuestas en tu cama. Duermes durante todo ese día y toda la noche.

Sábado 16 de febrero, 1974

9:24 Te busca Alma Triste —te dice tu mujer—. Le dije que estabas dormido pero me pidió que te despertara. Que viene de parte del comandante Salazar y que es muy urgente.

—Dile que ahí voy —le respondes—. Te vistes a toda prisa, te medio arreglas y sales a hablar con Alma Triste.

—Qué pasó.

—Vengo de parte de Salazar. Me pidió que te informara que hicieron un retrato hablado tuyo y que se te está buscando. Que te rasures las patillas, que le devuelvas la 22 y las balas y que digas en tu casa que te vas de comisión al interior del estado, que vas a estar fuera una semana.

—Hija —llamas a tu mujer.

—Qué pasa —dice ella acercándose a ustedes.

—Aquí Alma Triste dice que me tengo que ir de la ciudad porque hicieron un retrato hablado por lo de Charras y que me andan buscando. Ya sabes lo que te dije, por cualquier cosa.

—¿Quién te puede andar buscando si perteneces a la policía?

—Los estudiantes que están presionando al Gobernador.

Entras a tu cuarto. Te afeitas y te recortas las patillas. Preparas una pequeña maleta y sales a la calle en compañía de Alma Triste.

11:32 —Tengo órdenes de llevarte a la estación de autobuses para que te vayas a Campeche —le dice Salazar en su automóvil—. Jálate para allá y guárdate con alguna de tus amistades hasta que se calmen las cosas. Si necesitas dinero escíbeme pidiendo flores.

—De acuerdo, Comandante. Nada más le suplico que le manden mi quinta cada semana a mi esposa a la casa. Ella está a punto de dar a luz y no quiero que se ajetree mucho.

—Me da mucha pena Carlitos pero tú y Sáenz ya están dados de baja. Ya hasta quemaron sus papeles.

—Ésas son chingaderas, Comandante.

—Lo hicimos para protegerte y para protegernos. La cosa está muy dura. Pero descuida, se te va a seguir ayudando económicamente. Por ahorita te conseguí cinco mil pesos con los jefes.

—¡No mame! ¿Qué puedo hacer con cinco mil pesos?

—Cuando llegues a Campeche escíbeme y te mando una lana más.
—Dígale a los jefes hijos de su chingada madre que si no me mandan el dinero yo voy a regar la sopa. A mí no me van a agarrar de su pendejo, ¡qué poca madre!
—No, no cálmate, estate tranquilo.
—Qué tranquilo ni qué puta madre. O me cumplen o nos lleva la chingada a todos.
—Te vamos a dar 150 mil pesos siempre y cuando hagas lo que te digamos.
—Démmelos, ¡de una vez!
—Cuando regreses, dentro de un mes.
—Mire Comandante, si no, les armo un desmadre y riego toda la mierda pareja. A mí ya me dieron de baja, ya me llevó la madre. Como yo maté al muchacho, el del problema voy a ser yo pero le advierto que si es así nos va a llevar el carajo a todos. Yo ya no tengo gran cosa que perder.
—Tranquilo, Pérez, tranquilo...

14:06 Salazar te deja en Calkiní para evitar que la gente en Mérida pueda reconocerte. De ahí, aprovechando que tienes dinero, coges un taxi para que te lleve hasta la ciudad de Campeche.

Martes 19 de febrero, 1974

Al día siguiente de esta plática, martes 19, leo en el Diario de Yucatán la noticia del hallazgo de un cadáver, al parecer —dice— de un joven, a orillas de la carretera Peto-Chetumal, no lejos de la población de Carrillo Puerto... Llega el féretro en la madrugada del miércoles 20. La autopista incompleta de los legistas de Carrillo Puerto no detecta la herida de bala de calibre 22 que penetró en el rostro y causó la muerte. Los médicos de Mérida la descubren con un trabajo necrológico legal más profundo, y presentan un dictamen científico que merecía reconocimiento posterior de un eminente criminólogo.

Poco después del sepelio, a mediodía de esa fecha, llegan de México agentes federales, e intensifican un trabajo de pesquisas en coordinación con todas las policías de la península. Llamo al Coronel:

—Ya tengo informes del doctor Humberto Castro Montes de Oca, director de la escuela de Medicina: Charras fue muerto de un balazo. No se ahogó en ninguna cajuela como usted me informó. ¿Qué tiene que decirme de eso?

La cara de Gamboa me revela que tampoco a él le habían dicho la verdad. El hombre está bajo los efectos de un drama interno muy grave. Además, el giro de la opinión estudiantil es de protestas muy intensas contra él por los disparos a la fachada de la Universidad, independientemente de la exigencia justa de que se esclarezca la muerte de Calderón. La huelga estudiantil se generaliza.

Viernes 22 de febrero, 1974

21:47 Cuando Carlos llega a El Calamar Inquieto no ve a Rosa María por ninguna parte. Se sienta a tomar un trago en una mesa y se le acerca una de las chicas que ya lo conoce. ¿Buscas a Rosi? Está ocupada pero ya no debe tardar. Desde aquel viaje a Veracruz, Carlos había convertido a Rosa María en su querida. Caminando por las playas de Mocambo ella le habló un poco de su vida, Carlos atento, sin preguntar nada sobre su pasado. Sabía que le había confiado que tenía un

hijo. ¿De qué edad? Tiene siete años. ¿Cómo se llama? Alberto. ¿Vive contigo? No, con mi mamá, aquí en el puerto, por eso era tan importante que viniera. A veces pasa algunas temporadas conmigo. Carlos dejó de pagar por acostarse con ella pero, a cambio, cada vez que venía de Hoppelchén a Campeche, dos o tres veces por mes, le traía algún regalo para el muchacho y le daba dinero para que se lo mandara. En cuanto Carlos llegaba, Rosa María dejaba su trabajo y le dedicaba toda la noche. Muchas veces ni siquiera se quedaban en la zona de tolerancia sino que se iban juntos a la ciudad, al cine o a cenar al 303, al Miramar o a la Parroquia, según estuvieran de humor.

Ahora Carlos espera en compañía de Lucía, una mujer morena, alta, de Villahermosa, de tipo un tanto morisco, la mejor amiga de Rosa María, y la que le hizo aquella cosquilla cuando Carlos la conoció, hace más de un año. Carlos permanece en silencio, ensimismado, sin hablar y sin bromear con la simpática Lucía.

—Ahí viene Rosi —le dice ella y se despide.

Rosi viene sola. Camina con garbo, balanceando las caderas moderadamente. Viste un overol que le queda un poco flojo, sin blusa.

—Hola —saluda a Carlos y lo besa en los labios.

—Pide una botella y vamos a tu cuarto —le dice él sin más.

Ella obedece, va hasta donde Chungo atiende el bar, pide que le lleven una botella de Presidente a su cuarto y vuelve con Carlos.

—¿Qué tienes?

—No quiero ver gente.

—Ahorita me dices. Termina tu copa mientras yo escombro un poco el cuarto y Chungo manda la botella.

Cuando Chungo le avisa, Carlos va al cuarto; se sienta sobre la cama, sin mirar a Rosi. Sirve dos copas, le pasa una a ella y él apura la suya de un trago.

—Estoy que me lleva el carajo.

—¿Te sucedió algo?

—No quiero hablar de eso por el momento. Ven, acércate.

Al verlo tan tenso, Rosi se aproxima a él y se sienta sobre sus rodillas.

—A ver, cálmate —le dice y lo empieza a acariciar—. Acuéstate.

Carlos se tiende sobre la cama y ella empieza por quitarle los zapatos y los calcetines. Le abre el pantalón y se lo quita tirándolo por los tobillos. Le pide que se levante un poco y le desabotona la camisa. Ella se pone de pie y se baja los tirantes: Carlos tiene la impresión de ver a dos Rosa Marías, una que cae al suelo lánguida y otra que permanece de pie, desnuda, frente a él. Ella salta del overol, se quita los zapatos con los pies y se acuesta a su lado. Lo abraza, lo besa en el cuello. Pero a Carlos le cuesta trabajo dejarse ir, su mente se halla en otro lado. Se deja tocar, se deja hacer sin poner nada de su parte. La boca de Rosa María se convierte en una araña que recorre su cuerpo y teje su tela. Camina por su cuello, sube hasta su boca, se mete en sus oídos. Desciende. Los hilos de la tela empiezan a formarse. Ha logrado envolver la cara de Carlos y ahora descende por el pecho hasta el ombligo, Carlos siente las patas que recorren su cuerpo y un dolor que lo hiere al tiempo que le produce placer. La araña ha puesto la vista en su presa y se dispone a atraparla: tiende sus redes, avanza sigilosa, rodea a su víctima y empieza a ejercer sobre ella un poder hipnótico que la hace sentirse desamparada y desear ser poseída, devorada, consumida.

—¿Te sientes mejor? —le pregunta Rosa María.

—Mataron a Charras, uno de mis primos más queridos. Para mí era más que un hermano. Con él

crecí, con él viví muchos de los momentos más importantes de mi vida. Lo enterramos ayer. Lo asesinaron. Por eso te vine a ver: quería emborracharme contigo. Me siento de la chingada.

—Yo sé quién lo mató —dice Rosi en voz baja.

—No bromees con eso, por favor...

—Sé quién lo mató.

Carlos se incorpora y la mira a los ojos con una mirada cercana al odio.

—¿Me estás hablando en serio?

—Yo sé quién fue, el querido de la Vaquera. Se llama Carlos Francisco y se dedica a vender mariguana y a trabajar para la policía. Hace algunos días se puso una borrachera tremenda y empezó a gritar como loco delante de todos, yo maté al Charras, yo maté al Charras. Aquí vivimos en un mundito muy pequeño y casi no nos enteramos de lo que pasa afuera, pero la noticia de la muerte de tu primo salió en todos los diarios. La Vaquera lo trataba de calmar pero él estaba muy violento. Yo lo maté hijos de puta y a ver quién me lo va a reclamar porque capaz de que les meto otro balazo como a él, gritaba retando a la gente que estaba en las mesas cercanas. Yo lo maté, cabrones y qué. Y luego se quejaba de que quién sabe quiénes lo habían traicionado y quién sabe cuántas cosas más. Nadie hizo nada porque a leguas se veía que estaba muy borracho y dispuesto a hacer cualquier cosa. Hasta que Chungo con toda prudencia logró que se lo llevaran para su cuarto.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Aquí, en la zona, te digo que es el querido de la Vaquera.

—Me tienes que ayudar.

—No me vayas a comprometer, Carlos, por lo que más quieras...

—Rosi, ese hijueputa mató a alguien que yo quería más que a mí mismo de la manera más mierda que te puedas imaginar. No podemos dejar que se nos pele.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, pero tienes que ayudarme. Por ahora no le digas nada a nadie. Me voy a ir inmediatamente —dice poniéndose de pie— y volveré tan pronto pueda. Te juro que no permitiré que a ti te pase nada.

—Tengo miedo.

—No te preocupes...

18:35 El taxi te deja a dos calles de la zona. Caminas por la calle terregosa y sin pavimento y pasas por los muchos tugurios, cuartuchos y cantinas que abundan en el lugar. El Calamar Inquieto es el más grande de la zona. Entrás directamente y vas hasta el cuarto de la Vaquera. Tocas antes de entrar. ¿Quién? Yo, Carlos Francisco. Encuentras a la Vaquera pintándose las uñas de los pies, su pierna velluda subida sobre la cama, en pantaletas y sostén. Vengo de Mérida, le anuncias tratando de besarla. Pérame que se me va a correr la pintura. La miras paciente. Sacas un churro y empiezas a fumar. El frasquito púrpura relumbra como una flama sagrada en el cuarto. Ves el cabello largo y rizado de la Vaquera. Le cubre casi todo el rostro mientras se inclina para pintarse las uñas. Un halo de luz entra por la ventana e ilumina precisamente el lugar donde ella se encuentra sentada. Observas sus pies y te da risa ver cómo mueve los dedos, como si tocara un pequeño piano imaginario, cada vez que da cuenta de una uña. ¿Por qué no vas por una copa mientras acabo?, te propone la Vaquera. Vas rumbo a la barra. Mira nada más qué milagro, te dice Chungo en cuanto te ve. ¿Cuándo vamos a darnos otro tiro, Carlitos? Ya sabes que pago bien. Ahorita traigo lana de sobra para andar con mariconerías, le contestas. Bueno, ¿te puedo dar un

encarguito para México?, te pregunta. Te lo pago, como siempre. Ni madres, le dices, me voy a quedar unos días por acá güevoneando. Si salgo, a lo mejor, pero yo te aviso. Dame una botella de Don Pedro. Sacas tu fajo de billetes, lo que te resta de tus cinco mil pesotes, y pagas. Al fin que luego le vas a mandar pedir más a Salazar. Flores, qué ocurrencia, carajo. Ahora lo ignoras pero después te enterarás que los jefes te habían enviado veinticinco mil pesos y que Salazar se había chingado para él veinte y te había dado a ti sólo cinco. Qué mierda.

Regresas con la Vaquera. La encuentras con las manos extendidas soplándole las uñas y moviendo los pies. Empieza a hacerse de noche. Ven acá, le dices. Hasta que se me sequen las uñas, te contesta. Sirves un poco de brandy en un vaso y se lo pasas. La Vaquera lo recibe con los dedos extendidos. Bebe. ¿Qué te trae por acá? Estoy de descanso, dos o tres días. Traigo harta lana. Qué bien, ¿me vas a llevar a La Uva? Mañana, le dices. La Vaquera te sonríe, se pone de pie, te pasa los brazos por el cuello con los dedos extendidos. Te da un beso.

Domingo 17 de febrero, 1974

1:28 Estás en una de las mesas de El Calamar Inquieto. Ya has fumado dos o tres churros y entre la Vaquera y tú se han bebido toda la botella de Don Pedro. Están en la mesa cuando de repente ves que una mujer descalza, muy morena, sin dientes y con los cabellos revueltos, empieza a bailar frente a ti. Sus contoneos son grotescos, como si estuviera en un trance. Te mira y se detiene. Con los ojos fijos en ti se va aproximando poco a poco hacia tu mesa. La barbilla de la mujer casi toca su nariz. No es tan vieja pero la falta de dientes le da un aspecto siniestro y decrepito. Esboza una sonrisa con los labios cerrados. Un ingeniero, te dice, a usted lo mandó un ingeniero, ¿no? Un ingeniero te mandó matarlo. Sus ojos desaforados te miran intensamente. Tienes miedo. Dame un cigarro, te dice. Se lo das. Te pide fuego. Enciendes un fósforo y cuando lo acerca a su cara sonríe y gira los ojos como si hubiera escuchado tu voz interna. Ve tu vaso sobre la mesa y sin pedirte autorización se lo bebe completamente. ¿Un ingeniero, no? Te repite. Tú no lo mataste, lo mató el ingeniero. La mujer cacarea unas risotadas y se retira sin dejar de mirarte, sin darte la espalda haciendo aspavientos, girando el rostro como si escuchara las mismas voces que tú, voces que te dicen Charras, te busca el ingeniero, el ingeniero, el ingeniero te decía mientras se alejaba de ti poco a poco... Entonces decidiste contestar:

—¡Yo maté al Charras! ¡Yo le di en la madre! Saqué la pistola le tapé la cara con un pedazo de toalla para no verlo y que le suelto un balazo. ¡Yo fui, hijos de puta! ¡Y qué! ¿Quién me lo va a reclamar? Al que se atreva también le meto un balazo. ¡Marrufo! ¡Chan López! ¡Salazar! ¡Bola de culeros! ¡Nadie tuvo los güevos! Ni siquiera Sáenz que cargaba una 45 y que dicen que se ha echado a más de tres. Pero cuando llegó la hora se abrió también, dizque por su pistola. Cuando el viejo Néstor oyó el balazo, dijo “ese cabrón ya mató al muchacho, ya se lo llevó la chingada”. “Allá él”, le contestó Sáenz que ya antes me había dicho “estos lo que quieren es agarrarnos de pendejos”. A güevo, por eso ahora Salazar me salió con que ya estábamos dados de baja. Son chingaderas. A la hora de la verdad todos se culearon. Ni Chan que era el más sanguinario. Qué madrizas le vi ponerle a los pobres pendejos que caían en sus manos. Pero esa noche me dio la oportunidad de verlo como a un globo inflado de mierda. Y ahora me dan una patada en el culo. Pero a mí me la pelan. Yo lo maté, no lo voy a negar, fui el único cabrón que tuvo los güevos de cumplir las órdenes. Pero si me quieren chingar me voy a llevar a muchos entre las patas. Desde el Gobernador hasta el viejo idiota de Néstor. Yo lo maté. ¿Se dan cuenta? No es fácil ver a un tipo ahí amarrado y que te digan nada más así como así “chíngatelo”. Se necesita tenerlos bien

puestos para no dudar, se necesita tener cojones para mandar a un pobre cabrón a la mierda así como así. Porque la verdad es que yo ni conocía al Charras. Eso sí, el cabrón se sentía muy gallito pero conmigo se sentó. Creyó que me iba a asustar. Hasta un putazo me dio aquí, vean, me sacó una bolita, tienten. Pero por andar de machito se lo cargó la chingada, pobre cabrón para que ahora me salgan con esas chingaderas. Qué ingeniero ni qué la chingada, ¡fuimos nosotros!

Miércoles 20 de febrero, 1974

Esa misma noche del 20 salgo a México. Me urge informar al Ministro y al subsecretario. El licenciado Moya me recibe a las 10:30 pm y cuando pretendo informarle los tres nombres que el Coronel me había dado, él me muestra un papel en el que están escritos:

22:30 El principal autor, un tipo llamado Pérez Valdez cantó claro en una borrachera en un lupanar de Campeche. Ya está la policía federal tras él, ¡no sé cómo dejaron ir de Campeche a este individuo! me dice el Ministro.

XV. EL ARRESTO

Domingo 17 de febrero, 1974

11:26 Te levantas con la punzada en la sien. La Vaquera ya no está en la cama. No imaginas qué hora es. ¿Cuánto has dormido? ¿Es de tarde? ¿De madrugada? Te levantas, todavía mareado, con un poco de náusea, completamente vestido, tu pantalón arrugado, maltrecho. Te asomas a la puerta y miras al patio. Hay mucho sol. Vaqueraaa, gritas. Alguien te contesta que se fue al centro. ¿Qué hora es?, preguntas. Once y media, te contesta la voz de otra de las muchachas, dijo que volvía como a la una. Regresas al cuarto. Escribes una nota con el lápiz de cejas de la Vaquera: Pasa por mi al camarón y de ahí nos vamos a la uba. Lo colocas junto al espejo del tocador. Coges tu maletín y sales al patio. A pesar del calor intenso sientes tu cuerpo frío. Pasas cerca de la barra y encuentras a Chungo con los pantalones arremangados, descalzo, trapeando el piso. Hola rey, te dice en su tono amanerado, mira nada más qué cara. ¿Estaba muy pedo anoche?, preguntas. Quién sabe qué tenías pero empezaste a hablotear sobre tu trabajo y dijiste quién sabe cuanta barbaridad delante de las muchachas y de los clientes que estaban cerca de tu mesa. Puse a tocar al conjunto para que no te oyeran pero tú gritabas y amenazabas a todo el mundo. Parecía que habías visto visiones o quién sabe qué. Te pusiste muy pesado y hablaste de más. ¿Qué dije? ¿Que qué? Casi nada: que mataste al Charras. Así fue. Sí ninio, pero no lo digas. Dame una cerveza y ya no me estés chingando, que ya me siento bastante jodido como para recibir sermones. Dile a la Vaquera que me fui al hotel. Que pase por mí para que vayamos a comer. Caminas hasta tu hotel con tu cerveza en una mano y tu maletín en la otra.

¿Cuántos días te vas a quedar?, te pregunta doña Toya en cuanto te ve. No lo sé. Pus tienes que decirme porque necesito saber de cuántos cuartos dispongo. Dos, tal vez tres días. Muy bien. Ten, dice y te pasa una toalla, anota algo en su libreta y te dice, vete al cuarto del fondo que es el que te gusta por el baño. Vas por el pasillo. Los cuartos están separados por una especie de biombos que no llegan hasta el techo. Por las noches se oyen los ronquidos, los jadeos, las risas y los pleitos de los huéspedes, casi todos hombres que van a la zona y que se meten con putillas que aún no disponen de un cuarto fijo.

Te das un regaderazo. Te afeitas. La punzada persiste en tu cabeza como un latido de dolor que te atraviesa la mitad del cerebro. La cerveza te ha calmado un poco la náusea pero aún te sientes con el cuerpo laxo, sin fuerza. Te acuestas a dormir. Gustavo, un condiscípulo de tu escuela en Mérida, que fue tu íntimo durante casi toda la primaria y cuya familia te cuidó y protegió durante algún tiempo, está afuera del cuarto oscuro en donde te encuentras encerrado como castigo por haberle clavado la punta de un compás a tu compañero de banca. Gustavo se acerca a la puerta y toca con la clave que existe entre ustedes para comunicarse: no tengas miedo, te dice. Yo te voy a ayudar. De pronto ves una gran llamarada frente a la puerta, es la llamarada de un coche que alguien ha quemado en la carretera. Gustavo pasa en medio del fuego sin quemarse y acude en tu

ayuda, para sacarte del recinto oscuro en el que te encuentras castigado. Cuando logra acercarse a ti, le empiezas a dar golpes en la cabeza pero cada golpe que le das te duele a ti y cuentas uno, dos, tres. Tocan en tu puerta.

13:24 ¿Te desperté?, pregunta la Vaquera. Me siento un poco mal, contestas. Qué bruto, es que anoche bebiste y fumaste como loco. ¿Vamos a comer? Yo no tengo hambre pero vamos. Caminan hasta la avenida y ahí toman un taxi que los lleva por el malecón hasta Lerma.

14:16 La regaste, Carlos. Estabas vuelto loco. Estuviste gritando por todos lados que tú mataste al Charras, te comenta la Vaquera en el restaurante. La Uva es un lugar rústico, frente al mar, especializado en mariscos. Ustedes están sentados afuera. El viento sopla. Tienes la camisa sudada por el calor que hacía en el taxi pero ahora la brisa te pega en la espalda y te vuelve a hacer sentir el cuerpo destemplado ¿De veras me porté muy mal? Dijiste muchas pendejadas comprometedoras. Estabas como loco. Es que lo que me están haciendo son chingaderas. Pero no debes hablar así. ¿Sabes? Me voy a ir a México hoy en la noche. Voy a buscar al amigo con el que estaba soñando cuando llegaste.

18:30 Así que partes en un ADO hasta la Ciudad de México. Viajas durante toda la noche y te hospedas en un hotelucho del barrio de Tlatelolco. Es ahí donde verás, dos días después, el retrato hablado que te sacarán en los diarios y del que ya te había hablado el comandante Salazar. Te quedarás unos días en México sin dar con tu amigo. La ciudad te creará un sentimiento de opresión que te va a resultar intolerable. Cansado, terminarás por decidir volverte a Campeche.

Le informo (a Moya Palencia) de todas mis diligencias y de la forma en que se halla la situación. Luego, insisto en renunciar, y muestro al secretario de Gobernación el borrador del escrito respectivo al Congreso del Estado. Me disuade con una caballerosidad y una decencia que resultan, en aquel momento, la única solidaridad humana reconfortante que recibo. No podía yo hablar claro de estos asuntos, mientras los presuntos responsables no estuvieran en manos de la justicia. Sólo a Moya a Gutiérrez Barrios les informaba todo:

—Ustedes retengan en Mérida, en disponibilidad, a la plana mayor de su cuerpo de seguridad. Procure que atrapen al autor material y cómplices, y siga llevando el peso de las investigaciones. Sé que es muy duro lo que está usted pasando y que no tiene la culpa. Pero ni modo, estas cosas así son —me aconsejan.

Un comandante de zona decente y recto, excelente soldado, el general Arturo Ochoa Palencia, actúa en tanto con discreción y efectividad para evitar desórdenes. Hasta donde cabe, y sin lesionar a nadie, se mantienen las garantías a los ciudadanos, y las protestas y escándalos se limitan a los edificios universitarios “tomados” y ocupados día y noche por agitadores de fuera y por líderes locales. Las manos políticas de mis conocidos enemigos comienzan a regar dinero.

No interrumpo mi trabajo en palacio. Atiendo a comisiones, inauguro carreteras, discuto con jóvenes, despacho en la Procuraduría, cuido a mi policía preventiva, acuerdo todas las noches con los agentes federales y locales que están investigando; y celebro audiencias confidenciales con dirigentes estudiantiles que tratan de detener la marcha de la agitación.

El martes 26 asisto a la tercera, interminable junta sobre la leche, en Los Pinos, y luego hablo brevemente con el Presidente acerca del asunto de Yucatán. Él está informado y

preocupado. Me manda actuar enérgicamente, y dentro de la ley. Vuelvo a Mérida y sigo afrontando violencia y amargura.

Se agiganta mi responsabilidad después de aquella plática. Concluye febrero. Qué terriblemente largo ha sido...

El 5 de marzo regreso a la capital, hablo con el secretario y subsecretario que me sugieren seguir con mucha calma mi actuación, y como en el Club de Banqueros con el eminente criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón, viejo amigo mío a quien ruego intervenir en la investigación. No le anticipo todo lo que sé; pero le muestro sutilmente el camino.

Jueves 21 de febrero, 1974

16:10 Carlos llega a El Calamar Inquieto en busca de Rosa María. Ella lo recibe contenta pero nota de inmediato que el rostro de Carlos es adusto y muestra rasgos de preocupación.

—¿Qué te pasa?

—Necesito que me ayudes —le dice Carlos en un intento de explicación.

—¿Cómo?

—Que declares ante la policía.

—Si lo hago no voy a poder volver a trabajar aquí. Me van a tachar de culera, de soplona. Nadie me va a volver a hablar.

—Te lo suplico, por lo que más quieras —dice Carlos y mete la mano en su bolsillo—. Lo que vas a hacer es un acto de justicia. No te van a maltratar. Sólo quiero que les digas lo que me contaste la otra noche.

—Pero a mí me va a afectar, va a afectar a mi hijo. No podré volver a Campeche.

—Ten —dice Carlos y saca diez mil pesos—, toma este dinero, te lo doy para que declares. Te prometo que luego te ayudo para que te coloques en Mérida o en Villahermosa.

Se oye un toquido en la puerta. Carlos baja los ojos. Rosi abre y ve ante sí a dos hombres.

—¿Señorita Rosa María Hernández?

—Sí, señor...

—Somos de la judicial —dice uno de ellos identificándose—, haga el favor de acompañarnos.

—¿A dónde?

—A declarar lo que sabe del caso Charras.

—Ya me diste en la madre —le dice ella a Carlos.

—¿Me permite arreglar un poco de mi ropa y llevarme un suéter?

—No se tarde —responde el agente consultando su reloj.

Rosa María le lanza a Carlos una mirada dura; mete sus cosas en la maleta que tiene junto a la cama, se cambia de zapatos, arregla su bolso y se coloca un suéter sobre los hombros. Sin decir palabra sale del cuarto. Lo cierra con llave.

—He aprendido mucho el día de hoy —le dice a Carlos que la ve alejarse en compañía de los dos agentes mientras él se queda pensativo con los ojos fijos en el piso.

Domingo 24 de febrero, 1974

—Nada más muévete, hijo de la chingada, muévete un poquito para sorrajarte un balazo en la cabeza como el que le diste a Charras —te dice Jorge Zubieta apuntándote con una 45 desde el asiento de adelante.

Vas en una camioneta, esposado y custodiado por dos agentes de la judicial de Campeche. Hace tres días te detuvieron. Cuando llegaste a El Calamar Inquieto en busca de la Vaquera, te esperaban. Tuviste mala suerte, una vez más. Muchas veces, antes de ir a ver a tu querida pasabas primero al hotel a dejar tus cosas, a darte un regaderazo y a veces hasta dormir una siesta. De haberlo hecho así en esta ocasión doña Toya te habría entregado la nota que te dejó la Vaquera: “una jarocho aquí te delató y desde *hace días* te esta *buscando* por aquí la *polisia* no vuelvas por aquí y andate fuera y cuidate.” Pero no. Llegaste en un taxi hasta El Calamar y en cuanto entraste viste reflejada en los ojos de Chungo la advertencia de un peligro. Apenas lo saludaste dos tipos se acercaron a detenerte con todo lujo de violencia. Chungo logró llamar a la Vaquera y ella alcanzó a despedirse de ti llorando y diciendo, ya ves, te lo dije, te lo dije.

La actitud de los agentes de Gobernación encuentra la ubicación, por fin, del autor material. El viernes 8 de marzo me llama el subsecretario Gutiérrez Barrios y me cita para el día siguiente. Voy en la mañana del sábado 9 a México. Tanto don Fernando como el licenciado Moya me dan precisas indicaciones. Una línea de conducta señalada por el gobierno federal: justicia y esclarecimiento pleno. Consignación de todos los responsables; y ponen el asunto en mis manos. Mario me trata con subrayada amabilidad. Mucho tiempo después me diría.

—Le traté con tanta fineza para que no pensara usted que le estábamos mandando al matadero. Exigimos de usted más de lo que ordinariamente se demanda de un ser humano.

Y Gutiérrez Barrios exclusivamente me despidió con estas palabras:

—Su paquete, señor Gobernador.

Los agentes de la policía judicial de Yucatán tuvieron en sus manos al presunto autor material, (Carlos) Francisco Pérez Valdez, el lunes 11 por la tarde. Yo nunca lo he visto en persona. Me llevaron su fotografía. Cuando los agentes me avisaron que lo tenían en su poder, ordené ingresarlos al piso superior de la Penitenciaría. Di instrucciones al alcaide para acondicionar las estancias de ahí a fin de que pudieran reunirse los presuntos inodados en calidad de detenidos, y a disposición de los investigadores federales.

Estás más solo que nunca. Yucatán te ha abandonado a tu suerte. Declaras sin oponer resistencia. Te interrogan durante dos o tres días en Campeche al final de los cuales Zubieta y los agentes de la Federal te meten a una camioneta para llevarte a la Ciudad de México. En la caseta de Puebla, antes de entrar a la ciudad, la camioneta donde vas se detiene junto a un vehículo de la Federal de Seguridad. Unos tipos se identifican y Zubieta te entrega a ellos. Ahí mismo te encapuchan, te esposan las manos por detrás y te llevan detenido a quién sabe dónde para un nuevo interrogatorio con el capitán Otero de la Federal de Seguridad. Te retienen ahí durante trece o catorce días. Te han dado trato de criminal. ¿Pues qué esperabas? Te han tenido encerrado en una bartolina, aislado de todos, interrogándote cada cierto tiempo durante días. Ahora, sin embargo, las cosas cambian un poco. Otero te manda a llamar a su oficina una tarde.

—¿Cómo se siente? —te pregunta.

Alzas los hombros en un gesto de desdén.

—No se preocupe, ya pasó lo peor. Lo vamos a regresar a Yucatán.

—¿Detenido? —te atreves a preguntar.

—No lo sé. Depende de su Gobernador. Él también está inmiscuido en esto así que esté tranquilo. Él se va a ocupar del caso.

—No sé si me conviene.

—De todos modos tenemos que volverlo para allá. Ésas son mis órdenes. Usted ya no repita nada de lo que dijo aquí y acate las órdenes de su Gobernador. No hable con nadie más que con él.

Un mediodía, tres o cuatro días después de esa conversación, te sacan de tu celda, te encapuchan otra vez y te llevan a la planta baja del edificio. Te suben a un coche sin darte mayor explicación. Transitan por la ciudad. Escuchas el ruido constante de los aviones a medida que avanzan. Eso te hace suponer que van por el rumbo del aeropuerto. El automóvil se detiene. Te bajan, te jalar e intentan subirte a otro vehículo. Como vas encapuchado se ven forzados a cargarte. Te han subido a un avión. Alcanzas a ver la alfombra verde del vehículo por debajo de la capucha y los asientos de cubo de color negro. Entonces no lo sabes pero luego te enterarás de que van en el Huay Pop, el avión de Loret de Mola.

—Ahora te vamos a hacer cantar otro son —te dice uno de los agentes.

—Sólo voy a hablar con el Gobernador —contestas—. Ésas son las instrucciones que recibí del capitán Otero.

—De todos modos en Mérida te van a partir la madre —te comenta alguien más.

Oyes que la torre de control establece contacto con el avión. Les dan la señal de salida y sientes que el avión avanza sobre la pista, acelera y levanta el vuelo.

—Que no te asusten —te dice otro de los agentes hablándote al oído.

Escuchas la conversación de los agentes que te custodian en el avión. Son gente como tú, acostumbrados a cumplir órdenes sin chistar; te reconoces en ellos, en sus bromas, en su manera de hablar, en sus temas: el trabajo, las viejas, los deportes. Incluso te dan ganas de participar en lo que dicen. Sabes que formas parte del mismo mundo, pero te contienes. Ahora estás del otro lado del poder, estás en sus manos. En la radio oyes que están volando sobre el aeropuerto de Villahermosa. Siguen de largo.

—No vamos a bajar en el aeropuerto internacional —le dice el piloto a uno de los agentes.

—¿Entonces dónde?

—En el Fénix.

—Claro, no nos conviene que nos vean con este hijueputa. Lo está buscando medio Mérida.

El avión empieza a descender. Da dos o tres vueltas en círculo antes de tomar la pista. Aterrizan con un poco de brusquedad. Abren las puertas. Sientes el golpazo del calor. Oyes que los demás se bajan y te dejan en tu asiento, esposado y encapuchado.

—No te muevas de ahí hasta que se te ordene —te dicen.

Otra vez solo. Los pilotos apagan las turbinas y salen. Sin el aire acondicionado el calor se apodera de inmediato del avión. Los agentes están afuera. Sabes que te vigilan. Los oyes. Seguramente se han refugiado en la propia sombra del avión. Sudas a raudales. Sientes las gotas de sudor que corren por tu cara y caen sobre tu cuerpo. Tienes la capucha y la camisa empapadas, como si te hubieran echado un cubo de agua encima. Las esposas te lastiman las muñecas. Tienes las manos adormecidas. No te imaginas lo que te espera.

—Bájlenlo —oyes que ordena alguien.

Suben dos personas, te desabrochan el cinturón de seguridad, y te sacan del avión.

—¿Por qué lo traen así? —escuchas que dice alguien de voz vieja y cascada—. Este muchacho no es un delincuente, es un servidor público.

Para tu gran alivio te quitan la capucha empapada de sudor y te liberan de las esposas. Te sobas las muñecas y extiendes y retraes los dedos. Cuando te acostumbras a la intensa luz del lugar ves a un hombre viejo, calvo, con evidente dentadura postiza. Después sabrás que se trata de Alfonso

Quiroz Cuarón.

De algo tuve buen cuidado: de que el preso no fuera interrogado ni viera a nadie antes que a Quiroz Cuarón y a Abreu Gómez, dos criminólogos de una alta moral y de una técnica impecable. Les llamé a mi casa cuando tuve noticias de que ya estaba en la Penitenciaría. Les dije todo lo que les faltaba por saber y concluí:

—Les ruego interrogar al detenido, presunto autor material, que está en la Penitenciaría a disposición de ustedes. Quiero Alfonso que tú seas testigo de gran calidad de lo que diga sin presiones, sin amenazas, bajo un interrogatorio de altura científica y con todas tus luces de psicólogo.

—Estése tranquilo —te dice Quiroz Cuarón luego de que te suben a una camioneta azul—. Lo vamos a llevar a la Penitenciaría pero va a estar usted solo y a salvo. Vamos a tratar de arreglar las cosas de la mejor manera posible para que nadie salga perjudicado.

Llegas a la Penitenciaría de Mérida. Te suben al segundo piso. Las ventanas de tu celda están tapiadas con madera para impedir que la gente pueda verte desde afuera. Todo se hace con orden, sin violencia.

—Como ves, te estamos protegiendo —te dice Quiroz Cuarón—. Éste es un asunto político y cualquiera te puede matar. Por eso te vamos a asignar a dos agentes para que te cuiden. Cuando oigas que alguien toca, métete al baño y que abran tus agentes. Aquí no debe entrar nadie más que nosotros. Ven, ahora siéntate y cuéntame qué pasó con Charras.

—No voy a decir una palabra hasta que no hable con el Gobernador —contestas escéptico esperando una reacción violenta de parte de Quiroz. Imaginas que va a llamar a alguien para que te caliente y empieces a hablar. Pero contra lo que esperas, Quiroz Cuarón recibe tu respuesta con paciencia y sin alterarse. Calmado se vuelve hacia sus ayudantes y ordena:

—Comuníqueme a la oficina del Gobernador.

Le obedecen de inmediato y en cuestión de minutos el Gobernador está en la bocina. Quiroz te pasa el teléfono.

—¿Cómo estás tocayo? —te pregunta el Gobernador.

¿Tocayo? ¡Tocayo! Ah, sí claro: —Más o menos, señor —contestas por fin.

—Mira, el doctor Quiroz Cuarón está aquí para ayudarnos a todos, a ti, a mí y a los que estamos metidos en este lío. Dile cuanto tengas que decirle y sigue sus instrucciones al pie de la letra. Quiroz es mi amigo desde hace años y es de mi absoluta confianza. Como es un criminalista de muchísimo prestigio lo que él dictamine será irrefutable. Él es la persona más indicada para ayudarnos, tocayo. Así que habla con él, por favor, coopera que yo voy a estar al tanto del asunto. Te vamos a cuidar, no te preocupes de nada.

Cuelga.

Miras la cara decrépita del doctor Quiroz Cuarón. Te sonrío, te pone una mano sobre el muslo te dice:

—Ahora sí mi muchachito, vamos a empezar por el comienzo.

A media noche regresaron a mi casa, tras haber interrogado a Pérez Valdez durante más de tres horas. Traía Quiroz su libreta colmada de apuntes. Repasándolos me relató los sucesos tal y como se los había contado el presunto, es decir, como aparecerían luego en el expediente judicial integrado. En efecto: el homicida dijo que de la policía lo llamaron y le ofrecieron

trabajo comenzando con la detención arbitraria de Charras para llevarlo fuera de Yucatán y “asustarlo”; pero el que “asustó” a Pérez Valdez fue Charras, por lo que aquél, al abandonarlo en el monte, y por temor a ser denunciado, en un arranque de desesperación, le disparó un tiro en la cara, tapándosela, para no ver el rostro de la víctima con una toalla. Pérez Valdez, acosadoramente interrogado por Quiroz, afirmó y ratificó que los jefes policiales de quienes recibió órdenes jamás le ordenaron matar a Calderón.

XVII. LA NOCHE

Nadie salvó tú sabrá a ciencia cierta todo lo ocurrido durante aquella noche. Después se correrá el rumor de que no fue entonces, sino días después, y no en Quintana Roo sino en Yucatán: en unas bodegas abandonadas cercanas a la ciudad de Mérida.

Miércoles 13 de febrero, 1974

23:39 —Pásame un poco más de esa motita —oye que dice el flaco de la pistola.

Silencio. Charras se halla tirado en el piso de la parte de atrás del automóvil; uno de ellos lo sujeta de las manos con todo el peso de su cuerpo sobre él. El tipo que va adelante le da un jalón al cigarro y exhala. Charras siente el olor a petate quemado.

—¿Qué me van a hacer? —pregunta.

—Nada —le contesta el flaco que dirige la operación reteniendo el aliento—. Pórtate bien y verás que no te pasa nada.

—¿Quién los mandó?

—El ingeniero —responde riéndose—, ¿no es cierto, camaradas? Nos dijo que te lleváramos con él porque eras ojete —comentó volviendo a reír—. ¿Verdad, camaradas?

Los otros dos tipos no contestan. El que hace de chofer celebra los chistes de su compañero que funge como cabecilla pero no hace comentario alguno. El viejo que lo tiene sujetado contra el piso hiede a sudor y alcohol pero ni siquiera ríe de lo que dice el flaco que, desde el asiento de adelante, amaga a Charras con la pistola.

—Ustedes son de la policía.

—¡No! —contesta violento el flaco—. Somos de Veracruz, ¿verdad camaradas? —dice tratando de recuperar la compostura.

—Son yucatecos, ya los oí. Además a ti —dice dirigiéndose al flaco— te vi ayer en la oficina de Gamboa. Vi cómo te me quedabas mirando.

Charras logra levantar un poco la cabeza. Por los postes de luz y los anuncios, se da cuenta de que aún no salen totalmente de la ciudad. El viejo que lo sujeta apoya todo su peso sobre él. El flaco de la pistola mira hacia adelante. Charras decide arriesgar. Concentra toda su fuerza y logra mover al viejo. Empieza a tirar patadas y a dar golpes.

—Este hijo de la chingada ya se está alebrestando — dice el flaco que intenta pasarse para atrás cuando Charras logra asestarle una patada en la boca—. Hijo de puta, me las vas a pagar — le dice, y le da con el cañón de la pistola en la cara.

Charras pierde momentáneamente el sentido. Cuando vuelve en sí siente que sangra de la ceja. El flaco tiene puesto un pie sobre su cabeza. El viejo lo sujeta con las manos por detrás.

—¿Qué pendejo eres! —le grita el flaco al chofer—. ¡Vas sobre los Itzáes! ¡Salte a la carretera

si no quieres que nos lleve la chingada!

El automóvil se detiene. Están frente a un semáforo en alto. Charras sabe que no puede desaprovechar la oportunidad aunque ignora si hay coches cerca de ellos.

—¡Auxilio! —alcanza a gritar—. ¡Auxilio!

—Sube los cristales —ordena el flaco— y pon el radio a todo volumen. Y tú, hijo de puta —le dice a Charras—, cállate o te mato aquí mismo.

La oscuridad indica que ya han tomado la carretera. No ve más luces. La sangre sigue manando de su ceja. Siente un charco bajo su rostro embadurnado.

—Parece que ya se calmó este gallo —dice el flaco y se vuelve a pasar al asiento de adelante—. Dame otro cigarro —le indica al chofer.

El olor a hierba quemada vuelve a sentirse. Charras ignora hacia dónde van. Cerca de la ciudad hay muchos pueblos pero una vez que se alejan pueden recorrer kilómetros sin que encuentren un alma en el camino. La mirada del flaco se le quedó grabada desde su entrevista con Gamboa. A los otros dos no los conoce. Seguramente estaban ahí ese día pero sólo se acordaba de la mirada torva del flaco. Uno es un viejo recio, moreno, callado, de bigote. El otro, el que va manejando, es un gordo, también con cara de hijo de la chingada. Vuelve a ver postes de luz pero ahora el automóvil no se detiene ni un momento así que él permanece callado. Vuelven a entrar a lo oscuro. Se alejan de la población.

—Párate aquí —ordena el flaco.

El coche se estaciona junto a la carretera, en la cuneta. Apagan las luces. Abren las puertas, Charras deja que lo saquen. La noche está oscura. Respira profundamente, tiene la cara apergaminada de sangre seca. Ve hacia el firmamento: la luna se halla en cuarto menguante como si alguien le hubiera asestado una puñalada al cielo. El viejo lo sujeta de los brazos por detrás. El flaco se ha bajado primero y lo espera apuntándole con la pistola junto al gordo que hace de chofer. El viejo lo pone frente a ellos y sin más el flaco le tira una patada a Charras en los testículos que lo hace doblarse de dolor y caer.

—Amárralo —ordena el flaco.

El chofer aprovecha que Charras está tirado para pasarle las manos por detrás y sujetarlo de las muñecas con tela adhesiva. También lo amarran de los pies. Mientras, el flaco aprovecha para darse otro toque y, con el mismo cerillo que enciende su cigarro, quema la tarjeta de circulación. Cuando el chofer termina de amarrarlo desatornilla las placas del automóvil; las cambia por otras.

—Saca los garrafones de gasolina y el gato de la cajuela —le dice el flaco al viejo—. Ponlos en el asiento de atrás.

Entre el viejo y el chofer cargan a Charras y lo meten a la cajuela.

—Suéltenme y les doy doscientos mil pesos —les ofrece Charras—. En mi agenda tengo una carta a mi madre. Léanla. Yo sabía que estaba en peligro. Lo sabían también mi mamá y mi hermano. Lleven esa carta a la casa de antigüedades que está en la esquina de Paseo Montejo, junto a la gasolinería, y pregunten por Urbina; él les va a dar el dinero sin mayor averiguación.

El flaco se le queda viendo durante un momento.

—¿Me quieres ver la cara de pendejo? —le dice y de inmediato cierra la cajuela.

La oscuridad es total. Se han alejado de la ciudad y no tiene idea de qué rumbo llevan. Desde la cajuela oye la voz del flaco que, eufórico, ríe y bromea.

—¿Oíste? Me ofreció doscientos mil pesos. ¿Te imaginas? Dice que trae una carta en su agenda. A ver, pásamela... Aquí está, se las voy a leer...

Charras nota que prenden la luz del interior del coche. Escucha sus propias palabras leídas en

voz alta en tono burlón. El flaco lee y ríe a carcajadas; de súbito se interrumpe y dice:

—Esto no me está haciendo ninguna gracia. Vamos a mandarla a la mierda... aquí no dice nada de ningún dinero ni del tal Urbina.

Charras escucha un nuevo acceso de risa del flaco.

Jueves 14 de febrero, 1974

0:46 Charras dormita: ve a sus hijos, dos varoncitos y una niña. La chiquilla salió pelirroja, como su suegro. Luego se ve a sí mismo: debe tener trece años y está en el jardín de su casa, solo, cuando oye una voz que canta con alegría contagiosa en el jardín de al lado: es Ama Novelo, una muchachita un poco más chica que él. Canta mientras trabaja lavando la ropa de los vecinos. La alegría de su canto se convierte en su primera sensación del amor. Diez años después: se ve en compañía de todos sus hermanos, de su madre y de su cuñado: sentados en una mesa: Charras ocupa la cabecera, de traje y corbata, orgulloso, feliz, satisfecho ante su madre, en aquella época en la que todavía ninguna sombra oscurecía su camino. Acapulco: es de noche, van caminando por la costera él y su primo Carlos. Carlos ha bebido mucho y quiere pelearse a golpes con él. Charras trata de calmarlo. Carlos insiste y empieza a tirar de golpes. Charras levanta los brazos: no está dispuesto a responderle un solo golpe. Terminan llorando juntos, Carlos pidiéndole perdón por haber sido tan estúpido por tratar así a alguien que quería más que a un hermano. Acapulco, otra noche de borrachera. Mito Barrera le dice que le tire un golpe. Charras le dice que no le pida eso porque si insiste se lo va a dar, ya lo conoce. Barrera se enterca: órale no seas maricón pégame a ver si te atreves. Charras le tira un golpe en el estómago y lo deja doblado de dolor. Cuando Barrera logra levantarse, le dice “pegas duro, cabrón”, y los dos se echan a reír en absoluta camaradería.

1:02 El auto se detiene. Oye voces. Alguien les dice que la calavera de atrás está fundida. Huele a gasolina. Están cargando el tanque. Grita, pide ayuda pero no sabe si su voz se alcanza a oír. Se siente cansado, tiene calor y mucha sed. Vuelve a quejarse. Parece que nadie lo oye. El coche se vuelve a poner en marcha y avanzan. Se empieza a sentir mal.

—Por favor, muévanme, me siento muy entumido sáquenme un momento, no puedo respirar... —les dice a sus raptores.

—Ya cállate cabrón que lo que queremos es que te ahogues ahí dentro —le grita el flaco que vuelve a reír estrepitosamente.

Al poco rato el coche se detiene. Abren la cajuela. Charras siente el fresco de la carretera. Respira hondo. Siente un poco de alivio.

—Estoy muy entumido... no puedo respirar...

—Pásalo un rato al asiento de atrás —ordena el flaco, no se nos vaya a ahogar...

Lo sacan cargado; cambian otra vez los bidones a la cajuela y lo avientan al asiento del automóvil. El cambio de posición lo ayuda aunque no puede moverse. El viejo vuelve a sentarse junto a él.

1:03 —Ya estamos cerca de Valladolid —comenta el chofer.

—Cuidado —comenta el flaco— es carretera federal y a la entrada de la ciudad hay siempre una patrulla.

—¿Nos paramos?

—Pégate aquí junto a la carretera mientras reviso las llantas y veo si puedo arreglar la calavera.

El flaco se baja. El que viene de chofer se voltea y les dice:

—Te metiste en muchas honduras.

—¿Qué me van a hacer? —pregunta Charras.

—Todavía vamos a pedir instrucciones.

—¿Son órdenes del Gobernador, verdad?

—Nosotros no tenemos nada contra ti. Ni te conocíamos hasta que Chan, tu vecino, nos dijo quién eras.

—Sí, a Chan también lo vi anoche.

—Listo —dice el flaco—. Pásenlo otra vez a la cajuela y cuidadito con gritar cabrón porque me voy a cobrar una por una las que me hagas —le dice tomando a Charras de la mejilla y dándole una palmadita—. Pásame la tela adhesiva.

El flaco le cubre la boca. Lo vuelven a meter a la cajuela. Otra vez la oscuridad, la falta de aire, el cuerpo inmovilizado y entumido. Respira con esfuerzo. Silencio. Tal parece que el flaco, que es el que más habla, se hubiera echado a dormir. El automóvil baja la velocidad. Deben haber entrado a Valladolid. Al poco rato se detienen. Oye que dan dos, tres portazos. Se bajaron los tres. Charras se queda solo en la cajuela del coche. Escucha algunas voces y el tenue ruido de la calle. Es de madrugada. Alcanza a oír un rumor de música de algún radio. Tal vez ésta sea su última oportunidad de pedir ayuda. Como no puede gritar se queja con la boca cerrada: un zumbido que sale directamente de sus pulmones, de su garganta, de sus labios cerrados: exhala largos lamentos, se calla durante un rato y vuelve a empezar. Una de las señoras que venden panuchos en la plaza de Valladolid comentará tiempo después que ella oyó que alguien se quejaba en la cajuela de un coche azul estacionado en la plaza.

Charras, Charras, Chan. Charras, Charras, Chan. Chan, Chan, Charras. Chan, Chan, Charras...

1:52 —¿Está el comandante Chan? —preguntas en el teléfono de la fonda donde se detuvieron a cenar—. Tuvieron que identificarse como policías para que les permitieran llamar de larga distancia.

—No. ¿Quién le busca? —te contesta la voz adormilada de una mujer.

Qué raro, piensas. Quedó que esperaba mi llamada.

—Soy de la policía, señora. Pérez Valdez, ¿no sabe a dónde fue?

—No, ¿pero quiere dejarle algún recado?

—Sí, dígame que hablé y que “treinta y cinco” con la primera parte. Nada más eso. “Treinta y cinco con la primera parte.” ¿Lo apuntó?

—Ya lo anoté. Tan pronto llegue le doy su recado.

—¿Qué transa? —te pregunta Sáenz.

—No lo encontré.

—¿Entonces?

—Vamos a seguirle.

Te sientas a comer. Piden cervezas y varias órdenes de panuchos y de salbutes. Devoras siete, ocho. Pides dos órdenes más. La marihuana te ha producido hambre y sed. Piensas en Charras. Que se joda el cabrón, quién lo manda andar de revoltoso. Ves comer a Sáenz. También devora como energúmeno. En cambio el viejo Cruz come sólo dos o tres antojitos pero a cambio se toma

varias cervezas.

Rufo, tufo, Marrufo, Rufo, tufo Marrufo. Boa, boa Gamboa. Boa, boa. Gamboa...

3:03 Se vuelven a subir al Dart, Sáenz al volante, y se enfilan rumbo a Carrillo Puerto. Tal parece que Charras se ha quietado.

—Nos están siguiendo —te comenta Sáenz.

—Métele —contestas y volteas: a lo lejos distingues un par de luces que se aproximan a toda velocidad.

—¿Quién podrá ser? —te pregunta Sáenz.

—Nos vale madres, tú acelera. No nos conviene tener a nadie cerca.

Sáenz le mete al acelerador. Van a ciento sesenta. La carretera es más o menos recta pero abundan los columpios. A veces entran tan rápido que la parte de abajo del automóvil pega en el asfalto sacando chispas. A medida que más aceleran se dan cuenta que el otro coche también sube la velocidad para no perderlos. Sacas la 22; te preparas.

—Estate listo —previenes a Sáenz que saca su 45 y la pone sobre el asiento—. Donde tengas oportunidad párate y vemos qué chingaos.

Frenan con motor y se detienen a un costado de la carretera. Con las pistolas a la mano se bajan y aguardan parapetándose tras las puertas abiertas del automóvil. El viejo Cruz se oculta tras la cajuela. El vehículo que los seguía se ha detenido también. Eso te hace desconfiar más aún.

—Sacá otro churro. Para agarrar valor —le dices a Sáenz.

Están a la expectativa: con la vista clavada en los faros del coche que los seguía y las pistolas listas para disparar mientras tú y Sáenz consumen el pito de mota.

—¿Será un coche o una camioneta? —le preguntas.

—Quién sabe. Sólo alcanzo a ver las luces.

—Arranca sin prender los faros —le dices—. Cuando yo me suba sales a toda velocidad. Hay que deshacernos de este hijo de la chingada ya. Si nos agarran con él capaz de que nos linchan.

Sáenz obedece. Pone el motor en marcha y cuando estás listo avanzan con cuidado. No pueden ir muy rápido pues aunque hay un poco de luna no se alcanza a ver bien. Descienden una loma y prenden los faros. Entonces Sáenz pisa el acelerador a fondo, a todo lo que da el Dart. Rebasan los ciento sesenta. Volteas: parece que han logrado sorprender a los que los seguían: ya no se ven sus luces.

—Métete en la primera vereda que encuentres y mientras Néstor y yo lo bajamos, tú nos cubres.

Sáenz frena súbita, violentamente. Las llantas rechinan. El coche se patina, se colea, pero finalmente Sáenz logra controlarlo. Mete reversa y se interna en una desviación. Cuando van a salir el viejo Cruz y tú vislumbran una vez más las luces en la carretera que se acercan.

—Apaga tus faros —le dices a Sáenz.

El vehículo que los sigue ha bajado una vez más la velocidad. Se mantienen a distancia. Parecen haberlos localizado de nuevo.

Te bajas del coche con la pistola en la mano. El viejo Cruz se baja también con cuidado, agachándose. Sáenz se parapeta tras la puerta del lado del volante y aguarda a la expectativa: sostiene con ambas manos su escuadra 45 para evitar la patada del arma y apunta hacia el vehículo que ya se acerca a ustedes.

Miércoles 13 de febrero, 1974

Querida Lupita:

Hoy me desperté pensando en ti y me dije: si fuera creyente debería de estar muy agradecido a Dios por lo que me ha dado. Ese pensamiento se me ocurrió, en principio, por lo que he podido hacer durante mi breve carrera de asesor. En mi vida he sufrido muchas carencias, pero reconozco que siempre he hecho lo que he deseado y he tenido la suerte de que se me concedan muchos de mis anhelos. Entre esos anhelos estás tú. Antes tenía sólo mi trabajo que es una primera forma de libertad cuando se acepta con voluntad y con esperanza. Lo que de veras nos importa debemos lograrlo con esfuerzo, con ilusión y un hombre que no se arriesga a vivir lo que anhela no merece ser tal. Hay que atreverse a ser. Después de todo las cosas que realmente importan en la vida son tan pocas y es tan fácil dejarlas escapar. La vida es elección y en cuanto a mujer yo he puesto mis ojos en ti. También el amor puede ser una forma de libertad si uno sabe comprometerla con el ser querido. El amor existe pero está condicionado por los vaivenes del azar. Los acontecimientos del azar son imprevisibles; los del amor no dependen de nuestra voluntad. Cuando las dos fuerzas se entrecruzan hay que estar muy atento para identificar a la persona, para reconocer el instante, para no dejarlo escapar. No hay dos seres, dos animales, dos cosas en este mundo que sean exactamente iguales. Yo te quiero a ti. Empecé diciéndote que de haber un Dios yo debería de estar agradecido con él. La verdad es que cuando lo pienso resulta que tal vez para mí Dios nunca ha dejado de existir, se me da a través de la gente a la que amo pero es en ti donde lo siento latir con más fuerza.

Charras

Pérez eres Valdez. Pérez serás Valdez Pérez eres Valdez...

4:49 Te metes la pistola en la pretina del pantalón y abres la cajuela. Bajas a Charras con la ayuda del viejo Cruz.

—¿Dónde? —te pregunta el viejo.

—Allí —contestas señalando el fondo de la cuneta.

Lo arrastran por los codos hasta donde se ve el zacate alto y tupido.

—Cuidadito con lo que vayas a hacer o a decir —le adviertes—. Te tenemos muy vigilado a ti, a tu familia y a tu novia. Sabemos quién es ella, se llama Lupita y dónde vive y todo así que no se te ocurra hablar de esto porque te juro que te la secuestramos, le damos pira loca y luego te la quemamos viva.

Charras permanece en silencio. Hace frío y está aún muy oscuro. Sáenz se mantiene mientras tanto a la expectativa en espera del coche que los ha venido siguiendo y que en apariencia no se ha movido de su lugar.

—Vamos a encucarlo —le dices al viejo—, ten ayúdame —le pides y le das unas hojas de rasurar.

Con los filos de las navajas empiezan a desgarrar la ropa de Charras, la camisa clara, el pantalón oscuro, sin importarles si de paso penetran en su piel. Le quitan los huaraches. Lo dejan tirado entre el zacate, en trusa. El viejo Cruz se lleva la ropa hacia el coche mientras tú le quitas a Charras un anillo y su reloj. Lo dejan junto a la carretera, entre los zacatales, abandonado a su suerte, con el cuerpo sangrante.

—¡Vámonos! —le dices a Sáenz que está escudado tras la puerta.

Se suben al automóvil y, sin encender las luces, arrancan y se alejan del lugar. Avanzan con

cuidado sobre la carretera Carrillo Puerto-Chetumal.

—Parece que ahora sí los perdimos —te comenta Sáenz.

—Síguete un poco hasta estar seguros —le contestas.

5:15 Empieza a amanecer. Es la hora cero: no es ni de día ni de noche.

Te cercioras de que, efectivamente, ya no los siguen.

—Regrésate —le ordenas.

Sáenz da la vuelta en U y se vuelven hacia el lugar a donde abandonaron a Charras. Avanzan a baja velocidad. Desde el coche ven que Charras ha logrado arrastrarse hasta la orilla de la carretera. Se encuentra tirado sobre el piso, reptando.

—A ver, espérate —dices y te bajas rápidamente.

Te aproximas con cautela. Te inclinas para investigar qué le pasa. Charras te recibe con una patada en la cara que te prende en el mentón y te tira al piso. Charras se incorpora. Forcejea un poco y logra soltarse una mano de la tela adhesiva con la que le amarraron las muñecas.

—Hijo de la chingada —le dices lleno de ira, tirado aún, mientras te sobas la barbilla—. ¡Agárralo! —le ordenas al viejo Cruz.

El viejo intenta acercársele pero Charras lo recibe con otra patada en el estómago, que lo deja sentado sobre el piso.

—Hijo de la chingada —repites mientras te sacas la pistola de la cintura y le apuntas—. Levanta las manos cabrón. Si te mueves un poquito te juro que te lleva la puta madre. Sujétalo —le dices al viejo Cruz que se incorpora e inmoviliza a Charras con los brazos por la espalda.

—¡Aguas! —oyes que dice Sáenz.

5:25 Ves los faros iluminados del vehículo que los ha estado siguiendo. Les hace un cambio de luces. Se aproxima a toda velocidad. Te acercas hasta donde está Charras y le pones la pistola en la cabeza. Sáenz apunta hacia el automóvil que se aproxima. El coche frena súbitamente. Alguien saca la mano por la ventanilla. Los saluda. Es el capitán Marrufo en el coche blanco que conduce Chan López.

—¿Qué pasa? —pregunta Marrufo.

XVIII. EN ONCE DEFINITIVO

Te enteraste mucho después de que él, como tú, era huérfano de padre. Los dos tuvieron que crecer prácticamente solos, ayudando a sostener la casa. Tú has vivido siempre a la deriva, eres un pobretón al que de vez en cuando se le ha presentado la oportunidad de ganar algún dinerillo fácil en chambas clandestinas y que con la misma te lo has gastado. Él también vivía modestamente; y aunque su trabajo estaba dentro de la ley, por las circunstancias se veía en la necesidad de ejercer su oficio casi en la clandestinidad.

Jueves 14 de febrero, 1974

7:15 —Pélense hijos de la chingada —les grita Chan López—, repórtense con nosotros en Mérida.

—Comandante —lo espetas.

—Qué quieres.

—Tenga —dices y le pones sobre la mano algo que parecen dos semillas de durazno, tibias.

—¿Qué es esto?

—Los güevos del Charras.

Chan los contempla sobre la palma de su mano. Sin saber por qué se te ocurre de pronto que va a querer comérselos. Pero Chan, horrorizado, los tira al suelo y se limpia la mano en el flanco del pantalón.

—Lárguense a donde quieran pero no se les ocurra pararse por Mérida hasta que sea de noche —les dice Marrufo.

7:28 Tomas el volante del Dart. Sáenz se sienta a tu lado y el viejo Cruz, como siempre, se acomoda atrás. Buscas alejarte del lugar, huir y por lo tanto metes hasta el fondo el acelerador: ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta.

—Tiren todo lo del Charras —les dices a Sáenz y a Cruz.

Sáenz abre la ventanilla y a toda velocidad, como van, arroja la camisa y el pantalón desgarrados del Charras y la agenda de color café donde venía la carta que leíste antes. Avienta también el reloj, el anillo, los huaraches. Conduces en silencio. Sáenz va con la vista perdida en el camino. El viejo Cruz ronca en la parte de atrás. Van sobre la carretera de Chetumal rumbo a Escárcega.

—Ahí está la desviación —te advierte Sáenz.

Apenas la alcanzas a ver. Pisas el freno para dar la vuelta a la izquierda pero el coche se derrapa y empieza a colearse sobre la carretera, una vez a la izquierda, otra a la derecha. Pierdes el control del automóvil. Vuelves a frenar. Te sales de la cinta asfáltica y se van a estrellar contra

un poste de madera. Una combi de pasaje que pasa por ahí se detiene al ver el accidente. El chofer se baja y camina hacia ustedes. Como el motor del Dart sigue en marcha al verlo aproximarse metes reversa y, sin más, salen huyendo en dirección a Escárcega. El chofer de la combi los mira escapar, totalmente desconcertado.

—¿No quieres que maneje? —te pregunta Sáenz con cierta desconfianza.

—No —contestas seco y sin mayor explicación.

—Oigo un ruido.

—Debe ser el golpe. Cuando nos alejemos un poco me paro a ver.

9:24 Avanzan un buen tramo. Ya tienen poca gasolina. Frenas. Te detienes a un lado de la carretera, Sáenz se baja contigo. Observan: fue un buen golpe pero no llegó a dañar el radiador.

—¿De qué sería ese ruido? —te pregunta Sáenz.

—La llanta. Está floja. Fue la que recibió el chingadazo. Despierta al güevón de Néstor. Que la cambie.

Mientras el viejo Cruz quita la llanta ustedes se ocupan de llenar el tanque de gasolina con los bidones. Siguen rumbo a Escárcega.

11:35 —Con el comandante Chan López, por favor —pides en el teléfono luego que te comunicas a la policía.

—No se encuentra en este momento.

—¿Y el capitán Marrufo?

—Tampoco. Salieron a una comisión.

—Habla Pérez Valdez, ¿con quién de los jefes me podría comunicar?

—Aquí está el subcomandante de patrullas.

—Pásemelo por favor.

Cuando Salazar Cordero se pone a la bocina te pregunta:

—¿Qué pasó Pérez? ¿Ya quedó el tipo en once definitivo?

Once: dormido. Once definitivo: dormido para siempre.

—Eh, sí señor, ya está en once definitivo.

—Muy bien. ¿Y ustedes dónde están?

—En Escárcega.

—Por ningún motivo se acerquen a Yucatán y menos aún a Mérida. La ciudad se ha convertido en un hervidero. Los estudiantes armaron un tremendo alboroto por lo del secuestro y no conviene que vengan por aquí. Ocuparon la Universidad y están organizando brigadas por todos los pueblos de los alrededores para tratar de localizarlos.

—¿Cuáles son las instrucciones, señor?

—Quédense por ahí hasta que se haga de noche. Entonces comuníquense aquí otra vez para recibir nuevas órdenes.

—Muy bien señor.

—¿Pérez?

—Diga...

—Te noto muy nervioso. Vete a una farmacia y cómprate unos Apaciles. Trágate dos. Dale dos a Sáenz y tómense unas cervecitas. Pero no se les ocurra acercarse por aquí sino hasta que sea bien noche.

12:18 —Me muero de hambre —le comentas a tus compañeros.

—Es que no hemos comido nada desde Valladolid — te contesta Sáenz— y le hemos tupido muy duro a la mota.

Se meten a un restaurante. Mientras les sirven mandas a Néstor a comprar el periódico. Almuerzan. El *Diario de Yucatán* no hace la más mínima alusión a lo del secuestro. Tampoco el *Novedades*. Caminan un poco por el centro, duermen un rato en el automóvil. Se aburren.

14:56 —Vámonos encaminando hacia Mérida por la carretera vieja de Campeche —le propones a Sáenz.

—Sí, ya tengo ganas de volver.

16:10 Rojo/azul/rojo/azul/rojo ves por el espejo retrovisor poco antes de llegar a la ciudad de Campeche. Es una patrulla. De la federal de caminos. Se lo comentas a Sáenz.

—¿Nos paramos? —le preguntas.

—Más vale —asiente.

Te pegas sobre tu derecha y te estacionas junto a la cuneta. La patrulla se detiene detrás de ustedes: las torretas encendidas.

—¿Puedo ver su tarjeta de circulación y su licencia? —te dice el patrullero.

Le entregas los documentos que les proporcionó Angulo Marín en Mérida. El patrullero los estudia con detenimiento: mira tu cara.

—¿Dónde se dieron ese golpe?

Nada que ver con lo de Charras. Sientes un alivio.

—Se nos atravesó un caballo en la carretera, no lo pudimos esquivar y lo atropellamos.

—¿Un caballo?

—Sí...

—Esto no parece un golpe de animal... Es demasiado fuerte y muy bien localizado. Más bien parece que chocaron contra algo más duro, una barda o un poste...

—Fue un caballo, compañero —interviene Sáenz.

—¿Compañero?

—Somos de carreteras estatales —explica Sáenz y muestra su credencial.

El policía los observa con suspicacia. Se agacha para ver al viejo Cruz en la parte de atrás del coche.

—Pues ése no fue un golpe a un caballo, compañero.

—No, tiene usted razón —dice Sáenz—. Chocamos contra un poste por ahí por Escárcega. Venimos de una misión especial y no hemos dormido en toda la noche. Hoy por nosotros y mañana por usted, ¿no compañero? —propone y saca cuarenta pesos de su bolsillo. Se los ofrece.

El patrullero duda un instante. Recorre los rostros de los tres con la vista.

—Venga la lana —dice y les devuelve sus documentos—. Pero manejen con cuidado que cuando uno no ha dormido se vuelve muy pendejo.

16:32 Cuando entran a Campeche te enfilas hacia el barrio de Santa Lucía, a la zona de tolerancia.

—¿Vamos con las putas? —le preguntas a Sáenz—. Yo tengo ahí una querida y les puedo conseguir unas viejas. ¿Néstor, crees que todavía te quede con qué echarle un palito? Nos lo tenemos merecido, ¿no?

17:24 Cuando llegas a El Calamar Inquieto pasas directamente hasta el cuarto de la Vaquera. Sáenz y el viejo Cruz te esperan en una mesa del bar. Tocas en su cuarto y tarda un poco en abrirte.

—Ah, eres tú —te dice cuando abre la puerta—. Qué sorpresa. Creí que andabas por Mérida.

—¿Por qué no me abrías?

—Estaba dormida —dice ella y bosteza.

—Estoy de comisión con dos compañeros. Venimos sólo de pasada pero necesito que les consigas un par de hembras.

—¿Ahorita?

—Te digo que en un rato nos regresamos a Mérida.

—¿Cuántos son tus amigos?

Dos.

—Deja arreglarme un poco y salgo a ver quién está por aquí. Espérame allá afuera, ¿quieres?

El viejo Cruz bebe un ron oscuro en un vasito pequeño. Sáenz toma un Don Pedro. Pides otro para ti.

Los taconcitos de la Vaquera repican sobre el piso de cemento de El Calamar Inquieto. La ves acercarse hacia tu mesa con su falda sumamente corta y sus inevitables botas que usa para disimular lo delgado de sus tobillos. Las canillas no te importan mucho. Tiene los muslos gordos y buena nalga. Pero lo que más te calienta son sus pelitos: es muy velluda y nunca se depila.

—Ya les conseguí a dos amigas —te dice; la observas: sus cejas son muy tupidas, un oscuro bozo le cubre el labio superior, su boca es gruesa, como de buena mamadora y sus ojos tiran a verdoso. Se sienta junto a ti y con su voz un tanto grave, dice—: Chungo, tráeme una copa.

Chungo, el encargado de El Calamar Inquieto, trae la bebida de la Vaquera y al verte, dice:

—María Santísima, mira nada más quién está aquí.

—Qué pasó Chunguito —le dices tocándole el trasero.

—Guay, tú nada más me alborotas y nunca me cumples.

—Aquí el viejo Cruz es el que te va a cumplir hoy —le respondes riendo.

—¡Volteo! —dice al mirar a Cruz—. Si con el que quiero es contigo, no con cualquiera. Mayates me sobran pero quiero contigo otra vez. Ya sabes que pago bien.

En ese momento llega a la mesa una jovencita con tipo de negroide, de cabello rizado y amplia sonrisa. No debe tener más de dieciocho años. Tan pronto la ve el viejo Cruz la llama para que se siente a su lado. Luego llega Lucía, la morenota alta. Se sienta con Sáenz.

Con tu copa en la mano, te levantas de la mesa y te retiras al cuarto de la Vaquera. Tan pronto llegas te echas sobre la cama y te quedas ahí, tendido. La Vaquera se desviste y queda completamente desnuda a no ser por las botas. Se te acerca y te empieza a acariciar el cabello mientras tú te prendes de uno de sus pechos y empiezas a mamarle.

—¿Necesitas dinero? —te pregunta ella.

—N, nnn.

—¿Cuándo vuelves?

Pero esa pregunta ya no la contestas porque en ese momento, sin darte cuenta, te quedas completamente dormido prendido de su seno.

18:47 —Quién sabe qué le hizo tu amigo a la Negrita que salió llorando del cuarto —te dice la Vaquera cuando se vuelven a las mesas.

—¿Qué le hiciste, chingao viejo? —le preguntas divertido a Néstor.

—Nada, coño. Quise mamarle el culo pero la chingada negrita no se dejó y se lo tuve que

mamar a huevo.

—Hiciste bien —interviene la Vaquera riendo contigo—, hay que acostumbrarla a que sepa hacer de todo, niña caguengue.

Se toman una última copa mientras aguardan a Sáenz que finalmente se aparece por el bar muy abrazado de Lucía.

—Vámonos —dices tan pronto lo ves llegar.

19:41 Van hacia Calkiní. Empieza a oscurecer. Néstor y Sáenz duermen. Tú conduces tranquilo: ochenta kilómetros por hora. El sueñito que te echaste con la Vaquera te tranquilizó un poco, te sientes más relajado. De repente, todavía en el estado de Campeche, al pasar por Pomuch, a unos cuantos kilómetros del estado de Yucatán, ves que un automóvil estacionado en batería prende las luces y los empieza a seguir. Aceleras. El otro carro también. Vuelves a ver el rojo/azul de una patrulla.

—¡Sáenz, despierta! ¡Despierta, cabrón!

—¿Qué pasa? —contesta Sáenz restregándose los ojos.

—No voltees pero nos están siguiendo otra vez los de la federal de caminos.

—Cálmate —dice Sáenz.

—Vamos a deshacernos de las pistolas —dices—, seguro que ya encontraron el cuerpo.

—Pásame tu 22 —te pide Sáenz.

Sin dejar de acelerar le pasas tu pistola, Sáenz saca su 45, toma el revólver y lo esconde debajo del asiento. La patrulla continúa tras ustedes.

—Me está haciendo cambio de luces —le dices a Sáenz. Y ya apagaron las torretas.

Sáenz voltea. Les vuelven a hacer cambio de luces.

—¿Me paro?

—Pégate a la cuneta...

—Ten lista tu pistola —dices mientras frenas con el motor y te detienes a un lado de la carretera.

Se abre la puerta de la patrulla. Se baja un tipo sin uniforme de cabeza redonda, sin gorra, de lentes.

—Cálmate —te dice Sáenz—, es Chan López.

Chan viene con otras dos personas. Más tranquilo, los reconoces: William Salazar, el subcomandante y Burgos, el jefe de personal.

—No los identificábamos —dices—, hasta creímos que eran de la Federal.

—Los esperábamos desde las seis de la tarde. ¿Cómo están?

—Ahí la llevamos —comenta Sáenz.

—Pues en Mérida las cosas están de la chingada. No van a poder volver en este coche. Los estudiantes están como locos buscando a Charras. Van a tener que regresarse.

—¿A dónde?

—A donde quieran —contesta Chan López—. Lo que es más, te regalo el coche —dice dirigiéndose a ti—. Aquí está la factura. El carro está recién salidito de Auto Maya.

Volteas a ver a Sáenz. Te mueve la cabeza en tono negativo.

—¿Qué? ¿Nos está dando una patada en el culo, comanche? Con este coche nos compromete usted de a madres. No se lo aceptamos ni regalado, ¿verdad Sáenz? No nos pueden dejar todo el paquete. Cumplimos, pero no nos van a dar ahora una patada en el culo, ¿o sí, comanche?

—No, Pérez, no.

—Entonces díganos...

—Por de pronto ocúltense mientras yo pido instrucciones. Dejen por ahí el coche en el monte y refúgiense en algún pueblito. No vaya a ser que dé con ustedes algún grupo de estudiantes y los linchen.

—Ah qué la chingada —exclamas mientras piensas.

—Dígame dónde me comunico con ustedes.

—¿Conoce un pueblito entre Muna y Maxcanú que se llama Konchén? Puede localizarnos ahí, en una casita de huéspedes que está junto a la plaza, que se llama La Universal.

—Bueno, pues váyanse para allá mientras yo pido instrucciones.

—¿Pérez?

—Dígame mi Comandante...

—No tenga tanto pendiente... los testigos del secuestro andan medio norteados. Creen que el coche es un Falcon.

—¿Y entonces por qué dice que no debemos entrar a Mérida, comanche?

—Es que hay que cuidarse. No vaya a ser la de malas. A ver tú, Néstor, vente con nosotros para que no les estorbes. Tráete esos garrafones vacíos y mételos a la patrulla. Mientras, ustedes váyanse.

Se suben al Dart y toman rumbo a Maxcanú. Un poco antes de entrar a Konchén se meten por una brecha y se internan en el monte. Dejan ahí el automóvil y caminan hasta la pensión. Piden un cuarto. Se acuestan a dormir.

Viernes 14 de febrero de 1974

2:42 —Hay que quemar o desbarrancar el coche —les comunica Chan López horas después en La Universal de Konchén—. Ésas son nuestras instrucciones —traen ya en la patrulla los garrafones llenos otra vez de gasolina.

—¿Ya ve cómo es mi comanche? Ya me quería regalar el coche, ¿no? Para que me jodieran...

—Ya, ya, dime, qué prefieres, ¿quemarlo o desbarrancarlo?

—Quemarlo, mi comandante, el carro está lleno de huellas mías y de mis compañeros. Fuego mi comanche, no hay de otra.

—Bueno, ¿se acuerdan dónde está Umán? Pues al llegar a la plaza se meten a la izquierda del Palacio Municipal, junto a los arcos y toman rumbo a Hunucmá, sobre la carretera a Sisal. Avancen unos dos kilómetros y oríllense hasta que nos vean pasar. Si les hacemos una seña con la mano nos siguen. Si no, se quedan ahí hasta que les avisemos.

—¿Y ustedes a dónde van ahora?

—Ahí también, pero por otro camino. No nos conviene que nos vean juntos.

—¿Te diste cuenta? —te pregunta Sáenz mientras se dirigen a Umán—, se están cagando de miedo.

—Qué se me hace que estos cabrones se quieren pasar de vivos. Tan pronto puedan van a tratar de darnos una patada en el culo. ¿Qué vamos a hacer?

—Yo los mando a la chingada —te contesta Sáenz—. Así, rapidito —dice tronando los dedos.

Tiempo después entenderás por qué te dijo esas palabras. Sólo él logró darse a la fuga. Pero por ahora tú no haces más comentarios. Te parece muy evidente que tanto Chan como Burgos están ofuscados. Lo que ha ocurrido en Mérida parece haberlos alterado más de lo que imaginaban.

Llegan al lugar acordado. Esperan en el coche. El automóvil de Chan se aproxima. Le haces un

cambio de luces. Pasa. Síganos, te indica sacando la mano por la ventanilla. Avanzan sobre la carretera a Sisal hasta que llegan a una vereda. Doblan a la derecha y se internan hacia una explanada. La luna está en cuarto menguante. La explanada es de arena, rodeada de árboles, matas y enredaderas. Se oye el canto de los grillos. La madrugada es apacible.

Chan López se baja de la patrulla, coge una enorme piedra y sin más la estrella en el parabrisas del Dart para deshacer la calcomanía el registro federal de automóviles. Mientras, William Salazar y Burgos, cada quien con un martillo y un cincel, quitan el número de motor y el número de carrocería del coche.

—Despedacen los asientos —les ordena Chan a ti y a Sáenz—. Vamos a quemar el coche con gasolina.

Tú y Sáenz destazan los asientos y el techo cuando oyen un grito:

—¡Los estudiantes! —exclama Chan.

Por la vereda un grupo de automóviles se aproxima hacia ustedes.

—Tú y Sáenz quédense aquí —dice Chan—. Cuando pasen diez minutos lárquense.

—No, mi comanche —dices—. Si se trata de huir, huimos todos, si nos van a chingar que nos chinguen juntos.

Chan López, Salazar y Burgos se suben de inmediato a la patrulla y huyen a toda velocidad dejándolos en medio de la explanada con el coche medio destrozado.

—Cúbreme —le pides a Sáenz una vez que se suben al Dart sin parabrisas—, si se nos interpone algún vehículo dispara contra el chofer.

Sales manejando despacio, sin luces, para tomar la carretera. Los coches que se aproximan vienen demasiado cerca de donde se hallan ustedes así que decides aguardar sobre la brecha. Bajas la visera para cubrirte. Te pones unos lentes oscuros. Sáenz tiene la 45 en la mano.

Los automóviles pasan sin notarlos. Son como veinte carros pero no son estudiantes sino una caravana de la Secretaría de Recursos Hidráulicos que han salido a cazar patos en las aguadas cercanas. Los dejan alejarse. Transcurre cierto tiempo y entonces deciden salir con sumo cuidado, sin encender las luces, rumbo a la carretera. Nadie.

4:04 Ni visos de la caravana de automóviles ni de la patrulla de Chan López. Se encaminan hacia Sisal. La carretera, recta, sobre terreno completamente plano, se halla desolada. La luna en cuarto menguante se ve frente a ustedes. Alcanzan a cubrir una gran extensión de terreno pero no hay nadie en los alrededores. Llegan a Sisal. De ahí van hasta Cauce. Nada. Vuelven rumbo a Sisal. Ven los faros de un automóvil. Se acerca. Les hace cambio de luces. Es Chan López.

—Síguenos, vamos a buscar otra vereda —dice desde la ventana del coche cuando se empareja con ustedes.

Se internan en otra brecha cerca de Sisal, se detienen y continúan con la operación que interrumpieron cuando apareció la caravana. Destrozan los asientos del coche, los rocían de gasolina. Chan saca una escoba de la cajuela. Salazar la impregna de combustible, enciende un cerillo y cuando empieza a arder, la avienta al carro: una enorme columna de fuego se levanta sobre la noche. El carro parece consumirse. Las luces de otro vehículo se ven en la carretera. Todos abordan la patrulla de Chan y abandonan el lugar donde se quema el coche. Ya sobre la carretera ven que se trata sólo de un camión de pasaje. Apuntan las placas como precaución. Se enfilan rumbo a Mérida.

—Vete a tu casa y no salgas de allí hasta que yo te mande a buscar —te dice Chan cuando llegan a la ciudad.

Ya en la cárcel te enterarás de que del Dart sólo se consumieron los asientos. Que el Gobernador dio órdenes entonces al maestro del taller mecánico de la policía para que con una grúa sacara el carro de la vereda donde lo habían dejado, para que lo hiciera pedazos con un soplete y que los regara luego por todo el estado. Pero el maestro del taller mecánico era cuñado del capitán Marrufo, así que todo acabó en que vendieron el coche a un deshuesadero. Como se trataba de un automóvil último modelo lograron sacar veinticinco mil pesos que se dividieron entre Marrufo, Cha, Burgos y el propio maestro del taller.

XIX. LA PRENSA (III)

FUE CAPTURADO EL AUTOR DE LA MUERTE DEL BACHILER YUCATECO, ANUNCIA LORET DE MOLA

Mérida, Yuc., 13 de marzo. —El Gobernador del Estado, Carlos Loret de Mola, anunció esta tarde, al cumplirse un mes del secuestro y asesinato del bachiller Efraín Calderón Lara que, después de intensas investigaciones, se ha logrado la captura del autor material del homicidio, Carlos Francisco José Pérez Valez.

En un comunicado oficial dirigido al pueblo todo de Yucatán, Loret de Mola manifiesta que de las declaraciones rendidas por el presunto responsable, se deduce que los delitos contra la persona de Calderón Lara fueron realizados con participación “en mayor o menor grados” (sic), que la investigación continuará precisando, de algunos elementos al servicio de la dirección general de Seguridad Pública y Tránsito del Estado.

Indicó que ya están a disposición de la Procuraduría del Estado los elementos que fueron mencionados en las declaraciones del presunto responsable; y el propio director de la DGSPTE, teniente coronel José Felipe Gamboa Gamboa, se ha separado de su cargo y se ha presentado voluntariamente para responder en la investigación a todas las incriminaciones que puedan formularsele. “No me toca en este momento —subrayó el gobernante— anticipar el resultado de la investigación; pero sea el que fuese, el ejecutivo afronta su responsabilidad personalmente.

“Frente a la concatenación de hechos tan lamentables, dijo Loret de Mola, hago un llamado al pueblo de Yucatán para que no se deje sorprender por los grupúsculos anarquizantes que querrán encontrar en esta desgracia una bandera para sembrar conceptos disolventes.”

“El Gobernador del estado —dijo— ha cumplido con su compromiso de dar elementos para una investigación profunda que ha llevado a un esclarecimiento en el que no nos hemos detenido ni nos detendremos.”

El mandatario yucateco finalizó diciendo que su exhortación es a no interrumpir ninguna tarea, ni de trabajo ni de estudio, en ninguno de los órdenes de nuestra vida y a “rechazar las incitaciones a la disolución, para la cual siempre existe, de una manera o de otra, cuando no una bandera, un pretexto, y cuando no un pretexto, una bandera”. (*El Nacional*, México, D. F., 13 de marzo de 1974.)

TRAICIONAN MI CONFIANZA

Mérida, Yuc., 14 de marzo.— El Gobernador Carlos Loret de Mola dijo hoy que el gobierno que

encabeza afronta su responsabilidad en el caso del secuestro y muerte del bachiller Efraín Caladrón Lara y señaló que considera estos hechos como una traición a su confianza.

Anunció que así como ordenó una exhaustiva investigación al ocurrir los hechos, exigirá que ésta continúe y dijo que hará cambios de personas y sistemas en la policía para borrar actos ilícitos como el que se lamenta.

Loret de Mola habló por radio y televisión para informar al pueblo lo que anoche dio a conocer a los periodistas.

Calificó el homicidio de Efraín Calderón Lara como una actitud oficiosa y un esbirrismo peligroso.

Sin adelantar el final de la investigación y el fallo de los jueces, reconoció que la agresión contra el bachiller se realizó con la participación, en mayor o menor grado, de algunos elementos de la Dirección de Seguridad Pública y recordó que después de la desaparición del joven dijo públicamente que sus colaboradores —de él, en su calidad de Gobernador— actúan bajo su responsabilidad, no sólo en lo que les manda.

Señaló, sin embargo, que siempre insistió en prohibir cualquier tipo de presión de la policía en los detenidos, aun en aquellos casos en que se les consideraba presuntos responsables de algún delito.

El gobernante lamentó “el trago amargo” que significa esto para el pueblo y el gobierno y recordó que desde el principio no vaciló en solicitar la ayuda de todas las personas e instituciones que pudieran hacerlo para conocer la verdad.

Encomió la labor de los investigadores capitalinos y del doctor Alfonso Quiroz Cuarón llamados especialmente por él para participar en la investigación.

Ofreció castigo ejemplar a los responsables y “aunque ésa no es mi tarea específica”, dijo que vigilará que el caso se lleve hasta que no haya ninguna sombra de duda y se haga la consignación de los culpables.

Y además, prometió hacer los cambios necesarios para que no se repita esto. (*Últimas Noticias*, México, D. F., 15 de marzo de 1974, Evilacio Pereyra.)

ACEPTAN SU CULPA LOS ACUSADOS

Mérida, Yuc., 14 de marzo.— El director de Seguridad Pública del Estado, teniente coronel José Felipe Gamboa Gamboa, confesó esta madrugada que fue el autor intelectual del secuestro del bachiller y líder sindical Efraín Calderón Lara, pero afirmó que sólo ordenó que le dieran “un sustito”.

Y el autor material del crimen, Carlos José Francisco Pérez Valdez, informó que en efecto, ésas fueron las órdenes que recibió, pero que “Calderón Lara se defendió hasta con los dientes y aunque le pusimos varias inyecciones para dormirlo, dos veces despertó y en la segunda, ya al amanecer, nos vio bien y nos reconoció. Por eso decidimos matarlo”.

Dijo que él fue el elegido para matar al estudiante porque los otros dos agentes que lo acompañaban llevaban sus pistolas oficiales calibre 38, y la suya era 22.

El homicida indicó que secuestraron al joven cerca del Club Campestre. Lo durmieron y despertó luego, por lo que lo golpearon y volvieron a dormir. Volvió a despertar en la carretera de Carrillo Puerto a Bacalar. Allí lo tundieron con la cache de sus pistolas y lo ataron y amordazaron. Lo tiraron al suelo donde “se arrastraba y gemía”. Fue cuando decidieron matarlo. Pérez Valdez le disparó a la cabeza cuando estaba en el suelo, amarrado y apenas abría los ojos.

(*Últimas Noticias*, México, D. F., 15 de marzo de 1974.)

EL DIRECTOR DE SEGURIDAD PÚBLICA DE YUCATÁN SE CONFIESA AUTOR INTELECTUAL DEL HOMICIDIO DE CALDERÓN

Mérida, Yuc., 14 de marzo.— El director de Seguridad Pública de Yucatán reconoció ayer su culpabilidad como autor intelectual del secuestro y homicidio de Efraín Calderón Lara.

En efecto, el teniente coronel José Felipe Gamboa Gamboa se confesó culpable, pero aseguró que su intención no era eliminar al bachiller y líder sindical sino “solamente asustarlo”.

Por su parte, el Gobernador de la entidad, Carlos Loret de Mola, asumió la responsabilidad del gobierno local en el caso, y calificó la participación de elementos policiacos en el mismo como traición a la confianza que tenía depositada en ellos por el mandatario.

Al declararse culpable del homicidio, Gamboa Gamboa dijo que el autor material del mismo fue Carlos Francisco José Pérez Valdez, quien poco tiempo atrás había solicitado trabajo en la dirección de seguridad pública.

Por su parte Pérez Valdez dijo a la prensa que Calderón Lara luchó por su vida hasta el último momento, y que si lo mató fue porque, a pesar de haberle administrado sobredosis de tranquilizantes, la víctima tuvo oportunidad de ver claramente a sus secuestradores “y eso nos ponía en peligro”.

El director de Seguridad, quien anoche mismo renunció a su cargo, confesó haber ordenado que se protegiese a todos los participantes en el secuestro, incluidos el subdirector Carlos Marrufo Chan y el comandante Víctor Manuel Chan López.

Los otros detenidos son William Salazar Cordero, Néstor Martínez Cruz, Juan Burgos y Eduardo o Carlos Sáenz Castillo.

El Gobernador de la entidad, en un mensaje al pueblo de Yucatán que fue transmitido por radio y televisión, declaró que la investigación en la que participa el doctor Alfonso Quiroz Cuarón, eminente criminalista, se efectuará en forma exhaustiva, y ofreció un castigo ejemplar a los responsables.

Asimismo calificó el asesinato de Calderón Lara como un acto de “esbirrismo peligroso”. (*El Heraldo de México*, 15 de marzo de 1974.)

LOS SEIS DETENIDOS EN TORNO AL ASESINATO DE EFRAÍN CALDERÓN LARA SERÁN JUZGADOS

Mérida, Yuc., 15 de marzo.— Los seis detenidos por el secuestro y asesinato del bachiller Efraín Calderón Lara se encuentran desde ayer a disposición del agente del Ministerio Público del Fuero Común de Chetumal.

Por otro lado, el señor Jaime Angulo Marín, jefe de la Policía de Tránsito e implicado en el sonado caso, solicitó ayer al juzgado de distrito del estado, la protección de la justicia federal para no ser detenido.

En cuanto a los otros tres involucrados en los sucesos, el comandante Enrique Cicero Salazar se encuentra prófugo; el teniente Juan Burgos labora aún en las oficinas de la Dirección de Seguridad Pública y Tránsito en el Estado, del agente Eduardo Carlos Sáenz Castillo se informó que ha sido localizado en Veracruz, pero no se ha dicho nada de su detención.

Telefónicamente el licenciado Miguel Ángel Angulo Castillo, agente del Ministerio Público de Chetumal, informó anoche a *Novedades* haber recibido a las 9 horas a los seis detenidos y de sus diligencias practicadas hasta entonces señaló que “se integra la averiguación”... (*Novedades de Yucatán*, Mérida, Yuc., 16 de marzo de 1974.)

ESTUDIANTES INCONFORMES PORQUE NO HAN DETENIDO A TODOS LOS INMISCUIDOS EN EL CRIMEN, PINTAN CAMIONES EN MÉRIDA

Mérida, Yuc., 15 de marzo.— Grupos de estudiantes inconformes aún porque no han detenido a todos los inmiscuidos en el asesinato de Efraín Calderón Lara secuestran y pintan camiones y piden más investigaciones y justicia en el caso.

La tropa que desde hace un mes patrulla la ciudad, hasta el momento no ha intervenido, pese a que en ocasiones la situación es verdaderamente tensa.

En tanto, los asesinos de Efraín Calderón Lara fueron trasladados a Chetumal, Quintana Roo, donde fueron encarcelados en diferentes celdas, ya que hay pugnas entre ellos mismos. Esta tarde eran esperados en Chetumal los agentes del Ministerio Público del Distrito y Territorios Federales, licenciados Arturo I. Ramírez y Fernando Plascencia, quienes se harán cargo de las investigaciones respectivas.

En tanto recibieron a los presuntos asesinos el Ministerio Público de Chetumal, Miguel Angulo Castillo, y el juez mixto Óscar José Gutiérrez Flores. (*Últimas Noticias*, México, D. F., 16 de marzo de 1974, Evilacio Pereyra.)

LORET DE MOLA ATACABA AL LÍDER CALDERÓN LARA

Mérida, Yuc., 14 de marzo.— Dirigentes de la Facultad de Economía de esta entidad refutaron hoy durante una conferencia de prensa las declaraciones hechas por el Gobernador del estado, Carlos Loret de Mola, en el sentido de que las relaciones entre el líder asesinado Efraín Calderón Lara y el gobierno eran normales. Incluso dijeron que el Gobernador odiaba al desaparecido.

Al respecto el estudiante Jacinto Canek (sic), del Frente Popular Independiente, manifestó que el gobierno del estado siempre obstaculizó la labor de Calderón Lara en los contratos colectivos de trabajo con las empresas.

Asimismo, afirmó que en muchas ocasiones se habían utilizado fuerzas policiacas para romper las huelgas... (*La Prensa*, 15 de marzo de 1974, Delmer Peraza Pacheco, corresponsal.)

SOLICITAN QUE INTERVENGA EL GOBIERNO FEDERAL EN YUCATÁN

Mérida, Yuc., 18 de marzo de 1974.— La inmediata intervención del Gobierno Federal en el problema que afronta el estado, fue solicitada hoy aquí a través de *El Universal* por los estudiantes, obreros y campesinos que se mantienen en huelga desde hace más de un mes, para que se evite un zafarrancho.

Su temor de que el Gobernador de la entidad, Carlos Loret de Mola, prepara una “escalada” en contra del movimiento popular que se formó a raíz de la muerte del pasante Efraín Calderón Lara,

fue externado esta tarde al “Gran Diario de México”, y pidieron la urgente intervención del Ejecutivo Federal para que no haya enfrentamiento entre el pueblo yucateco.

Ninguno de los tres sectores que sostienen el paro quiere derramamiento de sangre. “Pero si el gobierno estatal nos provoca, lo habrá”, advirtieron.

En una reunión de emergencia que tuvieron los comités de lucha de la Universidad de Yucatán y de los sindicatos “Jacinto Canek”, “Frente Popular Independiente”, “Romarco”, “16 de Septiembre”, de empleados de gasolineras y empleados de Tikul, expusieron datos que indican que el gobierno del estado prepara la toma de la Universidad de Yucatán y de otras escuelas que están en poder de los estudiantes.

Explicaron que durante la noche del domingo y hoy notaron maniobras efectuadas por miembros de las fuerzas de seguridad pública cerca de los recintos universitarios, consistentes en retirar de las áreas vehículos, ordenar el cierre de cines, establecimientos comerciales y el desalojo de curiosos.

Todo ello hace sospechar que de un momento a otro empezará lo que calificaron de “represión oficial”. (*El Universal*, 18 de marzo de 1974, Francisco Jorda G., enviado especial.)

PIDE EL PAN QUE LOS PODERES DESAPAREZCAN

Mérida, Yuc., 20 de marzo de 1974.— El Partido Acción Nacional pedirá a la Comisión Permanente del Congreso de la Unión la desaparición de los Poderes, por considerar que se ha roto el orden constitucional en la entidad y que la capital se encuentra, de hecho, en estado de sitio.

Roger Cicero McKinney, jefe regional del partido blanquiazul, informó lo anterior a *El Universal*.

Entrevistado en sus oficinas en esta ciudad, el dirigente panista informó que reúnen los fundamentos legales para hacer la petición formal, cuanto antes, ante el Congreso de la Unión.

Explicó que los argumentos que expondrán en apoyo a su demanda serán:

- 1.-La capital del estado no vive dentro del orden constitucional, a un ritmo normal de derecho, ya que la fuerza federal evidentemente ha asumido la responsabilidad de mantener el orden público.
- 2.-Se violó la autonomía universitaria e incluso se incitó a la violencia al estudiantado, cuando las fuerzas públicas tirotearon a la Universidad Autónoma de Yucatán.
- 3.-Durante 34 días el pueblo ha vivido bajo un clima de tensión jamás visto.
- 4.-La actual administración detenta una autoridad que, aunque legalmente se le permite, no le corresponde “porque no le favoreció el voto ciudadano” y
- 5.-Todos los sectores del estado repudian al gobierno por los sistemas represivos que ha empleado en contra del pueblo.

Tras considerar que la situación que impera en esta capital está a punto de volverse caótica, por las francas provocaciones que las fuerzas del orden público hacen a los huelguistas —estudiantes, obreros y campesinos—, McKinney precisó la posición del pan en relación a los motivos que originaron el movimiento popular en contra del Gobernador Carlos Loret de Mola.

“Seguimos firmes en que la investigación de la muerte de Efraín Calderón Lara no se ha realizado para llegar al fondo.”

Asimismo dijo que los autores intelectuales no son detenidos y demandó que se les desenmascare. “Todo el pueblo sabe quiénes son”, afirmó... (*El Universal*, 20 de marzo de 1974, Francisco Jorda, G., enviado especial.)

MÁS RENUNCIAS EN LA POLICÍA DE MÉRIDA

Mérida, Yuc., 29 de marzo.— Los acontecimientos se precipitan en contra del Gobernador Carlos Loret de Mola, señalado por los obreros, estudiantes y pueblo, como autor intelectual del secuestro y asesinato de Efraín Calderón Lara, al grado de que ha comenzado la desbandada en las filas del organismo policial, a raíz de la renuncia del sexto jefe de esa dependencia en este periodo gubernamental, Jorge Carlos Martínez Lugo, y la desertión de numerosos militares, que no toleran la actitud de quienes controlan los grupos de choque, encabezados por el sobrino del Gobernador, Julio Sosa Loret de Mola, y el capitán Leopoldo Castro Gamboa, quien fuera el primer jefe de Seguridad Pública.

Algunos agentes que desertaron del servicio, dijeron que estaban asqueados y cansados de recibir órdenes de Sosa Loret de Mola y de Castro Gamboa, quienes además, en su vandálica acción en contra de los obreros y la ley estudiantil, han sumido aún más en el fango el “prestigio” de la policía de Mérida.

Los comités estudiantiles que mantienen la huelga contra el Gobernador, así como todas las escuelas y facultades de la Universidad de Yucatán, se han dirigido telegráficamente al Presidente Echeverría, solicitándole su intervención personal para aclarar los sucesos acaecidos hace 43 días que, afirman, “fueron ordenados por el propio Gobernador para distraer la atención de los estudiantes y que no siguieran insistiendo en el esclarecimiento del secuestro y alevoso crimen de Calderón Lara”.

Los sucesos que “ordenó el Gobernador” son la balacera contra el recinto universitario el sábado 16 de febrero y la represión constante contra la ciudadanía, así como los asaltos a las escuelas y facultades que se sumaron a la huelga a partir de esa fecha...

Mientras tanto, la información de “comités de barrio” va en aumento y también se han integrado al movimiento, denunciando a los malos dirigentes de sindicatos afiliados a la CTM, miembros del sector patronal y líderes coludidos con el Gobernador, como los auténticos responsables de la represión a manos de grupos de choque.

Jóvenes obreros dijeron a *El Universal* que existe el temor de que el Gobernador, su sobrino y Leopoldo Castro Gamboa continúen ordenando la represión.

Por otra parte, vecinos de Itzimmá y quienes viven cerca de la residencia de Loret de Mola, manifiestan que en su interior se escucha el tabletear de armas de fuego, que el lugar lo tienen como cuartel general de los grupos de choque, ante la ausencia de Loret de Mola, que ahora radica en Valladolid, y que también se concentran esos grupos en los alrededores del parque de la colonia Alemán, en un intento de desbaratar la huelga.

Existen informes procedentes de Chetumal, dice el Comité Obrero Estudiantil, de que Leopoldo Castro Gamboa y varios allegados al gobierno han estado visitando a los autores materiales del crimen, posiblemente, agregaron, “para que no cambien sus declaraciones y pueda surgir una complicación”.

Asimismo, trascendió en los medios oficiales y estudiantiles que la renuncia de Jorge Carlos Martínez Lugo, como jefe de Seguridad Pública, obedeció a que no se quiso plegar a las órdenes de Sosa Loret de Mola y de Castro Gamboa, “ya que éstos no querían que aquél pidiera la consignación y cese de dos oficiales de esa dependencia que fueron acusados de abigeato”.

Señalan los denunciantes que el cuerpo de policía creado por el Gobernador bajo la dirección de Castro Gamboa, para “vigilar las carreteras” y que las mantuvieran “limpias de ganado” era con el único objeto de “despojar a los campesinos o pequeños ganaderos y hacer el gran negocio”.

Denunciaron, finalmente, los obreros y estudiantes que ahora, utilizando los autobuses de la Unión de Camioneros de Yucatán, los grupos de choque al mando del sobrino del gobernador, los han estado pintando con palabras soeces y obscenas. La maniobra, agregaron, es infantil, pues se nota a simple vista que es bastante raro que ya no los estén despintando, y su objetivo es poder luego decir, con falsos nombres, que fueron puestas por personas sin cultura adheridas al movimiento. “La verdad es que sí fueron hechas por personas sin educación como son las pertenecientes a los grupos de choque.” (*El Universal*, 30 de marzo de 1974, Francisco Jorda G., enviado especial.)

“¿PARO ESTUDIANTIL? ¿QUÉ NO ESTÁN DE VACACIONES? HE CUMPLIDO”, DICE LORET

Mérida, Yuc., 11 de marzo.— “Un día se murió mi nana, en el primer año de gobierno, y hasta este momento no he tenido forma de llorarla.” Esto, dijo Carlos Loret de Mola, “es lo más amargo que se tiene como gobernante: se priva uno de reír sus alegrías personales y de llorar sus penas”.

Fue muy difícil entrevistarle en su casa “Los Aluxes” de la Calle 15 —la casa de los duendes. Al fin y al cabo periodista de oficio, como él mismo se calificó: “en San Luis Potosí combatí con la pluma el cacicazgo de Gonzalo N. Santos”, lo que hacía que en momentos ya no se supiera quién entrevistaba a quién.

—¿Qué dicen de mí?... ¿Ha hablado con los muchachos, sí? Son excelentes estudiantes, magníficos muchachos... No, no soy un Gobernador impopular; ¿He gobernado bien?... No lo sé. Eso no me toca a mí decirlo. He cumplido, he puesto todo lo que depende de mí y he sacrificado mi vida privada... ¿Sabía que yo fui uno de los primeros gobernadores —no sé si lo haya hecho otro, pero no creo— en manifestar públicamente mis bienes al tomar posesión?

Hay una huelga en la Universidad y en la Preparatoria. Los estudiantes, desde el 15 de febrero pasado exigen el esclarecimiento del secuestro y asesinato del joven Efraín Calderón Lara y la renuncia del jefe de la Policía, coronel José Felipe Gamboa, a quien acusan de haber balaceado la fachada de la Universidad.

A LOS HALCONES ACÁ LES LLAMAN PAJARRACOS

Los muchachos mantienen guardias en la puerta del edificio universitario. Las paredes están cubiertas de leyendas en contra del gobierno estatal, de las medidas represivas, de los halcones criollos que por acá les llaman “X’caues” (pajarracos) que afirman maneja un sobrino del Gobernador desde la oficina local de limpia.

Piden dinero a los que pasan por allí “para el movimiento” y las 24 horas del día mantienen abiertas una serie de bocinas con canciones de protesta y grabaciones repetitivas, machaconas y a todo volumen de la cronología de los movimientos estudiantiles en el país, a partir del movimiento ferrocarrilero en 1958 en la Ciudad de México.

Dos calles más allá, en el jardín de Santa Lucía, hay un camión de volteo (“voquete”) con once aburridos soldados que escuchan un radio de transistores, dormitan en el pasto y flirtean con las jovencitas del rumbo que no se hacen mucho del rogar.

“El Gobernador es un farsante. Sabe cómo manejar a la opinión pública y esto le ha permitido montar su circo. Es un *showman* que se luce con las obras realizadas por el gobierno federal”,

comentaron a *Excélsior* los dirigentes de este movimiento estudiantil.

Fidel Rodríguez, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, dijo que a partir de esta huelga, ocurra lo que ocurra, “el estudiante yucateco saldrá con una mayor conciencia política. Ya sabe quién paga la educación y está convencido de que deben revertir sus conocimientos en beneficio del pueblo”.

Recuerdan que en la primera intentona de diálogo con Loret de Mola, éste les preguntó intrigado: “¿Paro?... ¿Qué no están de vacaciones?” Y cuando le pidieron garantías para los trabajadores que han formado sindicatos independientes, les contestó: “Los trabajadores están protegidos por las leyes. Yo soy un respetuoso de las leyes.” Y el esclarecimiento del crimen: “He puesto todos los elementos de investigación a mi alcance y he solicitado a la Procuraduría investigadores y criminalistas”... (*Excélsior*, 11 de marzo de 1974, Alejandro Íñigo, enviado.)

FALTAN ELEMENTOS EN EL CASO CALDERÓN LARA

Chetumal, Q. R., 31 de marzo.— Existe aquí la creencia general de que cinco de los ocho detenidos en relación al secuestro y crimen del bachiller Efraín Calderón Lara, serán puestos en libertad en cualquier momento, como consecuencia de lo bien que fueron “prefabricados” los elementos probatorios de su “inocencia” que se consignaron al juez que conoce la causa.

En los medios judiciales del Territorio, *El Universal* captó algunas opiniones de funcionarios que manifiestan que, en términos generales (legales), la situación jurídica de los ex jefes policiacos yucatecos es, incluso, halagadora para ellos.

Se dijo que la presentación de las declaraciones, con excepción del coronel Felipe Gamboa Gamboa, fueron hechas con el propósito de culpar al ex jefe de la Dirección General de Seguridad Pública y Tránsito del Estado de Yucatán, de haber sido quien dio la orden de secuestrar a Calderón Lara.

Sin embargo, el militar retirado, en una nueva entrevista con “El Gran Diario de México”, informó que la única instrucción que dio a sus subordinados fue que alejaran a Efraín y lo protegieran para que no corriera peligros, pues sabía que los trabajadores de CUSESA tenían en su poder dinamita, para usarla en caso de que no se reconociera la titularidad del contrato a su sindicato independiente.

Conocidos penalistas quintanarroenses expusieron que los elementos que fueron entregados por la Procuraduría de Justicia del Estado de Yucatán al agente del Ministerio Público del Fuero Común en Quintana Roo, y por éste a su vez el juez mixto de Primera instancia, licenciado Óscar Gutiérrez Flores, no fueron suficientes, siquiera, para que este último apoyara sus considerandos al dictar la formal prisión.

Explicaron que la situación del coronel Gamboa, los capitanes Carlos Marrufo Chan y Víctor Manuel Chan López, así como del comandante Enrique Cicero Salazar y William Salazar Cordero es, hasta cierto punto, fácil de resolver. En cambio consideraron que los ex policías Néstor Martínez Cruz y Eduardo Sáenz Castillo, así como del gatillero Carlos Francisco Pérez Valdez serán los “chivos expiatorios” del caso.

Dijeron que de acuerdo al Código Penal para el Distrito y Territorios Federales en materia del Fuero Común, cuando el secuestro proviene de las autoridades, se convierte en abuso de autoridad o en “una orden mal dada”.

Respecto al homicidio, indicaron que no se configura la complicidad de Gamboa, desde el

momento en que no había ofrecimiento previo de proteger a los asesinos, de acuerdo con las declaraciones que éstos hicieron.

Expresaron, además, que legalmente, el juez Gutiérrez Flores debió dejar a los cinco mencionados en primer término en libertad, “por falta de elementos”.

Mencionaron que incurrieron, empero, en el delito de encubrimiento, porque luego de que les avisaron del crimen, a los autores del mismo, les proporcionaron medios para que escaparan.

Añadieron que en este caso, están plenamente comprobados, tan sólo, los delitos de abuso de autoridad y encubrimiento.

El juez que instruye el proceso, sin embargo, les decretó la formal prisión como presuntos responsables de los delitos de secuestro y homicidio, al coronel Gamboa y a los capitanes Marrufo Chan y Chan López; de encubrimiento a William Salazar Cordero T., y a Enrique Salazar, por secuestro y homicidio.

Por su parte, a Néstor Martínez Cruz, Carlos Francisco Pérez Valdez y Eduardo Sáenz Castillo, les dictó formal prisión por secuestro, homicidio y violación sobre las leyes de inhumaciones. Estos tres fueron quienes secuestraron y luego acordaron asesinar a Efraín porque los había reconocido: Lo liquidó Pérez Valdez.

Los abogados entrevistados expresaron sus sospechas de que todas las declaraciones judiciales fueron hechas de antemano, para que a los presuntos responsables se les impongan condenas bajas y obtengan su libertad condicional.

Sobre el particular, precisaron que si se confirma que los cinco ex jefes policíacos que se han citado son responsables únicamente de los delitos de abuso de autoridad y encubrimiento, de acuerdo a los elementos que hay en contra, la pena máxima será de cuatro años y, por tanto, podrán salir bajo fianza.

Igualmente hicieron notar que la situación del capitán Chan López podría complicarse aún más, ya que fue quien entregó el arma homicida.

Entre las personas entrevistadas al respecto, figuran Mario Santín, Miguel Osalde, Ramiro Aguilar, Edgar Berzunza y Camilo Hadad. (*El Universal*, 31 de marzo de 1974, Francisco Jorda G., enviado especial vía Télex.)

XX. CHACALES

Martes 12 de marzo, 1974

10:07 Desde una rendija en la madera con la que tapiaron las ventanas observas lo que ocurre en la calle, fuera de la Penitenciaría de Mérida. Es de noche. Unos faroles iluminan la entrada. Varios soldados se encuentran a la espera de algo o de alguien.

—¿Pérez? —te llamó el comandante Wilbert Vargas, encargado de custodiarte, en los separos del segundo piso de la Penitenciaría.

—¿Qué? —le contestaste aburrido.

—Asómate.

Te pusiste de pie y caminaste hacia la ventana. Observas a través de la rendija: desde donde estás palpas el nerviosismo que impera entre quienes aguardan abajo, soldados en su mayoría, bajo las órdenes de un oficial. Un automóvil negro se acerca despacio. Se detiene frente a la puerta de la Penitenciaría. El oficial abre la puerta de atrás. Aunque no lo conoces personalmente sabes que se trata del coronel Gamboa que se baja de su propio coche. Dos soldados lo flanquean: lo entregan al comandante que lo interna en el edificio de la Penitenciaría. El automóvil negro arranca, desaparece.

—¿Detuvieron a Gamboa? —preguntas un tanto admirado.

—Así parece —te comenta Vargas—. Espérate, no te vayas.

10:20 Llega otro automóvil, ahora de color blanco; se trata del mismo vehículo que utilizó Chan López para ponerse en contacto con ustedes el día del secuestro. Se abren las puertas, reconoces la cabeza redonda y casi sin cuello precisamente del comandante Chan. Sus lentes oscuros. Viene con otros dos, con Marrufó y con William Salazar. Así que se los chingaron a todos. Los soldados se les acercan. Dos escoltan a cada uno de ellos y cual jodidos reos, los jalan para adentro. Un tercer automóvil aparece en la entrada. Ahora son Burgos y Cicero. Frente a la puerta sólo quedan dos soldados y un oficial. Uno de los soldados se les aproxima mientras se dirigen a la entrada de la Penitenciaría. Burgos hace un movimiento rápido, qué pasa, al principio no entiendes, sólo percibes movimientos extraños, forcejeos. Cuando te das cuenta Burgos tiene una pistola en la mano. Los amaga. Ni el oficial ni el otro soldado intentan someterlo. Se quedan quietos, con las manos en alto. La calle se encuentra vacía. El resto del contingente se ha llevado a los otros detenidos. Caminando hacia atrás Cicero es el primero en subirse al automóvil. Burgos apunta. El coche se le acerca, se sube y salen en estampida con un rechinado. Cabrones, se dieron a la fuga.

Dos importantes, graves asuntos, surgieron en esa declaración, y me fueron transmitidos por Alfonso y Ernesto, pero no se registraron en el expediente:

1o. Cuando Pérez Valdez y sus dos acompañantes, agentes de la policía, llevaban al asesor

sindical en el automóvil rumbo a Quintana Roo, el secuestrado les amenazaba constantemente, y les dijo que a él le pagaba Carlos Sansores Pérez para “armar problemas” en Yucatán y molestar al Gobernador.

2o. Pérez Valdez pasó por Campeche después de cometer el homicidio, y en efecto se emborrachó, habló en la zona roja acerca de lo ocurrido, y siguió rumbo a Veracruz y a México; pero al regresar a Campeche fue aprehendido y torturado por el procurador estatal, quien se comunicaba constantemente a México por teléfono para informar “a alguien” del curso de los tormentos. Lo colgaron, desnudo y esposado, de una reja de la prisión, y le golpearon en las partes más sensibles. Todo para que dijera y firmara que el Gobernador de Yucatán le había mandado a asesinar a Calderón Lara, dándole cincuenta mil pesos por su acto. Rescatado de la cárcel campechana por policías federales, llegó a manos de los agentes de Yucatán.

Esto fue lo que Pérez Valdez dijo al criminalista más importante del país, Alfonso Quiroz Cuarón, quien en presencia de Ernesto Abreu Gómez lo escuchó y luego me lo transmitió. Yo sólo lo informé, entonces, al Presidente de la República en persona. Lo oyó atentamente y no lo comentó jamás.

A todos los suben al segundo piso de la Penitenciaría, donde previamente te habían puesto. Se encuentran en un solo recinto separado por puertas, como en las casas de antaño, donde un cuarto se comunica con el contiguo y así sucesivamente. Al coronel Gamboa lo colocan en el cuarto del fondo; a su lado se encuentra el capitán Marrufo, luego estás tú y en la última habitación William Salazar. ¿Y Chan López? Ahora ignoras dónde lo tienen pero después te enterarás de que lo metieron en una bodega de cal, sin hamaca ni mantas, como parte de una venganza de los propios agentes de la judicial que habían sido patrulleros y a los que Chan López, sin más, dio de baja mandándolos mucho al carajo.

El comandante Vargas abre las puertas de sus cuartos. Les permite conversar entre ustedes. Marrufo vuelve a cerrar su puerta. Charlas con William Salazar.

—El Gobernador no nos va a abandonar —te dice Salazar tratando de calmarte—. Anoche nos llamó a todos para pedirnos que nos entregáramos por decisión propia. Nos dijo que le daba mucha pena pero que se trataba de una mera formalidad. Que él, como Gobernador, nos podía ayudar. Que de no aceptar nosotros él mismo corría el riesgo de caer y entonces se ensañarían contra todos y ahí si no nos iba a sacar ni Dios Padre de la cárcel. Entonces nos pidió que voluntariamente nos sacrificáramos mientras él arreglaba todo. Con lágrimas en los ojos nos dijo que le daba una pena enorme pero que teníamos que demostrarle nuestra lealtad presentándonos en la Penitenciaría. Nos insistió en que en ningún momento nos iba a abandonar. Cómo, si nosotros habíamos sido sus fieles colaboradores en muchos trances difíciles. No, dijo, no los voy a dejar morir solos. “Yo tengo palabra, comentó, y los voy a sacar del problema tan pronto se olvide el asunto.” Nos va a dar una buena lana —te porfía Salazar—, nos lo prometió. Empezando por ti.

Lo que Salazar no te comentó es que ya se había acordado que lo más conveniente sería declarar como los autores materiales del homicidio al viejo idiota de Néstor Martínez Cruz y a ti.

El martes 12 de marzo cito en mi domicilio al Coronel y a los principales jefes de la dirección de seguridad y les hablo con claridad, directamente:

—Señores: está en manos de la policía judicial, preso en la penitenciaría del estado, (Carlos) Francisco Pérez Valdez, quien confiesa ser el autor material del homicidio de

Calderón Lara. Sírvanse ustedes presentarse hoy mismo en el propio lugar y pónganse a las órdenes de las autoridades.

Reconozco que fue uno de los peores ratos de mi vida. Dar esa disposición a un grupo de colaboradores que en múltiples lances anteriores fueron útiles y leales, es muy duro. No conozco a muchos ejecutivos capaces de hacerlo, ni sé cómo pude afrontar semejante situación. Tuve, eso sí, autoridad moral para ello. De haber ordenado yo antes los ilícitos, jamás hubiera podido dar esa nueva orden, esa breve y definitiva orden. Todos ellos acudieron a distintas horas, y por su pie, a la cárcel, y de ese modo evitaron muchos incidentes que habrían empeorado las cosas. En seguida me quedé solo y tuve que dictar a Régulo mis declaraciones explicando aquello: “Ustedes tienen que ir a la cárcel. Yo tengo que explicar esto a Yucatán. Es terriblemente difícil” —recuerdo que les dije al despedirlos.

Jueves 14 de marzo, 1974

22:31 Te encuentras oculto en la parte trasera de una camioneta guayín. Te custodian dos agentes de la judicial. La camioneta la conduce ahora el capitán Leopoldo Castro, quien fue jefe de la Dirección General de Seguridad Pública y Tránsito Estatal al principio del gobierno de Loret de Mola. Tuvo que renunciar por sus transas y chingaderas. Y luego, que le imponen a huevo al Gobernador al coronel Gamboa. Orden federal. Qué chinga. El famoso capitán Castro: un auténtico cabrón. De ojos maliciosos, facciones gruesas, risa cínica y estentórea: El Chacal de la Reforma, lo apodaban los estudiantes por mierda e hijo de puta. Con ese bigote tan característico entre militares, políticos y policías: espeso bajo la nariz y desvanecido y bien recortado hacia las comisuras de los labios. El bigote como antifaz y símbolo del cabrón, del abusivo y del inflexible. Tal parece que ahora el capitán está chambeando otra vez con el Gobernador que lo llamó para que lo ayudara a salir del desmadre en el que están metidos por el asesinato del Charras. A su lado va Elías Harp, protegido de Castro. Ignoras a dónde te llevan. Poco antes, en la Penitenciaría de Mérida, Wilbert Peón te había pedido que firmaras la declaración que supuestamente te tomó Humberto Rojas, el Procurador de Justicia.

—Ésas no son mis declaraciones —protestaste.

—O la firmas o la firmas. Si no, voy a tener que mandar a que te pongan en la madre.

—Óyeme, si es a las de a huevo pues a huevo firmo —comentas. Ya sabes que de todos modos te van a obligar pero así al menos te ahorras la madriza.

Fue entonces que apareció el capitán Castro Gamboa.

—¿Cómo estás, güevón? —te dijo—. ¿Te están atendiendo bien? ¿No hay nada que se te ofrezca en lo que te podamos ayudar? A lo macho, di qué se te ofrece.

—Cigarros —contestaste—. En la Federal de Seguridad no me dejaban ni fumar.

Castro dio la orden para que te trajeran un cartón de cigarros Raleigh, cerillos, pastillas de menta, unas revistas para que te entretengas. Pide que te dejen a solas con él y con Harp.

—Están por llegar los peritos de la Procuraduría —te comentó—. No vayas a mencionar que te detuvieron en Campeche porque te devuelven a México, te rompen la madre y te sacan una nueva declaración. Di que te detuvieron en Mérida, en la gasolinera de San Fernando, cerca de donde vive tu mamá. Di que la ibas a visitar cuando te identificó el comandante Pastrana y te arrestó por sorpresa. Métele güevos al asunto y te prometo el trabajo de Chan López.

—No me esté dando atole con el dedo, Capitán. Ese hueso no va a ser nunca para mí. Ayer salió mi foto en todos los periódicos. Cómo voy a llegar a comandante, no la chingue.

—Tú haz lo que yo te diga que la policía la manejamos nosotros. Estate tranquilo, te vamos a pasar una lana para alivianarte.

—Para que firme lo que ustedes quieren necesito ver más claro, Capitán. Salazar me dijo que me iban a soltar ciento cincuenta mil por mis declaraciones.

—Salazar es un pendejo y tú también. No te vamos a dar ciento cincuenta sino doscientos cincuenta mil.

—Quiero verlos, capitán...

—¿Qué tal si lo llevamos con...? —intervino Harp codeando a Castro.

—Déjame ver cómo está el asunto —le contestó el Capitán—. Quédate con él mientras averiguo.

El capitán Castro salió del cuarto donde te tenían detenido y fue a hablar por teléfono.

—Sí, vamos —acordó Castro unos minutos después cuando estuvo de vuelta.

—¿Traes lana? —te preguntó Castro.

—Ni un clavo —mentiste, ocultando que Wilbert Vargas te había dado cinco mil pesos cuando ingresaste a la Penitenciaría negándose a revelar quién te los mandaba. Tenías ese dinero íntegro en tu bolsa. ¿En qué chingados lo ibas a gastar?

—Ten —te dijo y te entregó diez mil pesos—. Para que veas que va en serio que te vamos a ayudar.

Te sacaron con toda discreción de la Penitenciaría y te metieron en la parte de atrás de la camioneta guayín.

Castro, el Chacal de la Reforma, piensas en el trayecto, jefe de seguridad durante la campaña de Loret para Gobernador. En qué lío lo metió en Dzidzantún cuando Loret, todavía de candidato, terminó temblando en el techo del palacio municipal a causa del encabronamiento de la gente por los abusos y la violencia del capitán Castro. Aun así, cuando llegó a Gobernador, Loret lo nombró jefe de la Policía del Estado. Castro fue el que se encargó de juntar a los elementos más cabrones de toda la región para que colaboraran con él: pistoleros, traficantes, padrotes, abigeos, madreadores.

Leopoldo Castro Gamboa, capitán retirado del ejército y hombre de negocios con buenas dotes de organizador y capacidad para mando de gendarmería, listo y laborioso, leal al gobierno y personalmente a mí, pues llevábamos amistad desde el colegio, me fue muy útil en la campaña política para evitar agresiones de borrachitos panistas, pequeños transgresores del orden. Fuera del incidente de Dzidzantún, donde realmente hubo riesgos por tratarse de una celada que organizó Cervera de acuerdo con mis adversarios políticos, en verdad no hubo hechos que pusieran en peligro la paz pública.

Loret lo apoyaba en todo. De eso te acuerdas porque hasta tú participaste bajo el mando de él en desmadres de todo tipo sin que nunca hubiera problema: secuestros, chantajes, robo de animales, despojos de tierra, hasta desvalijamiento de borrachines. Y por supuesto protección a contrabandistas, tahúres y bancos de la “bolita”. Mucho antes de la aparición en escena del Charras, los estudiantes tomaron cartas en el asunto. Ellos no se andaban con mamadas. Atacaron la casa particular de Castro. La desmadraron. Loret se dio cuenta entonces de que la cosa iba en serio. Que aunque muy su amigo el Capitán le estaba dando más problemas que servicios. Le pidió su renuncia.

Muchos, no acostumbrados a funcionarios de ese vigor; pensaron que Castro mandaba; y le atacaron por tan inocente procedimiento, pretendiendo que, lastimado por su aureola, yo prescindiría de sus valiosos servicios. Me reí de todo eso y siempre apoyé a Castro, aun cuando en algunos casos se equivocara...

Por eso la noche del 21 de septiembre de 1973, cuando hubo el desorden organizado con el pretexto de la revocación del mandato al cabildo "sansorista" de Cervera, los estudiantes visitaron a Castro y le pidieron que renunciara. El capitán, creyendo que así me hacía un servicio o bien fastidiado de tantas presiones y angustias, y lastimado en aquella jornada porque asaltaron y destruyeron su casa particular mientras él atendía a sus deberes, dimitió irrevocablemente y me avisó que salía del cuartel para siempre. No la acepté, pero él se empeñó.

Sí, Castro fue "sacrificado" por Loret cuando los estudiantes lo tenían agarrado de los cojones. Lo sustituyó el comandante Enrique Cicero Salazar que no duró mucho tiempo. Quiso seguir la misma escuela de Castro pero ni madres. No tenía ni la personalidad, ni el temperamento, ni las relaciones. Aunque Cicero tenía los huevos bien puestos, eso tendrás oportunidad de comprobarlo en la cárcel de Chetumal. Pero no era político. Fue entonces que del centro enviaron a Gamboa, lo cual no le acabó de gustar al Gobernador. Mediante chinguitas provocadas a propósito, con grillas y con desmadres, Loret intentó meter al Coronel en cintura. Para entonces Gamboa se había echado ya a mucha gente a la bolsa. La verdad es que era más decente que Castro, lo cual no era muy difícil, y que por ser mocho impresionaba a los yucas. El Gobernador lo estuvo jodiendo hasta que el Coronel, como sus predecesores, terminó colaborando, brindando protección a las casas de juego, a las cantinas y bancos de "bolita" de Yucatán y sobre todo sirviendo a Loret.

Castro, por indicaciones mías, da una buena batida a los centros de vicio y tabernas. El alcoholismo es el gran enemigo del pueblo yucateco, especialmente humilde. Como Leopoldo tiene presencia de ánimo, jamás transfiere la responsabilidad de los actos de su gendarmería al ejecutivo, como otros funcionarios que escudan su timidez pusilánime en el superior.

Transitan durante varios minutos por la ciudad. Se detienen y oyes que tocan el claxon con insistencia. Entra a una casa y cuando Castro se cerciora de que han cerrado las puertas te dicen que puedes bajarte. Están en Los Aluxes, la casa del Gobernador. Cuando te incorporas lo primero que ves es la cara desconsolada de Loret de Mola. Pasan a su despacho:

—Qué bueno que llegaste Polo —le dice al capitán Gamboa con lágrimas en los ojos.

Loret está sentado frente a su escritorio sobre el que yace una pistola pequeña, una escuadra con cachas doradas.

—Tranquilo, señor, este muchacho ya aceptó todo.

—No, no lo he aceptado —protestas.

—Por favor, Pérez —te dice el Gobernador—, acepte usted las responsabilidades. Haga lo que se le pide que yo velaré por usted.

—Mi esposa está a punto de dar a luz. Necesito estar con ella.

—Le prometo que a su esposa la atenderán los doctores más prestigiados en la mejor clínica de Mérida.

—Me dijeron que si cooperaba me iba usted a dar doscientos cincuenta mil.

—Se le van a dar.

—De una vez. Deme un cheque a nombre de mi mujer.

—Todo a su tiempo. Si tu mujer se pone a gastar dinero frente a todo el mundo se van a dar cuenta de que por ahí hubo gato encerrado. Confía en mí. No te queda de otra.

—En mala hora nos metimos en este embrollo —le dice el Gobernador al capitán Castro—. Ya no aguanto más. He pensado en el suicidio. Mi reputación ha quedado por los suelos. ¿Ya leíste lo que dice la prensa? Todo por la culpa de ese cabrón de Charras... Hijo de puta... se merecía lo que le pasó, ya se sentía demasiado chingoncito, aunque nunca me imaginé que hasta después de muerto me iba a seguir jodiendo.

En ese momento el Gobernador rompe a llorar.

—Soy famoso como periodista Polo. Sé que la información puede manipularse pero como político en este momento me tambaleo. No quiero acabar, como tantos otros, en el basurero de la historia. Por eso tienes que ayudarme. ¿Ves esta pistola? —le dice al capitán Castro mostrándole la pequeña escuadra con cachas doradas—, te juro que he pensado hasta en darme un balazo.

Y mientras escuchas estas palabras sabes que a ti, efectivamente, no te quedará de otra que aceptar lo que te pidan.

XXI. INFIERNOS DEL ALMA

Viernes 15 de marzo, 1974

0:30 Los gritos, el abrir y cerrar de puertas y las luces de los pasillos te sacan del sueño profundo en el que te hallas inmerso. Te despiertas confundido. ¿Dónde estás? Hace muchas noches que no duermes en casa, que no ves a tu mujer ni a tu hija. Mientras te despabilas, recuerdas: en Mérida, en la Penitenciaría Juárez, acusado de la muerte de Efraín Calderón Lara. No hace mucho que el capitán Leopoldo Castro te sacó de tu cuarto para llevarte a ver al Gobernador. ¿Cuánto? ¿Una, dos horas? Escuchas pasos, alboroto. Te levantas de tu camastro y te asomas a ver qué ocurre. Ves por la rendija que hay un tumulto fuera de la Penitenciaría. En ese momento abren la puerta de tu cuarto.

—¡Péinate cabrón que ahí está la prensa! ¡Se los llevan para Chetumal! —te grita el celador mientras despierta a los otros, cuarto por cuarto.

—Los vamos a enviar a Chetumal para evitar presiones de los estudiantes y de la opinión pública —te había confiado el capitán Castro—. Logramos que los juzguen en Quintana Roo para aliviar toda la presión que tiene el Gobernador encima. En cuanto llegues a la cárcel preguntas por el cabo de galera o por el más cabrón de allí y le pegas la mano con lana para que te proteja. Eso vamos a hacer con todos ustedes para evitar que los maltraten.

Te abres el pantalón de color rojo quemado, estiras tu camiseta blanca con rayas negras y te la acomodas lo mejor que puedes. Te cierras la pretina. El celador te abre la puerta y pasas al baño. Orinas. Te lavas las manos y la cara. Te peinas. Te devuelven a la celda y coges tu suéter. Sientes los ojos hinchados. Has dormido poco. Tienes el estómago revuelto y sientes un poco de náusea. Dos agentes de la judicial te custodian por la escalera, por los pasillos, rumbo a la calle.

Por lo visto eres el primero en salir. Afuera hay un gran alboroto. Curiosos, reporteros, fotógrafos. Tan pronto sales a la calle te empiezan a disparar las cámaras: flash/ flash/flash/flash. Clavas los ojos en el piso e intentas que tu cara refleje algún pesar pero una leve sonrisa te delata: te sientes importante, hasta un poco satisfecho. Tanta gente reunida para verte, para fotografiarte, aún en plena madrugada. Los de la judicial te abren paso y te meten a una combi. No eres el primero. Cuando te subes a la camioneta ves que ya está ahí el viejo Cruz, con su camiseta roja de siempre y su luido pantalón café. El viejo te mira con sus ojos idiotizados sin rencor alguno aunque sin afecto ni complicidad.

—Ustedes ya no digan ni una palabra más sobre el asunto de Calderón —te indicó el capitán Castro—. Para cuando los llamen a declarar ya habré enviado copias de lo que deben decir las actas. Todo lo preparamos para evitar que se los chinguen. Apréndanse las declaraciones de memoria y eso mismo recitan ante el Ministerio Público que también tiene órdenes de ayudarlos.

Desde la combi ves salir a Salazar Cordero que, tranquilo, bien peinado, con el cabello todavía húmedo, su raya muy derecha, aborda la camioneta y se sienta junto a ti. Te toca una pierna a

manera de saludo. Viste de camisa blanca de manga corta.

Sale el coronel Gamboa. Qué bruto, qué diferencia con Castro. A leguas se ve que el capitán es mucho más cabrón. El pobre diablo del Coronel apenas logra disimular su gesto de santurrón con su bigote de azotador. Demacrado, camina con parsimonia y saluda a los agentes, hasta hace unos días sus subalternos. Sonríe con uno de ellos. ¿Será porque lo aprecia? ¿O es que como tú el Coronel también se siente satisfecho de ver a tanta gente reunida en torno a él? Gamboa viste de guayabera blanca y pantalón gris. A él no lo meten a la combi donde están ustedes sino que lo suben a un automóvil sin placas.

—Tú échale una mano al viejo Cruz que es muy pendejo, para que no la vaya a regar. Firmen todo lo que les presenten que no habrá ningún pedo, me cae de madre.

Chan López sale a la calle tratando de aparentar calma. Mueve sus gruesos brazos mientras camina pavoneándose. Mira hacia el piso evadiendo a reporteros y camarógrafos. Su camisa roja, que usa por fuera del pantalón, te hace pensar en toda la sangre que viste correr mientras trabajaste con él. Metralleta en mano lo viste detener a alborotadores obreros y campesinos. Los golpeaba, los acusaba de agitadores y los amenazaba con cárceles y madrizas de tal forma que cuando los soltaba pocas veces reincidían pues se iban muertos de miedo. A él lo suben a la patrulla 12 de la DGSPTE.

Marrufo sale al último, de guayabera blanca de manga corta y pantalón caqui. Él también saluda a los reporteros y a los agentes. Cuántos de ellos no le deberán favores, pero también cuántos no se regocijarán de verlo detenido, jodido, indefenso, como él tuvo a tantos otros mientras estuvo de comanche. Ya para que el capitán Castro lo cesara en dos ocasiones por abuso de autoridad es que se las traía el cabrón. Pero Gamboa lo volvió a contratar. Y es que Marrufo conocía al dedillo los congales disfrazados, la venta clandestina de chupe, los conectes en las drogas. Varias veces saliste con él de comisión. Cuando estaba de buenas se portaba cuate pero cuando estaba encabronado se convertía en el más desalmado hijueputa. A Marrufo lo suben, solo, a otra patrulla, a la 777.

—¿Qué hora es? —preguntas.

1:38 Parece que ya se van. Primero sale el automóvil en el que va Gamboa, luego la patrulla que lleva a Chan López; le sigue la 777 de Marrufo Chan y luego la combi donde van ustedes. Una camioneta con cuatro agentes federales armados con metralletas va detrás de ustedes.

9:13 Cuando llegan a Chetumal se les une un nuevo contingente que viene a reforzar a los de seguridad que los vigilan. Llegan a la cárcel custodiados por quince elementos federales.

Te llama la atención la prisión. Es una casa rodeada de jardín y protegida por una barda de no más de metro y medio de altura. Ves la cara de algunos reos que, asidos a los barrotes de sus celdas, se asoman a la calle para observarlos. Hay mucha gente afuera. Tan pronto llegan ustedes los bajan de los vehículos y escuchan que hay orden de que se prohíba el paso a toda persona que no sea del Ministerio Público. Es obvio que la vigilancia ha sido reforzada. Aguas, oyes que dice alguien. Se espera la llegada de unos estudiantes. Puede haber problemas.

Sábado 16 de marzo, 1974

—El gobernador no tiene detergente en el enjuague — afirma el coronel Gamboa—. No estoy satisfecho con mi situación. Mis compañeros, con tal de lograr su libertad, me han cubierto de

infundios. No me importa. Confío en que hay un Dios que me juzgará.

El coronel Gamboa fue recluido en una celda de distinción de la Penitenciaría de Chetumal. La celda está dividida por un cancel de cartón decorado con burdas imágenes de la Virgen de Guadalupe, del Sagrado Corazón de Jesús, de San Francisco de Asís y de la Inmaculada Concepción. Entre una imagen y otra se ven las cabezas aladas de supuestos angelillos.

En cuanto llegaron a la cárcel de Chetumal la multitud de curiosos que se había congregado frente a la casa acondicionada como penal empezó a insultarlos y a gritarles todo tipo de improperios. Los propios presos, una vez que los vieron entrar, les empezaron a arrojar jitomates, huevos podridos, mierda y orines.

—¡Se les pasó la mano, pinches policías! —les gritaban y les aventaban cuanta porquería tenían cerca.

—¡Los vamos a quemar vivos!, ¡tiras hijueputas!

Un abanico eléctrico, “proporcionado por un amigo”, descansa sobre una pequeña repisa clavada en la descarapelada pared, cerca de la hamaca donde el Coronel, recostado y en pijama, se mece mientras habla.

—Juro ante Dios, aunque los hombres no me lo crean, que no hubo en mí el menor dolo ni el menor engaño; que únicamente me guió el afán de evitar desgracias; desgracias que se cometieron sin mi consentimiento puesto que el daño ya estaba hecho y no se podía remediar.

Del lado izquierdo, en los entrepaños de la repisa sobre la que se encuentra el ventilador, se ven algunos objetos personales del Coronel: una pastilla de jabón, una máquina de afeitar, un rollo de papel higiénico, un desodorante y unos lentes bifocales. El Coronel es el único entre los detenidos al que le permitieron colocar una hamaca en su celda. Para sujetarla se sirvió de dos crucifijos de madera clavados a las sucias paredes del penal. Del lugar donde debería de hallarse Cristo penden las sogas que sujetan la hamaca en cada uno de los extremos. Entre la repisa y la hamaca hay una silla de madera. Del lado derecho de la alcayata y cerca del rincón se aprecian varias prendas de ropa colgadas en ganchos.

—Permanecí callado porque no quise causar más malestares a un gobernante indiscutiblemente limpio y entregado a su pueblo. El único que podrá juzgar es el Creador.

Habían corrido rumores de que en días pasados el coronel Gamboa intentó quitarse la vida. Según esto, el Coronel había escrito unas cartas al Gobernador de Yucatán en las que se adjudicaba toda la culpa y en las que afirmaba que deseaba morir como mártir por el bien del pueblo. Supuestamente quienes lo custodiaban se dieron cuenta a tiempo de sus intenciones y lograron impedir el suicidio. Sin embargo, se rumora que el coronel Gamboa corre peligro de ser desaparecido o silenciado. No obstante, el sargento Patiño, encargado momentáneamente del penal, declaró que esos rumores eran infundados y que los presos se encontraban bien y bajo vigilancia.

Del otro lado del biombo de figuras religiosas, hay otra silla y una pequeña mesa en donde el Coronel hace sus comidas. Una puerta de refrigerador le sirve de despensa; en ella el Coronel ha colocado algunas latas compradas aquí, en Chetumal: corned beef Tulip, quesos del gallito, mantequilla holandesa, caramelos, galletas.

—Quizá algún día los creyentes en Dios verán que no defraudé su fe. Acepto el infierno que en el alma llevo, no porque me sienta culpable ni un segundo de un daño que no hice, y pongo a Dios por testigo de ello, sino porque al querer servir a la sociedad, a mi sombra y bajo mis pies se cometió una infamia que nunca he cometido ni cometeré.

El Coronel tiene libertad de salir y entrar a su cuarto de distinción según le plazca. Por ahora

no se encuentra ni un policía cerca.

—Jamás pensé y nunca quise que se hiciera ni un raspón ni mucho menos a Charras, aunque no lo crean... Por mi madre que no quise que le hicieran ningún daño. Soy inocente, lo juro.

—¡Coronel! ¡Es la hora del baño! —le grita uno de los celadores.

—Me llevan como un reo, me traen como un reo, soy un reo... A mi edad, a los cincuenta y cinco años, estar en una cárcel me resulta terrible. Mi hoja de servicios es modesta. He cumplido con algunas misiones más o menos importantes... Y siempre cumplí con las órdenes que recibí... de arriba...

Carlos Marrufo no tiene celda de distinción pero tampoco está recluido en las bartolinas donde se encuentra el resto de los detenidos por el caso Charras. Hoy está vestido de guayabera blanca, pantalón gris y huaraches. A la fecha es el único que cuenta con un defensor. Sonríe a cada momento y se muestra cínico y altivo. Fuma y comenta:

—¿Cuál problema? Yo no tengo problemas. Que hable el coronel Gamboa. Nosotros no tenemos nada que decir.

—¿Arrepentimiento? Aquí no estamos en la iglesia ni caben exámenes de conciencia. Somos nosotros los que deberíamos estar resentidos por todo esto.

Los demás presos se hallan confinados en sus respectivas bartolinas que no son otra cosa que cuartuchos en forma de cajón de un metro de ancho y dos de largo con una cama de piedra como único mobiliario.

—¡Otra celda! —clama Chan López llorando a gritos y sacudiendo la reja—. ¡Me van a matar! ¡Sáquenme de aquí!

Chan López sigue gritando hasta que acuden los celadores y se lo llevan a la dirección para que le inyecten unos calmantes. Desde el primer día en Chetumal entró en una crisis nerviosa que obligó a las autoridades a que lo internaran por un tiempo en un hospital.

—Si lo hubiera pensado dos veces no habría disparado contra Calderón ni me hubiera metido en este desmadre —afirma Pérez Valdez—. Estoy consciente de que me perdonarán todo menos el homicidio... Sé que aquí me pudriré de por vida...

—Al principio le guardaba rencor a Gamboa. Ahora no. Por lo poco que lo conozco no creo que él haya dado la orden.

Miércoles 20 de marzo, 1974

El día en que se dicta la orden de formal prisión el coronel Gamboa recibe la visita del presbítero Francisco Montañéz Jure, enviado por el señor arzobispo de Yucatán, Dr. Manuel Castro Ruiz.

—El arzobispo le manda un saludo y la bendición del Santísimo le dice al Coronel.

También estuvo en la cárcel el sacerdote Miguel Erales Córdova quien le comentó a Gamboa:

—Estoy para servirle, Coronel. Cuando me necesite mándeme llamar. Aquí soy muy conocido.

La orden de formal prisión dice así:

“Con fecha veinte de marzo de 1974, mil novecientos setenta y cuatro, el C. Juez Mixto de Primera Instancia del Territorio de Quintana Roo, dictó auto el cual contiene los siguientes puntos resolutivos: PRIMERO. Siendo las ocho horas del día se decreta la formal prisión en la penitenciaría de este territorio de los indicados José Felipe Gamboa Gamboa (teniente Coronel, director de Seguridad Pública y Tránsito del Estado de Yucatán); Carlos Marrufo Chan (capitán, subdirector administrativo de la misma dirección); Víctor Manuel Chan López (comandante de la Sección de Patrullas Estatales); William Salazar Cordero (subcomandante de la misma

Dirección); Néstor Martínez Cruz (sargento) y Carlos Francisco Pérez Valdez (agente de patrullas) como presuntos responsables; los tres primeros de los delitos de SECUESTRO Y HOMICIDIO, el cuarto del delito de ENCUBRIMIENTO DE HOMICIDIO y los dos últimos de SECUESTRO, HOMICIDIO y VIOLACIÓN de las leyes sobre INHUMACIONES, que les imputó el representante social en esta causa, delitos por los que se les seguirá proceso...”

Cuando llega la sentencia, un año y medio después de la orden de formal prisión, a Néstor Martínez Cruz y a Carlos Francisco Pérez Valdez los condenan a veinticinco años. Los demás inculcados deben pagar una condena de dos años de prisión.

Al escuchar la sentencia tú, Pérez Valdez, te echas de carcajadas hasta que el juez ordena que te saquen de la sala.

XXII. LA ENTREVISTA

Viernes 22 de marzo, 1974

—Sólo la renuncia del Gobernador devolverá la paz a Yucatán —afirma José.

Ante la mirada inescrutable de Luis Echeverría Álvarez, José Calderón, el hermano menor de Charras, habla con voz vehemente tratando de guardar calma y compostura. Echeverría escucha en silencio. Su rostro, no obstante, con los músculos de la quijada tensos, delata que le irrita lo que está oyendo. Por lo demás, permanece inmutable. El Presidente de la República está en el primer asiento del autobús que usa para su gira de trabajo por el Estado de México. José, de pie, le expone:

—Vengo a pedirle que me escuche y, si es posible, que intervenga para que se castigue a los auténticos autores intelectuales del crimen de mi hermano. Todo estuvo muy raro desde el principio. Nadie quería hacerse responsable de levantar el acta del secuestro y de ahí en adelante siempre hubo impedimentos burocráticos para hacer cualquier demanda legal. Era obvio que había instrucciones de obstaculizar el caso a como diera lugar. La gente de las diferentes dependencias tenía miedo hasta de firmar de recibido un documento de cualquier cosa que estuviera relacionada con Charras. Los periódicos locales mantuvieron un silencio vergonzoso en torno al caso e intentaron por todos los medios desvirtuar la gravedad del incidente llegando tan lejos como para publicar suposiciones y acusaciones espurias. Era clarísimo que estaban manipulados. En cuanto al asesinato de mi hermano hay muchas cosas turbias. Es muy probable que a Charras no lo hayan matado el día del secuestro como se afirma. Ningún cuerpo resistiría seis días en el campo sin que los animales de rapiña dieran cuenta de él. Hasta el calor lo hubiera descompuesto. Pero lo hayan matado o no ese día es obvio que el Gobernador sabía quiénes eran los raptores y dónde estaba mi hermano. Lo más probable es que a la policía se le haya pasado la mano torturándolo y por eso lo tuvieron que sacrificar. Cinco días después del secuestro, mi familia y yo le exigimos al Gobernador la aparición de Charras o, le dije, “de perdida su cadáver”. Después de eso mi hermano apareció como por arte de magia a orillas de la carretera en Quintana Roo, muerto, por supuesto. Los partes oficiales adujeron que a Charras lo asesinaron fuera de Yucatán pero lo más probable es que hayan dejado ahí su cadáver para quitarle problemas de encima al Gobernador.

José y Echeverría se hayan completamente a solas. El Presidente accedió a la entrevista a última hora. José había estado a la espera desde varios días antes, cuando de súbito le avisaron que Echeverría lo recibiría durante uno de los descansos de su gira.

—Los secuestradores de mi hermano no lo llevaron a Chetumal, como se pretende, sino tal parece que se escondieron en el “Enlace”, unas bodegas abandonadas cercanas a la ciudad de Mérida, donde Charras fue primero torturado y luego asesinado. Las investigaciones oficiales afirman que el cadáver fue arrastrado y dicen que por eso tenía las uñas de los pies rotas. Cuando

encontraron a mi hermano le faltaban varios dientes, tenía piquetes por todo el cuerpo, quemaduras de cigarro, moretones y los testículos mutilados. En las investigaciones, sin embargo, se arguye que los dientes se le cayeron por putrefacción y en las autopsias apenas y se alude a las huellas de tortura.

Los ojos de Echeverría, escudados tras los cristales de sus gafas, permanecen impávidos. Mira con esos ojos tan suyos que se convierten en casi una rendija cuando está atento a lo que le dicen. José vino desde Mérida con el propósito expreso de tener esa reunión. Esperó tres, cuatro días contando con el apoyo de la Confederación de Estudiantes del Sureste y de la Confederación de Jóvenes Mexicanos para pedirle a Echeverría que abriera una nueva investigación sobre el caso de su hermano, debido a todas las contradicciones, irregularidades e incoherencias que se han visto a lo largo del proceso. Resolvió apelar a él como último recurso, porque nadie más podría ayudarlo dado el rango de la gente involucrada y, además, porque la imagen que Echeverría ha buscado es la de un hombre progresista con conciencia social.

—Todo el mundo sabe que Quiroz Cuarón es muy amigo del Gobernador desde hace años. Su intervención en el caso fue el golpe maestro de Loret que, escudado en el prestigio y la supuesta seriedad del criminalista, pudo lavarse las manos y eximirse de culpas. Quiroz planeó las declaraciones de la manera más hábil para culpar a los más desprotegidos y eximir al Gobernador de toda responsabilidad en el crimen. Según las investigaciones él no tuvo ninguna participación. Pero si el Gobernador reconoció que los de su propio cuerpo de policía fueron los autores materiales e intelectuales del crimen, ¿por qué sólo le permitió acceso a los separos de Mérida al capitán Leopoldo Castro, ex jefe de la policía y también hombre de toda la confianza del Gobernador? ¿Cómo puede justificar Loret que se haya comprado un automóvil de modelo reciente para llevar a cabo una operación que él desconocía? ¿De dónde salió el dinero? ¿Quién autorizó las placas y los documentos falsos? Usted sabe que en el medio político nadie mueve un dedo sin la autorización del Gobernador, ni el más humilde peón. Lo que ocurrió entre el Gobernador y sus subalternos no fue una traición a su confianza sino una serie de torpezas y arbitrariedades que se han tratado de solapar con todo tipo de argucias. En mi opinión el crimen fue planeado por el propio Gobernador, presionado por los líderes de la CTM y los industriales afectados por la creación de los sindicatos independientes. Ahora, con el pretexto de que existe una conjura contra Yucatán, además de manipular a la prensa y a la televisión el Gobernador está promoviendo que lo respalden los de la casta maldita y demás advenedizos que nunca han buscado otra cosa que su propio beneficio. Lo único que le pido es que se ordene una nueva investigación que tome en cuenta lo que le he mencionado.

Durante su fugaz encuentro, Echeverría no pronuncia una sola palabra. Deja que José hable a sus anchas aunque desde antes se le advirtió que fuera sumamente breve pues el Presidente estaba cansado. Echeverría no lo interrumpe; no le hace pregunta ni comentario alguno sobre lo que escucha. José selecciona con cuidado sus palabras y expone, lo más ordenada y sucintamente que puede, lo que él considera las falsedades e irregularidades del caso. Cuando José termina de hablar, Luis Echeverría Álvarez hace una seña y un elemento del estado mayor abre la puerta del autobús. José se levanta y abandona el vehículo sin escuchar una sola palabra de labios del Presidente de la República.

XXIII. X'CAUES

No sé cuánto tiempo ha pasado. Horas, días, semanas. Dónde estoy. Cómo me trajeron. Qué hago aquí. Qué hora es. ¿De día? ¿De noche? Trato de abrir los ojos. No puedo. No alcanzo a mover mis párpados inflamados, por el dolor, por los golpes o porque los tengo cubiertos, pero no puedo. En mi oscuridad logro percibir un vago reflejo de luz. ¿Velas? ¿La luna? Oigo voces, gritos, risas. ¿En dónde estoy? ¿Bajo algún techo? ¿A la intemperie? Tal vez me halle en los adentros de los mismos infiernos. No me puedo tocar la cara. Siento sobre toda la frente un enorme chichón. Las manos y los pies atados. Los oigo. Burlas. La sangre coagulada sobre mi rostro. Me faltan varios dientes.

—Este cabrón se andaba soltando.

—¿Cómo que se andaba soltando? A ver tráiganmelo para acá.

—¿Con que muy chingoncito, no Charras?

Le escupo la cara.

—Pónganle en la madre.

El viejo me detiene por la espalda. Se me acercan. Me miran de arriba abajo.

—Chinguen su puta madre —digo.

Uno de ellos se sonrío. Me tira un puntapié que me estrella los testículos, me dobla de dolor y me reciben con el cañón de la pistola en la boca. El viejo me suelta. Caigo. Me ahogo. Tengo la boca inundada de sangre. Escupo. Varios dientes caen al suelo.

—Ahora sí, cabrón, ¿no que muy gallito?

—Para que dejes de estar chingando, ¡agitador de mierda, rojillo! —me grita otro.

—¡Hijueputa, hijueputa! —claman enloquecidos mientras me hunden las costillas a patadas. Trato de protegerme la cabeza con las manos pero me sujetan los brazos y me cuecen a patadas por todos lados.

Mi tío Raymundo me enseña una gallinita de barro empollando sobre un poco de paja. La saca de su closet a hurtadillas. Me mira con una sonrisa de complicidad en los labios. No le encuentro el chiste. Entonces la abre en dos. Mira, me dice, y adentro veo la figura de un hombre y de una mujer desnudos, listos para coger. Mi tío se ríe. El hombre tiene el sexo erecto. La mujer está recostada sobre su espalda, abierta de piernas. En el sexo tiene pegado un poco de pelo para simular el vello púbico.

Estoy atado a una roca. Una enorme ave de rapiña aletea y pasa junto a mí. No me puedo mover. Sé que viene tras mi corazón. Me pego a la piedra. Risas. Siento los mordiscos, los picos que rasgan mi piel. El cuerpo se me empieza a caer a pedazos. Los pájaros negros vuelan en círculo sobre un cielo amenazante.

—Vamos a quemarlo.

—Vamos a pisarle las patas, al fin que no trae zapatos.

—Te los vamos a cortar, para que no andes presumiendo de güevos, ¡pendejo!

Veo el reloj de Hopelchén. Van a dar las siete. Camino a la escuela. No sé en ese momento que soy feliz como nunca lo volveré a ser. Senos de mujer. La primera vez que tuve unos en mis manos: una mestiza muy morena y un poco gorda lavaba la ropa en el patio de la casa del abuelo Tomás: camino sigiloso. Ella está de espaldas, frente al lavadero. La sorprendo y pongo mis palmas sobre sus globitos llenos de agua. Te lo voy a cortar, me dice, riéndose y yo veo la carne oscura de sus encías.

Frío. Oigo, uno a uno, los graznidos amenazantes, burlones, deformados de los pajarracos. ¿Estoy maniatado contra una roca, o me tienen entre las ramas secas de un árbol a manera de jaula? Han dejado de volar. Unos esperan sobre las ramas. Otros se me acercan a brincos a tirarme picotazos. Siento dolor en las piernas. Humo, carne chamuscada.

—Tu padre ha muerto —me dicen.

La palabra *muerte* me pega en la cabeza como un mazo. Me echo a llorar. Veo gente, mucha gente y un gran desorden. El pueblo de Hopelchén hace una larga fila. Camino junto a mi madre. Vamos hacia el cementerio. Beti va con nosotros. Los ojos lastimeros del cortejo nos contemplan.

Quiero moverme.

Estoy paralizado.

—¿Qué esperas para darle en la madre? —alcanzo a oír—. Ésas son nuestras órdenes, así que hala.

—Échatelo tú.

—¿Yo por qué? Tú fuiste quien más lo estuvo puteando. Ya ni la jodes, se te pasó la mano.

—Es que todavía me duele la patada que me dio aquí el hijueputa.

—Con la 45 yo lo haría mierda.

—Ahora se chingan o tú o él.

Una playa cerca de Cancún. Mi coche junto a la carretera. Una mujer a mi lado, desnuda. Veo sus nalgas espolvoreadas de arena fina y blanca.

Voces lejanas. Un pajarraco me arranca el cabello. Me duele la boca. La siento inflamada. Mi labio superior me toca la nariz. Tengo las encías reblandecidas y sabor a sangre en el paladar. Mi lengua está seca, como un pedazo infecto de carne que los pajarracos intentan mordisquear. Algunos dientes se me mueven. Siento dolor: en la cara, en las piernas, en las costillas, en los testículos pero sobre todo en las uñas de los pies: asciende de mis dedos a las espinillas y de ahí por los muslos hasta la columna vertebral. Oigo pequeñas explosiones en mi cerebro. Varios pajarracos sobre las ramas se acercan poco a poco a mí. Hago un esfuerzo. Con las manos atadas a la espalda me resulta difícil moverme. Intento zafarme. Debo evitar que me devoren. Pero no tengo más fuerza. Mi cuerpo está frío a pesar de que siento los primeros rayos de sol. Ruidos. Alguien se acerca. Siento aire en la cara. Un graznido. Me quedo inmóvil. Adivino los ojos malévolos y voraces del ave que, frente a mí, chilla y bate sus alas, suspendida en el aire a la altura de mi pecho. Los otros pajarracos, sobre el piso, se entretienen picoteándome las piernas. Recuerdo el sabor dulce de los cocoyoles en miel de piloncillo. Al ver que me no puedo defender, saltan a tirarme tarascazos en el estómago. Anhelan mis entrañas. Pese a todo siento que mi

corazón se mantiene intacto. Trepo por un árbol para buscar unos tamarindos frente a la casa de las Novelo. Ama me mira. Qué bárbaro, dice y

XXIV. EL TRATO

Domingo 31 de julio, 1977

Porque te dijeron que Chan López le habían ofrecido ciento cincuenta mil pesos para que te matara cuando estabas todavía detenido en Campeche y que él no aceptó porque entonces eso se volvería una cadenita y luego seguiría él y es que cuando ellos salieron año y medio después mediante presiones y amenazas, tú que planeabas poner una casa de huéspedes o un hotelito para que lo atendiera tu mujer, te acordaste que habías firmado tú junto con los otros un telegrama que decía Ordene usted libertad inmediata o Yucatán sabrá nombre asesino de Charras y es que cada vez que llegaba Echeverría a la península aprovechaban para amenazar por teléfono al Gobernador diciéndole que si no les resolvía el problema mandarían a sus esposas con una cinta grabada para que se la entregara al Presidente y días después el Gobernador mandaba a Cervera Mangas, su secretario particular, para que hablara con ustedes a tratar de convencerlos si lo que yo he estado haciendo es por ustedes nada más yo Miguel Ángel Cervera no el secretario particular del gobierno eso es lo que quiero que me entiendan vengo yo con cariño con afecto para ver cómo carajos puedo ayudar en esta cosa tan desagradable tan penosa en la que más quisiera que abrir una llave y que salgan ustedes ahora la cosa de que no salgan comprenderán ustedes que no es tan fácil van a salir yo estoy poniendo todo de mi parte y lo saben ustedes sin ningún interés nada más por el mero hecho de que son mis amigos y que nos hemos llevado y entonces les suelta la lana claro a los que se habían quedado en el tambo porque a William Salazar lo sacaron a los veinte días de estar en Chetumal y aunque Cicero y Burgos se habían dado a la fuga y tú lo viste con tus propios ojos desde la cárcel de Mérida cuando escaparon a México y se comunicaron con el Gobernador él los convenció de que se entregaran e hizo un pacto con ellos para que aceptaran las declaraciones y las firmaran y a cambio él ofreció que en poco tiempo los sacaría de la cárcel y les resolvería el problema económico a ellos y a sus familias como también se los dijo a todos ustedes pues luego que saliste tú de hablar con él aquella noche cuando te llevó el capitán Castro viste que entraba otra camioneta a Los Aluxes donde venían Gamboa y Marrufo y Chan López y Salazar para arreglarse con el Gobernador por medio de Castro y por eso cuando estuvieron todos juntos en Chetumal se pusieron de acuerdo para que en las declaraciones dejaran limpio a Burgos para que pudiera servir de contacto entre ustedes y el Gobernador y ustedes y sus familiares y al principio parecía que todo iba bien y cuando declararon en Chetumal lo tenían todo memorizado pues les dieron unas copias de antemano y aunque las declaraciones sean muy parecidas a las que te obligaron a firmar en Mérida había algunos cambios que al principio te asustaron porque ahí decía que cuando ustedes detuvieron a Charras él estaba tomado y que se les había dado exclusivamente la orden de detenerlo y alejarlo de la ciudad pero claro no se mencionaba nada de lo que les ordenó el capitán Marrufo al final del día y muchas cosas que no creyeron convenientes pues no se mencionaron en lo más mínimo pero sí decía que tan pronto lo habían subido al coche

le inyectaron Tuinal o Seconal no te acuerdas exactamente dizque para dormirlo o anestesiarlo para que no les causara problemas y entonces tú dijiste no eso yo no lo firmo pero te convencieron de que eso iba en tu favor pues tú eras patrullero y los patrulleros eran peritos de carrera y que cuando había accidentes en la carretera ustedes estaban autorizados a inyectar porque tenían conocimientos de primeros auxilios y que en realidad lo de las inyecciones era un mero pretexto para argumentar que se había cruzado que se había puesto muy agresivo y muy incontrolable que te había atacado y que pues no te quedó más remedio que meterle un balazo y que entonces sería más fácil defenderte y te medio convencieron además de que no tenías mucho de dónde escoger y viste que todos los demás firmaban sin chistar así que mal de muchos y al único que nunca lograron agarrar fue a Eduardo Sáenz ese cabrón sí chingó pues logró pelárseles y muchas veces te has preguntado ¿por qué a él no lo persiguieron como a Burgos y a Cicero? pero claro Sáenz era un pez chico y además te emboletó a ti y él se cuidó de no comprometerse demasiado y ni la ley ni los periódicos recalcaron que uno de ustedes andaba prófugo y nadie se volvió a acordar y qué bueno cuando menos a él le pelaran los dientes y es que el Gobernador les había pedido a todos los demás que no se ampararan porque como dijo él si no a quién iba a meter a la cárcel y si no meto a nadie se acabó el gobierno de Yucatán y allí van todos para adentro al fin que en unos meses saldrían y todos con sueldo pues a los pocos días de estar en Chetumal fue cuando llegó el secre particular del Gober y los reunió a todos y empezó a bromear y a hacer chistes de su situación para ustedes esto debe ser como un juego unas vacaciones pagadas viaje a la sombra de Chetumal y reciba su sueldo íntegro sin trabajar y disfrute de la bartolina suit y de las terrazas de distinción que se encabrona Cicero que había sido sargento del ejército y que sabía defensa personal y que agarra a Cervera y le dice que no esté chingando y que se dejara de choteos y entonces les entregó quince mil pesos a cada uno y les dijo de los sueldos que les habían asignado a Gamboa cinco mil bolas mensuales Cicero y Salazar cuatro mil quinientos Marrufo cuatro Chan cuatro Néstor dos mil quinientos ¿Y tú? A ti te dice con cara llena de satisfacción a ti te toca triple sueldo te vas a llevar a la bolsa seis mil pesitos mensuales y se te hizo raro que nadie protestara ni Gamboa ni Cicero que era el más gallito pues claro cómo iban a protestar si tú eras el que se iba a llevar la peor chinga bueno tú y el viejo Néstor que no le importa un cacahuete a nadie y además el secre les dijo que también a sus esposas les iban a soltar una lana para que no tuvieran problemas mientras ustedes estaban en el bote bueno siquiera ¿no? y ya con dinero empiezan a controlar la cosa dentro de la Peni y les prestan centavos a los celadores y ellos en pago los sacan en las noches y los acompañan a algún cabaretucho y a tomar la copa todos claro menos Gamboa que es bien santurrón y se la pasa en su celda rezando y ustedes se empedan hasta en las celdas y Cicero es el que toma más y cuando se pone bien pedo hace llamadas a Mérida y le dice a su esposa que vaya a ver al Gobernador que lo presione para que lo saque ya que se exhiba con los estudiantes y que les entregue las cartas que él le mande y es que la sentencia no llega y el tiempo ha ido pasando y nada todos se encuentran desesperados llevan ahí más de un año y no ven claro y otro telegrama Necesitamos dinero premio usted ofreció callara asesinato Charras y es que Cervera les había dicho que al salir de la cárcel cada uno recibiría ciento cincuenta mil pesos y que a ti te entregarían doscientos cincuenta mil y se suponía que todos estarían afuera en tres meses pero nada y Cicero decía ante los representantes del Gobernador quiero que me saquen porque el gobierno de Yucatán fue el que me metió aquí yo no maté ni secuestre a nadie el Gobernador lo sabe hice un trato con él y tanto mi familia como yo tenemos problemas ellos económicos y yo todavía sigo preso pero si el tribunal me sentencia por homicidio mi trato con el Gobernador termina no le recibo ni un centavo más pero tampoco sigo aguantando la prisión en un

mes el gobierno de Yucatán tiene tiempo suficiente para mandarme matar ya lo han hecho antes no me diga usted que no nos hagamos pendejos entonces mándenme a matar o sáquenme de aquí y para entonces ya era abril de 1975 y Cicero no quería pasar ni un mes más y el tribunal tocaba el día once y fue entonces que mandaron ese otro telegrama Señor el día 5 queremos todo el dinero el día quince a más tardar la libertad que también firmaron todos pero para entonces el Gobernador se sentía muy seguro y les contestó con un recadito A mí me la pelan yo me tambaleo pero no me caigo atentamente Loret de Mola y pues ni modo no les quedaba más que esperar y al poco tiempo llegó la sentencia y salieron todos menos el viejo Cruz y tú que ya antes habían apelado para que les quitaran el delito de secuestro y se los concedieron pero así y todo los dejaron en el tambo y todos los demás se fueron en sus coches pues ya desde antes los dejaban salir a la hora que se les pegara la gana desde las seis de la mañana si querían y cada quien tenía su automóvil y como despedida se fueron a tomar una copa Cicero que era el más sincero verso sin esfuerzo dijo que él ni madres que él no volvía a poner un pie en Chetumal en su puta vida que ése había sido el peor azote de su existencia y que si él te ayudaba sería sólo moralmente cabrón como si con eso te fuera a dar mucha ayuda y pues salieron a tomar ahí a un antro de Chetumal donde ya eran conocidos y todos se pusieron hasta la misma madre y prometieron ayudarte porque al viejo Cruz ni quien le tirara un pedo y no dejarte solo y eso te lo prometieron todos menos Cicero por sincero y aunque la neta es que todos acabaron odiándose por estarse viendo la chingada jeta de hijueputas todo el día y porque todos sabían que cada uno era más mierda que el otro así y todo se abrazaron y se juraron amistad y yo los estimo aunque sean unos reverendos cabrones mi comanche y ellos te miraban desde sus lentes oscuros y se reían contigo y te decían qué chinga nos pararon por tu huevotes y pues tu también te reías con ellos y la verdad es que ya te valía madres todo pues cuando ellos finalmente se fueron bastante pedos formando una caravana te regresaste solo a la Peni y te diste cuenta de que tenías ya muchísimas facilidades y que te salías en tu camioneta cuando se te hinchaban los güevos y te regresabas en la noche y metías botellas y viejas que a la Rebequita, que a la Sonia y una vez hasta a un puto que les hizo strip tis a todos y ahí los veías a los jodidos haciéndose la puñeta hasta los guardias y es que los pobres celadores eran gente muy jodida te dejaban hacer cuanto quisieras pues total tú les alivianabas una lana que apenas y les servía para tragar y ellos mismos te ofrecían putas y mota y lo que fuera y cuando llegaban tu esposa y tus hijas te dejaban salir y hospedarte en el hotel Alcocer y te quedabas ahí hasta cinco días como si fueras jefe pasándola muy chingón y comprándole juguetes a las niñas invitándolas a comer a los mejores lugares pues qué caray por algo te habían refundido y sólo tenías que reportarte diario por teléfono pero lo que no sabías era que en el momento en que la mayoría salió libre iba a empezar a fregarse la cosa pues hasta el abogado te quitaron y aunque todavía te alivianaron una lana con la que primero compraste un terreno y luego construiste una casa según te iban cayendo los centavos que te mandaba el Gobernador quince aquí veinticinco por allá y veinticinco más casi al final y luego el mismo Gobernador te propuso que pusieras un negocio y cuando tú le dijiste que una casa de huéspedes o un hotelito al fin que habías visto cómo manejaba Chungo el Calamar a él no le gustó la idea pues te dijo que llegaba mucha gente extraña y que no fuera a ser la de malas y te mandaran matar como después supiste que le pasó a Chan López que se la pasó de la chingada mientras estuvo en la cárcel pues se puso como loco y tenía miedo de que lo mandaran a asesinar y es que Chan amaneció un buen día ahorcado en su propia casa que dizque suicidio él Judas Chan que era el que conocía a Charras porque era su medio vecino y el que se los mostró a ustedes en la oficina de Gamboa le dieron agua sin más seguramente porque trató de sacar ventaja de lo que sabía ni pedo pues sí tan pronto perdiste la

fuerza de la unión porque de la unión nace la fuerza tan pronto salieron Marrufo Chan Cicero y no tanto Gamboa porque él se mantenía aparte que te manda a la fregada Loret y que te retira el dinero y todo el apoyo el lic incluido y claro así te lo dijo el último de los muchos directores de la Peni un periodista de nombre Bautista Loret es un bandido yo te lo decía pero con el dinero que les estuvo mandando antes siquiera pudieron comprar sus ficheros y los expedientes de la Penitenciaría y del juzgado pues la neta es que todo el mundo está podrido por dentro tú ves a un licenciado muy formal y muy decente muy arregladito que parece que no rompe un plato le rascas un poquito y hasta gusanos le salen todos son iguales y es que ya sólo porque el viejo Cruz ni contaba te empezaste a sentir como secuestrado y Bautista te empieza a prohibir que salgas porque según él había conocido al Charras y cuando le pedías permiso para ir a comprar madera para tu casa él se burlaba ¿Qué dice Loret de Mola? te decía y te negaba el permiso bueno señor le replicabas me va o no me va a dejar salir y él te contestaba pues cuéntame algo y vamos a hacer un librito escribe y me traes unas cuartillas y te dejo salir y es que mucha gente estaba interesada en saber qué era realmente lo que había pasado con el Charras y como Bautista había sido reportero del *Diario de Yucatán* quería averiguarlo todo y siempre andaba tras Loret de Mola pero el caso es que no te dejaba salir y tú ahí nomás haciéndote pendejo y así estuviste tres años y medio y viste cómo cambiaron directores y cómo se fugaban los presos y luego cuando el mismo Bautista puso un restaurante en la esquina de la Penitenciaría te dijo que si no querías ser su jefe de compras y pues juega total qué al menos así podrías salir cuando se te hinchara la gana y estás en la calle a cada rato hasta el día que vienes de comprar unos pollos del mercado y te aproximas a la Peni y la ves tan mona esa casita improvisada penal con su bardita y sus ventanas más bien amplias y te acuerdas de que pronto se va a inaugurar la nueva Penitenciaría y de que los van a trasladar a todos allí ésa sí es una especie de fortaleza donde va a estar de la puta madre fugarse y entonces te dices mira si seré pendejo que hasta el subdirector me ha dicho que a mí ya me llevó el tren y total de andar por ahí rolándola a pudrirte en vida en Chetumal que te valga madres y es por eso por todo eso que ese día decidiste no volver a la Peni y desde entonces andas como el judío errante huyendo huyendo huyendo.

XXV. LLUVIA

El cielo está bajo y oscuro. Sopla el Chikinic. Una profunda humedad invade el ambiente. Los laureles, las ceibas, las palmeras y los ramones se sacuden con cada embestida del viento y producen un sonido acuoso, arbóreo, de follaje, de algo que augura cambio, movimiento, transformación. Ramas contra ramas, hojas contra hojas. Hay tensión en la atmósfera. Una gota de agua, pesada, gruesa, redonda cae sobre la tierra. El cielo se quiebra. A una gota le sigue otra. Se multiplican: la tierra seca, ajada y con grietas las absorbe rápidamente levantando apenas un poco de polvo. Caen sobre árboles, helechos y arbustos, y otras más sobre la piedra blanca, dura, calcárea de la península. Caen también sobre el asfalto de la ciudad. Sombrillas. El hombre de los zapatos de hule, con la cabeza desprotegida, camina frente a la catedral, en la plaza grande. La lluvia empieza a cubrir la superficie de la península, no queda un pedazo de terreno al descubierto sin un poco de humedad. El hombre de los zapatos de hule siente el agua sobre el rostro y prosigue su camino con calma, a pesar de que su ropa empieza a mojarse. Siente los pies húmedos. Un pequeño colchón de agua se le forma entre el pie y su zapato. Splash, splash, siente a cada paso.

Por todo Yucatán se oye el ruido del agua que golpea contra la vegetación, la tierra y los techos. Las ráfagas del Chikinic hacen que la lluvia se incline por momentos casi horizontalmente. Relámpagos, truenos. Los pájaros se quedan quietos sobre las ramas. Los grillos permanecen ocultos, silenciosos. En el monte un venado parpadea: sus ojos líquidos se pierden en la lluvia. La Vaquera, sola, llora en su cuartucho de El Calamar Inquieto sin saber por qué mientras oye el canto afeminado de Chungo.

En el Palacio de Minería, José toma un curso de posgrado. Ha terminado su carrera de ingeniero y ha contraído matrimonio. Cuando baja las escaleras del edificio ve a alguien que le parece conocido. Se acerca a él y se da cuenta de que se trata del coronel Gamboa. El Coronel viste de traje y lleva un paraguas en el brazo. Camina, como siempre, de forma parsimoniosa. José decide seguirlo sin más motivo que la curiosidad. El Coronel sale del Palacio por la calle de Tacuba. Empieza a chispear y abre su paraguas. Camina como un viejo, lento y con paso cansado, como si cargara el peso del mundo sobre sus espaldas. Cuando la lluvia arrecia José lo deja ir, sin sentir ira ni compasión. El Coronel sigue su camino protegiéndose con su paraguas por San Juan de Letrán.

Anochece. La lluvia ha empezado a formar charcos. En el campo se oye el croar de las ranas. En los jardines de las casas de la ciudad se ven los juguetes abandonados por niños que corrieron para guarecerse del agua. Los pétalos de las flores caen a tierra por la violencia del aguacero. El parabrisas del automóvil de Juan Nicolás está empañado. Saca su pañuelo del bolsillo y limpia el vaho con energía. Hay mucho tráfico en la calle 60 y teme que llegará un poco tarde a la reunión que Beti, su mujer, organiza en casa. Los limpiaparabrisas marcan el ritmo de su retraso, de su tristeza. Ve cómo el semáforo cambia del rojo al verde sin que ningún coche se mueva. Decide

esperar con paciencia. Lupita se asoma por la ventana de su casa en la ciudad de Mérida y ve a dos jóvenes, una pareja, corriendo en plena lluvia. Ella se ha casado y vive razonablemente feliz. La pareja se resguarda bajo el techo de un comercio. Se besan, se abrazan mientras esperan a que la lluvia cese. Un llanto de bebé saca a Lupita de su distracción. Cierra la ventana y corre a atender a su hijo.

En las casas de paja de los pueblos alrededor de Mérida las gotas empiezan a filtrarse y sus moradores, la mayoría de ellos choferes, afanadores, zapateros y peones, cuelgan sus hamacas y tratan de dormir. Los albañiles para no mojarse se refugian donde ya han colado algunos techos. En su casa de mampostería de la ciudad, el capitán Marrufo siente el dolor interno del reumatismo que repta por el tuétano de sus huesos. Se cubre con una manta mientras mira la televisión.

Pérez Valdez, que vive ahora al este de Los Angeles, en los Estados Unidos, lleva un cigarrillo en la boca y camina protegido con una gabardina entre los callejones del barrio mexicano como si estuviera en su propio terreno, entre casuchas medio derruidas, milpas, puestos de tacos y carnitas y tiendas con rótulos en español. Mariachis, lee que dice la cantina a la que se dirige. Entra a un recinto oscuro, de luces ambarinas. Enciende otro cigarrillo y pide una Budweiser. Se levanta a la rocola y pone una canción mexicana, *Camino de Guanajuato*. Apenas empieza la música un individuo se acerca a su mesa y deposita ahí un sobre de papel. Pérez Valdez lo revisa, saca un paquete del bolsillo de su gabardina y lo coloca frente a sí, en la mesa, sin pronunciar palabra. El desconocido recoge el paquete y sale, se pierde entre la lluvia; hasta entonces Pérez Valdez se da cuenta de que llueve. Bebe otro trago de su Budweiser y fuma su cigarrillo.

Llueve durante gran parte de la noche. Poco a poco la lluvia amaina, se calma y la noche queda en una gran inmovilidad. Se siente un silencio profundo, profundo. En la madrugada se escucha el graznido de un pájaro. Gotas de agua caen esporádicas de los árboles hacia la tierra. Se empiezan a oír los pájaros, los gallos. El sol ilumina los cielos y en Hopelchén Rosaura y Ada, su madre, alcanzan a ver que alguien, no saben quién, ha echado a volar un papagayo blanco sobre el aire azul.

EPÍLOGO: EL FILO MAYOR

—Necesito su ayuda.

—Claro, dígame cuándo fue la última vez que lo vio, a dónde iba, con quién.

—Salió de la casa el miércoles a mediodía rumbo al aeropuerto. Iba a Zihuatanejo, al hotel Camino Real, a escribir un reportaje, solo.

—Muy bien déjeme ver qué le puedo averiguar.

—Le tengo noticias. Lo vieron el sábado en su Mercedes muy contento.

—¿Quiénes?

—Los del retén del Güirindalito, en Guerrero. No se preocupe, no debe tardar en aparecer. Tal vez se haya ido a Mazatlán o a Veracruz. Acuérdesse que estamos en el carnaval.

—Imposible. Él tenía compromisos que cumplir aquí, hoy.

—Seguiremos buscando. Lo tendremos al tanto.

—¿Muerto? ¿Pero cómo? ¿Cuáles fueron las causas?

—Un accidente: exceso de velocidad. Iban tomados.

—¿Iban?

—Sí, él y una dama: su secretaria.

—Él se fue solo.

—¿Sabe usted a qué iba a Zihuatanejo?

—A elaborar un reportaje turístico...

—¿Eso le dijo?

—A eso iba, lo sé.

—¿Cómo?

—Él me lo comentó. Le iban a pagar doscientos cincuenta mil la cuartilla más todos los gastos.

—Pues no iba solo. Aparentemente iba a viajar en avión; pero en el aeropuerto despidió al chofer, recogió a su secretaria y juntos se fueron en su coche hacia Ixtapa.

—No lo creo.

—Tengo en mi poder fotografías un tanto comprometedoras.

—Además él nunca bebía.

—¿Nunca?

—Vino, a veces... del bueno...

—¿Cuántas copas?

—Una, dos como máximo...

—¿Nada más?

—Bueno y de vez en cuando una ginebrita...

—Pues según los informes se puso muy insolente con el retén que les hizo la revisión de rutina. El dictamen del laboratorio probó que efectivamente iban ebrios.

—¿Puedo ver el parte militar?... Aquí dice que ella venía al volante.

—Así es. Y también estaba bebida.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Revisaron el automóvil. Encontraron una pistola. La consignaron a pesar de sus protestas.

—¿Y si los dos estaban bebidos por qué no los detuvieron?

—No lo sé. Tal vez no se dieron cuenta o se hicieron de la vista gorda o tal vez él los intimidó con sus influencias y amenazas.

—¿Cuánto tiempo duró la inspección?

—Quince minutos...

—¿A qué horas?

—Como a las ocho de la noche...

—¿Y después?

—Siguieron su camino. El accidente ocurrió cuarenta y cinco kilómetros más adelante en una barranca conocida como “El filo mayor”.

—¿Cuándo exactamente?

—Entre el viernes 7 y el sábado 8 de febrero, de acuerdo con el perito criminalista.

—¿No me dijo usted que lo habían visto el sábado muy contento en su coche?

—Hubo una confusión.

—Francamente a mí me dio la impresión de que ustedes ya sabían lo que había pasado entonces.

—Apenas estábamos sobre la pista.

—¿Y el cadáver cuándo lo encontraron?

—Los cadáveres, mi amigo. El domingo 9 de febrero, en la barranca.

—¿Quién los encontró?

—Un cazador.

—¿Cómo es que se tardaron tanto en descubrirlo? ¿Por qué no se nos dio aviso de inmediato?

—El coche cayó en lo más profundo del precipicio. El día que descubrieron los cadáveres era domingo, usted sabe... todo se complica...

—¿Por qué lo enterraron con identificaciones y todo lo que traía?

—Por ignorancia. Creyeron que los cadáveres podían provocar una epidemia. Pero la persona responsable ya ha sido castigada.

—Según la autopsia el cadáver estaba intacto, sin que hubiera sido presa de las aves de rapiña, o de otros depredadores, lo cual es muy raro después de varios días de estar a la intemperie y más con el calor que hay en la zona.

—Estaban dentro del automóvil, eso los protegía.

—El cuerpo presentaba golpes y hay huellas de amarres en los pies. Se sospecha que a él le dieron un tiro de gracia en la cabeza.

—Fue un accidente. No deje que lo sugestionen.

—Tengo aquí una carta donde se dice que alguien vio que lo golpeaban y lo torturaban en el retén militar, que le estaban dando de cachazos.

—A ver, permítame leerla... Esto sólo intenta confundirlo y crearle sospechas infundadas. ¿Quién puede confiar en un anónimo?

—Hay muchas contradicciones. ¿Por qué lo sepultaron sin avisarnos si llevaba con él todas sus

identificaciones?

—Insisto: la persona responsable no tenía criterio y ya fue destituida... Fue un descuido imperdonable, lo acepto, pero ya no se puede hacer nada.

—¿Y el dinero? Él llevaba más de lo que encontraron.

—Seguramente se lo gastó o no tenía lo que usted supone. Pero es obvio que si se tratara de un caso de robo se habrían llevado todo lo que traía.

—Se perdió además un manuscrito.

—Ya se lo entregamos.

—Había otro, en el que trabajaba actualmente.

—Le aseguro que le dimos todo lo que encontramos.

—Hay muchos cabos sueltos. Tendré que recurrir al propio Presidente si es necesario.

—Hágalo, ojalá que él lo pueda ayudar.

—Y entonces, ¿quién va a responder por nuestro dolor?

—Lo siento; también era mi amigo y lamento su muerte pero como le dije ya no hay nada que podamos hacer. Aquí tengo su pistola, la famosa Marilyn. Es la que le quitaron en el retén de Guerrero. Tenga.

—¿Y no le entregaron otra? ¿Una calibre 22 con cachas doradas?

El día 10 de febrero de 1986, a casi doce años de la muerte de Charras, en la cabeza de *Últimas Noticias* se leía: ¡Muerto Loret de Mola!

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Rayuela

Julio Cortázar

62/ Modelo para armar

Julio Cortázar

Final del juego

Julio Cortázar

Cuentos completos I

Julio Cortázar

Cuentos completos II

Julio Cortázar

Cuentos completos III

Julio Cortázar

El hombre es un gran faisán en el mundo

Herta Müller

En tierras bajas

Herta Müller

El tambor de hojalata

Günter Grass

Noticias del Imperio

Fernando del Paso

Palinuro de México

Fernando del Paso

La ciudad y los perros

Mario Vargas Llosa

La fiesta del Chivo
Mario Vargas Llosa

Pantaleón y las visitadoras
Mario Vargas Llosa

Los jefes/ Los cachorros
Mario Vargas Llosa

Ensayo sobre la ceguera
José Saramago

El evangelio según Jesucristo
José Saramago

El cuento de la Isla Desconocida
José Saramago

Las pequeñas memorias
José Saramago

Ensayo sobre la lucidez
José Saramago

La muerte de Artemio Cruz
Carlos Fuentes

Agua quemada
Carlos Fuentes

La frontera de cristal
Carlos Fuentes

Cantar de ciegos
Carlos Fuentes

La virgen de los sicarios
Fernando Vallejo

Los demonios de la lengua
Alberto Ruy Sánchez

Los nombres del aire
Alberto Ruy Sánchez

Los labios del agua
Alberto Ruy Sánchez

Tres días y un cenicero
Juan José Arreola

ALFAGUARA


CHARRAS

© 2011, Hernán Lara Zavala

© De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias

03240, México, D.F. Teléfono 5420 7530

www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-1246-0

Conversión ebook: Kiwitech

 PRISA EDICIONES

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51